

# LOS CUBANOS



Carlos Alberto Montaner

LOS CUBANOS  
HISTORIA DE CUBA  
EN UNA LECCIÓN

bcg  
Brickell Communications Group  
2006

Printed in U.S.A.  
Ilustración de la portada: Humberto Calzada

ISBN: 1-893909-24-7

**TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS**

Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopias o grabación, sin el previo permiso escrito de bcg.

© 2006 Carlos Alberto Montaner  
BRICKELL COMMUNICATIONS GROUP  
233 Brickell Ave., Suite H-1  
Miami, FL 33129

# ÍNDICE

Prólogo	9
1 Los cubanos y sus remotos orígenes	13
2 Indios, conquistadores y otros factores	25
3 Señas de identidad: azúcar, tabaco, ron y café	39
4 La ilustración y el impacto de las revoluciones norteamericana y francesa en Cuba	53
5 Anexionistas, autonomistas e independentistas	67
6 De la insurrección a la independencia	81
7 Del Maine a la república	95
8 La República mambisa (1902-1933)	109
9 La República revolucionaria (1933-1959)	123
10 Instauración del comunismo (1959-1963)	137
11 La soviétización de Cuba	151
12 La transición posible	165
13 Una Cuba futura	177



A los demócratas cubanos que, dentro de la isla, arriesgan sus vidas diariamente y sufren las consecuencias de su heroísmo por conquistar la libertad para beneficio de todos sus compatriotas, incluidos los indiferentes y los que sirven a la dictadura.



# PRÓLOGO

Este libro está basado en una serie de televisión originada en un curso universitario. El 24 de julio de 2004, animado por una grata experiencia previamente ensayada en el Instituto San Carlos de Cayo Hueso, el Instituto de Estudios Cubanos y Cubano-Americanos de la Universidad de Miami, dirigido por Jaime Suchlicki, me invitó a dictar un seminario de un día bajo el ambicioso título de *Los cubanos: historia de Cuba en una lección*. Posteriormente, Hispavisión, una empresa de televisión fundada por el actor Jorge Félix, me pidió que convirtiera las notas de clase en una serie de 13 capítulos. Ése es el origen de este libro.

El objetivo del curso era transmitir la esencia de la historia cubana a varios tipos muy diferentes de personas: el público en general interesado en un país que, por las razones que fueren, lleva medio siglo de notoriedad internacional; los exiliados de los primeros tiempos que, debido a su temprana emigración, tenían algunas lagunas que deseaban llenar; sus hijos y nietos, criados en Estados Unidos, y, por lo tanto, justificadamente ignorantes de la historia de la nación de sus mayores; y los cubanos educados en la interminable era de Castro, víctimas de una visión distorsionada por la ideología marxista que no bus-

## LOS CUBANOS

caba otra cosa que justificar la existencia de la dictadura en hechos pasados arbitrariamente interpretados. Luego se descubriría que existía una categoría de asistentes al seminario, no prevista en el proyecto original, que se presentó en esa primera convocatoria: algunos diplomáticos de diversos países, sumados a latinoamericanos y norteamericanos interesados en averiguar cómo y por qué la historia de Cuba había derivado hacia un desenlace tan dramático, prolongado y excéntrico como ha sido la tiranía comunista.

El propósito y los resultados del seminario me parecieron muy útiles. Hay muy buenas historias de Cuba -Ramiro Guerra, Leví Marrero, Portell Vilá, incluida la valiosa síntesis escrita por el propio Suchlicki-, pero leer cuidadosamente varios centenares de páginas de esos manuales requiere un esfuerzo que quienes no son estudiantes regulares rara vez están dispuestos a realizar.

En todo caso, ¿en qué consiste esta vaporosa "historia esencial de Cuba" que debe saberse para poder entender la experiencia del pueblo cubano? No podía ser escoger hechos muy notables -las fundaciones de las villas y ciudades, el control y exterminio de las poblaciones indígenas, los enfrentamientos con los piratas, las guerras de independencia, etcétera- y situarlos en el tiempo. Esa es la fórmula convencional, muy válida, pero tal vez incompleta. Había algo aún más importante: discernir qué factores internacionales habían desencadenado ciertos acontecimientos en Cuba. Al fin y al cabo, Cuba era esencialmente un elemento más del complejo mundo occidental. En ese caso, su historia fundamental sólo podía entenderse dentro de un panorama muy general que no sólo abarcaba el ámbito americano, sino también el europeo. La clave estaba en encontrar los hechos universales que le dieron

## PRÓLOGO

sentido y forma a nuestro mundo contemporáneo y lograr situar a los cubanos en ese contexto.

Los cubanos, o los hispanocubanos, pues, que comenzaron dependiendo de la casa de Trastámara, más tarde tuvieron reyes Habsburgos y Borbones, fueron parte importante de un enorme y belicoso imperio, sintieron los coletazos de la Ilustración, de las revoluciones americana y francesa, del liberalismo y de la expansión del capitalismo, y mientras luchaban por crear la república propia, vivieron esa experiencia en la ajena, en la española de 1873, precedida por un breve reinado italiano de escasa caladura, el de Amadeo de Saboya. Más tarde, hasta la Isla llegaron las ideas radicales de anarquistas y marxistas, mientras los sindicatos dieron sus primeros pasos al ritmo de los europeos, y todo ello ocurría bajo la sombra y la influencia del gigante estadounidense donde, poco a poco, iba cobrando forma la nación más rica y poderosa que había conocido la humanidad.

Era ahí, dentro de las coordenadas del gran panorama occidental, donde había que encontrar la historia esencial de Cuba para luego llegar a entender la desgraciada etapa de la segunda mitad del siglo XX, dominada por la dictadura comunista, cuando Castro arrastró la Isla hasta el vórtice mismo de la Guerra Fría. El reto consistía en sintetizar todo esto en un largo día de conversación y análisis, y parece, afortunadamente, que fue posible.

La obra concluye con dos optimistas ejercicios de futurología: el primero imagina cómo los cubanos pueden desembarazarse pacíficamente de la tiranía, si es que en la Isla suceden los cambios más o menos como ocurrieron en la Europa del Este. El segundo describe qué puede suceder en una Cuba abierta a las libertades políticas y al mercado. Esos dos textos –ideales como colofón– fueron adap-

## LOS CUBANOS

tados de una conferencia dictada en Florida International University, en una serie auspiciada por el Presidente de esa institución, el Dr. Modesto Maidique. El tema era hermoso: ¿cómo puede ser Cuba en el 2020? Francamente, si se impusiera la racionalidad el futuro es muy prometedor. Sólo que la premisa, claro, resulta muy problemática.

# 1

## LOS CUBANOS Y SUS REMOTOS ORÍGENES

Comienzo por establecer mi puesto de observación: esta historia de los cubanos está narrada desde una perspectiva española o eurocentrista. El ángulo elegido es el europeo. Y es lógico que así sea. No es lo mismo contar la historia de Cuba con la visión de un indio siboney, de un negro descendiente de esclavos, o la que pudo tener un chino cantonés trasladado a Cuba en la segunda mitad del XIX en régimen de servidumbre como consecuencia de la disminución de la trata de esclavos.

Si elijo ese punto de vista es porque esa nación a la que llamamos Cuba fue fundamentalmente definida desde los valores, costumbres y percepciones españolas, aunque a través de los siglos se le fueran agregando enriquecedores elementos procedentes, por ejemplo, de las diferentes etnias negras procedentes de las grandes culturas africanas. Voy, pues, a hablar de España para poder entender a Cuba.

## LOS CUBANOS

Vayan por delante otras dos observaciones preliminares: como la mayor parte de los cubanos en alguna medida proceden de familia española, no es ocioso recordar que uno de los rasgos más curiosos de las personas provenientes de la Península ibérica es la relativa estabilidad biológica o genética de los moradores de esa zona del mundo. Durante decenas de miles de años los habitantes de esa región estuvieron semiaislados del resto de Europa debido al obstáculo de los Pirineos, mientras los asentamientos griegos o las posteriores invasiones de cartagienses, romanos, visigodos o árabes nunca alcanzaron siquiera al uno por ciento de la milenaria población autóctona de la Península.

### **Los orígenes culturales**

Los componentes étnicos y culturales básicos de aquellos remotos antepasados de los cubanos probablemente fueron el celta y el ibero, éste último grupo situado que en ambas orillas del Mediterráneo occidental. Celtas e iberos se mezclaron, y esos pueblos de tronco celtibérico, frecuentemente visitados por navegantes griegos o fenicios que fundaron poblaciones en la costa del Mediterráneo español, a lo largo de los siglos se fragmentaron en decenas de pequeños y diversos reinos eventualmente provistos de diferentes lenguas y diversos grados de complejidad social.

Terminando el siglo tercero antes de Cristo, la Península fue ocupada por las legiones romanas como resultado de una guerra que originalmente no se libró contra los celtíberos sino contra los cartagineses, un poderoso reino de origen fenicio radicado en el norte de África, cuyas legiones habían invadido lo que hoy es España desde su territorio,

## LOS CUBANOS Y SUS REMOTOS ORÍGENES

situado en donde en nuestros días se encuentran Túnez y Libia, expansión que le resultó peligrosa a la belicosa Roma, siempre muy pendiente del equilibrio de poderes en el Mediterráneo, y siempre temerosa de la expansión imperial de Cartago, su tradicional enemigo.

Los romanos, tras su victoria sobre los cartagineses, y tras vencer la resistencia de otros pueblos de la Península ibérica, a lo largo de varios siglos de ocupación militar y política dotaron paulatinamente a los celtíberos de una lengua, el latín, de leyes e instituciones uniformes, y de construcciones urbanas calcadas de las edificadas en la Península Itálica. No siempre, claro, fue una ocupación pacífica, y ni siquiera total, pues ahí queda en la España moderna una región a la que llaman “el país vasco”, en la que un buen número de sus habitantes, además del español, hablan el eusquera, una lengua prerrománica que no parece tener relación con ninguna de las familias de lenguas conocidas. Del eusquera también se dice que es la única lengua hablada en Europa cuyos orígenes se remontan a la edad de piedra, cuando nuestros antepasados habitaban en cavernas.

En todo caso, si los cubanos hoy hablan y leen español es porque la Península fue latinizada, y de ese tronco, siglos más tarde, se desprendió la lengua que hablan los cubanos, con el acento y la entonación de los abuelos andaluces, extremeños y canarios, muy numerosos en la colonización de la Isla. Y si hoy los cubanos escriben esa lengua con ciertos rasgos, es porque los romanos, a través de los españoles, nos transmitieron su alfabeto latino. Por otra parte, si hoy los cubanos cuentan con instituciones republicanas y Derecho Civil, es porque la forma en que los romanos solucionaban sus conflictos y organizaban la convivencia pública sigue parcialmente viva en nuestros

## LOS CUBANOS

comportamientos. Si nuestras familias se estructuran en torno a parejas formalmente monogámicas que transmiten sus propiedades a sus hijos por medio de la herencia, es gracias a la tradición romana que les legó su visión económica y jurídica de las relaciones humanas.

Quien visite Segovia podrá ver un acueducto perfectamente conservado, y si viaja a Mérida, en Extremadura, serán las magníficas ruinas de un anfiteatro lo que les espera. Esa experiencia urbanizadora romana es muy importante porque ahí está el fundamento de las formas de construcción que luego veremos en Cuba cientos de años más tarde. Un romano de la época de Pompeya, que despertara en Trinidad, podría encontrar un evidente parecido entre su villa sepultada por la lava del volcán Vesubio en el año 79 de nuestra era, y el pequeño pueblo cubano, dotado de casas coloniales parecidas a los cortijos andaluces, construcciones que a su vez se inspiran en las villas rurales romanas.

En el terreno espiritual no fue distinto. Cuando Roma, por designio del emperador Constantino, se hizo cristiana a principios del siglo IV, las provincias siguieron el mismo destino, e Hispania, que era como llamaban a la antigua Iberia latinizada, acabó convirtiéndose a la fe de Cristo. El cristianismo entonces, y hasta hoy, además de ser una fe religiosa desgajada del judaísmo, era un circuito de asistencia social que curaba enfermos, casaba enamorados, enterraba muertos y educaba niños y adultos.

Es decir, si hoy la mayor parte de los cubanos, aunque sea nominalmente, son cristianos, es porque Constantino proclamó el Edicto de Tolerancia y, alentado por su madre, se convirtió él mismo al cristianismo. Unos años más tarde, otro emperador, de origen hispano, Teodosio, decretó que el catolicismo era el credo oficial del Imperio, y

quienes no se sometieran a la nueva fe serían considerados “dementes y malvados”. De ahí que cuando un cubano dice ser “católico, apostólico y romano”, está declarando no sólo su filiación espiritual, sino también la filiación histórica a la que pertenece.

Más aún: la cosmovisión de los cubanos, la manera en que razonan, en que juzgan moralmente, o en que clasifican estéticamente, es decir, los valores que prevalecen en el grupo, provienen directamente de la tradición grecolatina, a la que en su momento el judeocristianismo agregó un fuerte componente ético. Por eso es ahí y entonces dónde y cuándo se inicia nuestra historia. La historia de Cuba, pues, no comienza con la llegada de Colón a Cuba, sino continúa en Cuba, en el Nuevo Mundo, una variante de la vieja historia española iniciada hace millares de años en el Mediterráneo.

### **La huella del medievo**

Tras el colapso del imperio romano, ocurrido en el siglo V después de Cristo, una tribu germánica muy latinizada, la tribu de los godos, ocupó la Península, en su momento estableció la capital en Toledo, y en medio de frecuentes conflictos bélicos gobernó algo más de 200 años. No añadió demasiados elementos a la cultura imperante, pero por primera vez hubo un estado independiente en la Península ibérica que no estaba sujeto a una lejana autoridad imperial.

Los godos nos legaron algunas palabras que todavía usamos, como “espía”, “yelmo” o “espuela”, todas asociadas a actividades militares, e hicieron algunos buenos aportes al Derecho recopilando viejos y dispersos textos romanos. Asimismo, es probable que una buena parte de

## LOS CUBANOS

esos españoles y sus descendientes cubanos provistos de ojos azules, tez clara y cabellos rubios provengan de estos germanos asentados en España. Por lo pronto, algunos nombres y apellidos muy populares en España o en Cuba como Álvarez, Rodríguez o González tienen ese origen godo.

En el 711, en medio de una guerra civil que dividía a los godos, irrumpieron los árabes y bereberes con unos cuantos millares de soldados, y en un tiempo sorprendentemente rápido consiguieron dominar las tres cuartas partes del territorio español. De esa aventura imperial árabe nos quedan unas cuatro mil palabras como álgebra, alcalde, alguacil y tantas otras, y nos quedan también ciertos rasgos arquitectónicos mudéjares que uno puede adivinar, no sólo en construcciones cubanas, sino hasta en la Torre de la Libertad del centro de Miami o en el Hotel Biltmore de Coral Gables, “primo hermano” arquitectónico por la rama vagamente neomudéjar del Hotel Nacional de La Habana.

Sin embargo, esa invasión de los árabes y bereberes a España siglos más tarde tendría una insospechada importancia para los cubanos. En el medievo los árabes eran unos excelentes agricultores, y no sólo conocían la caña, una gramínea procedente de la India que crecía de forma asombrosamente rápida, sino también dominaban la técnica de fabricación de azúcar y la llevaron a la península ibérica. Con el tiempo, ese cultivo y el proceso industrial que lo acompañaba se convertirían en el corazón económico de Cuba y la isla llegaría a ser conocida como la azucarera del mundo.

Otra planta aclimatada por los árabes en España fue el café. Cuenta la leyenda que unos pastores en Arabia advirtieron que las cabras adquirían una rara vitalidad cuan-

## LOS CUBANOS Y SUS REMOTOS ORÍGENES

do masticaban las semillas de cierto arbusto, y decidieron hervirlas y probar ese brebaje amargo y oscuro. Habían nacido el café y la costumbre de estremecer el organismo con un buen estímulo matutino que, en el caso cubano, se convirtió en casi un delicioso vicio nacional.

La victoria de los árabes en España no fue total ni definitiva: en las montañas de Asturias se refugiaron unos cuantos godos nobles, y desde ahí iniciaron una larga serie de batallas, llena de altibajos, para reconquistar el país que les habían arrebatado los musulmanes. La lucha contra los árabes duró nada menos que 800 años y en ella se forjó el carácter guerrero de la España cristiana. Por supuesto, ese larguísimo período no fue sólo de batallas y enfrentamientos: hubo prolongadas etapas de convivencia pacífica y hasta de colaboración. Siempre recordamos la figura del Cid campeador como el gran héroe de los cristianos frente a los musulmanes, pero olvidamos que el legendario guerrero alguna vez estuvo al servicio de los moros en calidad de mercenario, algo que no era motivo de deshonra en esa etapa de la historia feudal.

Lo que entonces aconteció en España tiene importancia para la historia de Cuba y de toda América Latina. La Reconquista fue una lucha por adquirir territorios, por cristianizarlos, por organizarlos a la manera europea medieval, por urbanizarlos de una cierta manera que remitía a las formas clásicas, y por establecer un cierto tipo de estado basado en la tradición romano germánica. Lo que sucedió en América a partir de 1492 debe mucho a esta larga experiencia.

Pero antes del descubrimiento de América toda la experiencia militar, jurídica, política y religiosa de la Reconquista fue ensayada en otro sitio en el que no había moros: las Islas Canarias. En efecto, el archipiélago cana-

## LOS CUBANOS

rio, situado frente a las costas africanas, de unos siete mil quinientos kilómetros cuadrados de territorio, en el que hay dos islas de buen tamaño, Las Palmas y Tenerife, fue reclamado para la soberanía castellana por el aventurero normando Juan de Bethencourt en 1411, aunque los portugueses también pretendían controlarlo, disputa que debió zanjar el papa, como era habitual en aquella época.

Las Canarias se conocían desde la antigüedad clásica y aparecen en los escritos del griego Platón y de los romanos Virgilio y Plinio el Viejo. Se sabe que los comerciantes romanos y fenicios alguna vez llegaron a sus costas y realizaron diversas transacciones con los aborígenes. Fueron ellos, deslumbrados por el clima benigno y la belleza de las islas, quienes comenzaron a llamarles “Afortunadas” y, vagamente, las relacionaron con la mítica Atlántica, la ciudad-isla desaparecida en el mar.

Sus pobladores, los guanches, aunque habían desarrollado algunos cultivos como el trigo y la cebada, que tostaban y convertían en un polvo al que llamaban “gofio”, alimento luego muy popular en Cuba hasta entrado el siglo XX, constituían un pueblo pobre escasamente tecnificado, en el que eran frecuentes los cavernícolas, es decir, quienes habitaban en cuevas. Criaban cerdos y cabras, no disponían de centros urbanos ni de estructuras militares capaces de hacerles frente a guerreros medievales europeos dotados de espadas, lanzas y ballestas, armas a las que luego se agregaron mosquetes y diminutos cañones conocidos como lombardas.

En general, los pequeños reinos guanches eran organizaciones sociales poco complejas, carentes de escritura, que apenas podían defenderse de europeos que montaban a caballo, se cubrían el cuerpo con mallas resistentes, usaban armas atronadoras y contaban con perros feroces. De

## LOS CUBANOS Y SUS REMOTOS ORÍGENES

manera que no es sorprendente que los aborígenes, pese a haber presentado una fuerte resistencia, fueran aniquilados, apresados y vendidos como esclavos, o acabaran siendo culturalmente absorbidos por los españoles. Fenómeno este último bastante explicable, dado que, de acuerdo con las crónicas de la época, muchos de esos primitivos guanches eran altos, apuestos, y tenían ojos verdes y azules, como todavía hoy pueden verse esporádicamente entre los bereberes de las montañas marroquíes, a cuyo tronco étnico parece que pertenecían.

¿Y qué tiene esto que ver con Cuba? Como queda dicho, la Conquista de Canarias fue el ensayo general para la inmediatamente posterior conquista de Cuba. En las Antillas, como les llamaron los descubridores a las otras islas descubiertas en el Atlántico, también había una civilización primitiva —algo más atrasada que la de los guanches—, y también los españoles llegaron decididos a sojuzgar a los moradores y a recrear los modos de vida que habían conocido en la Península.

Pero todavía existen otros vínculos más claros: el posterior esfuerzo colonizador en las islas Canarias se llevó a cabo en los últimos años del siglo XV y la primera década del siglo XVI, durante el reinado de los Reyes Católicos, los mismos monarcas que financiaron y legitimaron el viaje de Cristóbal Colón al Nuevo Mundo. Por otra parte, desde el primer viaje de Colón, por causa de las corrientes marinas, con frecuencia Canarias se convirtió en la última escala hacia las llamadas “tierras incógnitas” o desconocidas y en la primera antes de tocar puertos europeos.

No es de extrañar, pues, el claro parentesco que acerca y asemeja el paisaje urbano y hasta humano de los isleños canarios y cubanos a ambos lados del Atlántico. Durante siglos fue muy intenso el tráfico entre los dos archipiéla-

gos, y una buena parte de la población cubana, especialmente en las zonas rurales, descendía de canarios.

La madre de José Martí, Leonor Pérez, por ejemplo, había nacido en Canarias y a ella se debe que el acento y la entonación con que Martí hablaba el español no fueran similares a los del padre valenciano, sino a los de la madre canaria. En el principio, fue Canarias. De alguna forma, ahí comenzó todo. Y comenzó, precisamente, cuando casi termina la conquista de Canarias, en 1492.

### **Antesala del Descubrimiento**

En efecto, en 1492 ocurren tres sucesos importantes: primero, Granada, el último reino moro de España, es derrotado y ocupado por las tropas de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, los Reyes Católicos; segundo, los judíos que se niegan a convertirse al catolicismo son expulsados del territorio español, y, tercero, Cristóbal Colón descubre América mientras intenta llegar a las islas de las especias frente al litoral de China.

Colón es un experimentado marino genovés nacido en 1451. A los 25 años naufraga frente a las costas de Portugal, donde luego se casa y arraiga. Aparentemente, unas cartas marinas de Toscanelli lo convencen de que navegando hacia el oeste podía llegar a China y Japón. Tal vez ha oído historias de marinos que dicen haber encontrado unas islas desconocidas en el Atlántico. Comienza entonces una tenaz gestión para lograr el respaldo económico y político de alguien poderoso que crea en su proyecto. En aquella época ninguna persona instruida dudaba que la tierra era redonda —algo que ya habían demostrado los geógrafos griegos muchos siglos antes— pero parecía poco probable que se pudiera atravesar el desconocido y temible océano.

## LOS CUBANOS Y SUS REMOTOS ORÍGENES

Por otra parte, si se quería llegar a las islas de las especias, parecía menos inseguro bordear el continente africano, cuyo contorno comenzaba a ser familiar, que lanzarse a lo desconocido.

Colón trató sin éxito de convencer al rey portugués Juan II de las virtudes de su proyecto, y luego, en 1486, lo intentó con Isabel y Fernando, los Reyes Católicos de Castilla y Aragón, pero aunque éstos lo escucharon con algún interés, estaban demasiado ocupados en derrotar al rey moro Boabdil, el último monarca de la única región islámica que quedaba en España: el reino de Granada.

Finalmente, en abril de 1492, cuatro meses después de la derrota de los árabes, en el Campamento de Santa Fe —una pequeña ciudad diseñada y construida para organizar desde ella el asalto final al reino moro—, Colón y los Reyes Católicos firmaron un documento en el que se pactaban las condiciones mediante las cuales los monarcas españoles financiaban la pequeña expedición que inmediatamente se armaría. Este documento se conocerá como “Capitulaciones de Santa Fe” —porque estaba dividido en capítulos— y en él se establecerán ciertos acuerdos que luego resultarán inaceptables para la Corona de Castilla. Según el texto, Colón sería declarado almirante de la flota, virrey y gobernador de las tierras que descubriera, y recibiría una décima parte de todos los beneficios obtenidos.

Tras establecer el acuerdo, Colón se trasladó a la costa para reclutar a los tripulantes y abordar los buques: dos carabelas llamadas “La Pinta” y “La Niña” y una nao capitana, la “Santa María”. La tripulación, de unos noventa hombres, como solía ocurrir, estuvo formada por una mezcla variopinta de aventureros, pero entre ellos Colón se cuidó de hacerse acompañar por un culto judío políglota de apellido Torres, versado en hebreo, por si había que

## LOS CUBANOS

comunicarse en esa lengua con los presuntos moradores de allende el Atlántico.

Las tres naves zarparon en agosto desde Palos, un puerto en la costa Atlántica de Huelva, muy cerca del convento de la Rábida donde Colón alguna vez había recibido ayuda y cobijo. El plan de navegación establecía que en pocos días estarían en tierras asiáticas, en el fabuloso Cipango que Marco Polo había descrito en el siglo XIII.

La última escala fue en la isla de La Gomera, en Canarias, y desde ahí pusieron rumbo a occidente. Sin embargo, el viaje comenzó a prolongarse más de lo previsto y Colón debió afrontar un conato de rebelión. Finalmente, cuando estaban a punto de retornar a España derrotados, un marinero llamado Rodrigo de Triana avistó tierra firme y dio aviso a sus compañeros. Era el 12 de octubre, y se trataba de una pequeña isla de las Bahamas a la que los indígenas llamaban Guanahaní. Colón no tardó en descubrir que los amables aborígenes que lo recibieron eran terriblemente pobres y carecían de oro. Poco después, el 27 de octubre, llegó a un territorio mucho mayor al que puso por nombre "Juana", en honor de la hija de los Reyes Católicos. Los indígenas la llamaban de otra forma: Cuba. Como era muy larga, Colón ni siquiera estaba seguro de que fuera una isla y murió sospechando que era tierra continental. Le pareció, eso sí, "el lugar más hermoso que ojos humanos vieron".

# 2

## INDIOS, CONQUISTADORES Y OTROS FACTORES

¿Cómo fue la gestación del cubano? ¿Cómo y cuándo comenzó a hornearse esa criatura? En realidad, muy al principio, aunque nadie lo advirtiera, en la frontera de los siglos XV y XVI, cuando se inicia la conquista de América, y, por lo tanto, de Cuba. En ese punto de la historia se trenzan dos factores fundamentales y muy diferentes que con el tiempo acabarán por darle sentido y forma a la sociedad de la Isla: los conflictos de la Corona de Castilla con los otros poderes europeos que le disputaban sus supuestos derechos sobre América, y los intereses contradictorios entre la Corona y los conquistadores que en su nombre comenzaban a colonizar las posesiones de ultramar.

Cuando se produce el Descubrimiento, hay en Castilla una casa reinante que proclama su soberanía sobre los te-

## LOS CUBANOS

territorios encontrados. Es la casa de Trastámara y a ella pertenecen tanto Isabel de Castilla como Fernando de Aragón, los llamados Reyes Católicos, ambos emparentados entre sí por la rama castellana. Se subrayaba, por cierto, lo de “católicos” por un motivo casi infantil: el gran rival de los reyes de España era el de Francia, y éste había sido declarado “Cristianísimo” por el Papa Alejandro VI, el Papa Borgia, así que para equilibrar la balanza, el no demasiado santo Sumo Pontífice en 1496 designó “Católicos” a los monarcas hispanos.

Isabel y Fernando, casados muy jóvenes —17 años él, 18 ella—, aunque Fernando ya tiene un par de hijos concebidos en aventuras extramatrimoniales adolescentes, buscaban gloria y poder en la conquista de nuevos territorios o en el control de vías marítimas que facilitarían el comercio. Isabel fue una mujer devota y con carácter, sin duda ambiciosa y decidida. Fernando, por su parte, poseyó cierto instinto para la intriga política y las pugnas internacionales. Cuando Maquiavelo redacta *El Príncipe* y describe al soberano que para bien de sus súbditos combina la mano dura y el pragmatismo, la buena intención y la táctica inescrupulosa, lo hará pensando precisamente en Fernando de Aragón. Es su admirado modelo.

Los dos eran, ciertamente, piadosos en el orden religioso, y hasta existía en Fernando un elemento de mesianismo que lo hacía creerse destinado por Dios para llevar a cabo grandes victorias, sentimiento que lo llevó a soñar con una gran cruzada para reconquistar Jerusalén de manos de los turcos infieles, pero formaban, además, una pareja sumamente belicosa que no conoció la paz desde el momento mismo en que Isabel, en 1474, reclamó sus derechos al trono de Castilla, desatando con ello una cruenta guerra civil que también se libró contra Portugal y Francia, enemigos

## INDIOS, CONQUISTADORES Y OTROS FACTORES

de las pretensiones de Isabel y de su entonces joven y flamante esposo Fernando.

En aquellos tiempos, aunque no siempre, naturalmente, se recurría a la guerra para conseguir una conquista territorial o para neutralizar a un enemigo poderoso. La otra fórmula era la cama. Los reyes casaban a sus hijos con un criterio estratégico para lograr ampliar o mantener el poder. Los Reyes Católicos no fueron una excepción, y si la pareja había contraído matrimonio para fortalecer los derechos dinásticos sobre la Corona castellana, mucho más calculados y complejos fueron los enlaces pactados de sus cinco hijos e hijas. A Isabel, que llevaba el nombre de su madre, la casarían con el príncipe portugués Don Alfonso. Pero cuando éste murió, la desposarían con Manuel, heredero de Alfonso, llamado el Afortunado. A su vez, cuando la que muere es Isabel, los Reyes Católicos casan con el joven viudo a otra hija, a María. y, posteriormente, cuando ésta también fenece, insisten una vez más y le dan en matrimonio a Leonor, nieta de los Reyes Católicos y, por lo tanto, sobrina política de su marido. A Juan lo casarán con Margarita de Austria, hija del emperador Maximiliano I y María de Borgoña, pero por si no resultaba suficientemente fuerte el vínculo con esa casa reinante, a Juana la entregarían a Felipe, hermano de Margarita. Catalina, a los 16 años será asignada en matrimonio a Arturo, heredero del trono británico, quien sólo tiene 15, pero como éste muere a los pocos meses, aparentemente sin consumir carnalmente la unión, la casarán en seguida, adolescente, virgen y viuda, con el hermano siguiente del fenecido Arturo, Enrique, de apenas 11 años, el futuro Enrique VIII, el temible “Barbazul” de la leyenda, con quien varios años después tendrá una hija, María Tudor, la famosa y supuestamente despiadada “Bloody Mary” que reinaría sobre los

## LOS CUBANOS

ingleses con mano dura en un intento fallido de restablecer en Inglaterra el catolicismo de obediencia romana.

El objetivo de esas bodas era obvio: fortalecer las alianzas con Portugal, Inglaterra y con el Imperio Austriaco frente al reino de Francia, el gran enemigo de Aragón en la lucha por controlar Italia y otras zonas del Mediterráneo, y garantizar la hegemonía de los reinos españoles. Sin embargo, el azar y la muerte, o la incapacidad inesperada de ciertos herederos, provocó el más irónico de los resultados: Fernando e Isabel fueron los últimos reyes de una dinastía española —la de los Trastámara—, dando paso a la llegada al poder de los Habsburgo.

Y así fue: mientras los conquistadores españoles avencindados en Cuba creaban las primeras ciudades y dominaban el territorio, en 1517 la Corona española estrenaba una nueva dinastía. El nieto de Isabel y Fernando, llamado Carlos, llegaba al trono. Su padre Felipe el Hermoso, muerto muy joven, era un descendiente de los Habsburgo, la casa reinante en Austria y Alemania. Carlos era hijo de Juana, luego llamada “la Loca” con bastante razón, porque probablemente desarrolló una forma aguda de esquizofrenia, enfermedad que tal vez tenía un origen hereditario por la rama británica de la familia. En honor de Juana ése precisamente fue el nombre que Colón le asignaría a la isla de Cuba, aunque la palabra indígena acabaría por imponerse.

Carlos había sido educado en Flandes, su idioma era el francés, aprendió a hablar castellano de adulto, y antes de ser proclamado rey por los españoles lo fue por las Cortes de Bruselas. Poco después fue seleccionado como Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico y reinó con el nombre de Carlos I de España y V de Alemania. En realidad, la historia lo conoce como el emperador Carlos V.

## INDIOS, CONQUISTADORES Y OTROS FACTORES

Estas rivalidades entre los distintos reinos europeos tienen un supremo interés para los cubanos. Cuba surge en medio de un conflicto internacional y así vivirá durante siglos, probablemente hasta nuestros días. España, Francia, Portugal, Inglaterra y luego Holanda se disputan el mundo y las zonas de influencia. La política internacional entonces estaba dominada por la idea del equilibrio de poderes, y cuando un monarca sobrepasaba en fuerza y riqueza a sus adversarios, los otros intentan destruirlo o debilitarlo en el campo de batalla. Inglaterra, Francia y Holanda, sencillamente, no aceptaban las bulas papales dictadas por Alejandro VI a fines del siglo XV –un papa de origen valenciano–, por las que concedía la soberanía sobre América a España y a Portugal.

En Europa, además, esos mismos poderes se hacían la guerra entre ellos y contra España en una lucha perenne por alcanzar la supremacía o por evitar que otros la alcanzaran. Así que estos conflictos se extendieron casi inmediatamente al Nuevo Mundo, y comenzaron a afectar a Cuba directa y asiduamente, convirtiendo el Caribe en un frecuente campo de batalla.

Carlos V, pues, era rey de los cubanos –o de los hispanocubanos, pues de alguna manera debemos llamarles a los habitantes de esa isla–, como consecuencia del territorio americano que heredaba de su abuela Isabel de Castilla, de la misma manera que era rey de Nápoles y otros territorios italianos que habían sido conquistados por la Corona de Aragón, cuyo monarca era su abuelo Fernando. Aragón entonces incluía casi toda Cataluña y proyectaba su influencia en el Mediterráneo occidental, aunque en el pasado los catalanes habían llegado hasta Grecia y Constantinopla, hoy capital de Turquía con el nombre de Estambul.

## LOS CUBANOS

En esta etapa, cuando se instaura en España la casa de Habsburgo, es cuando comienza a producirse lo que algunos historiadores llaman “la Reconquista de América”. El reino de Castilla –el imperio estaba formado por distintos Estados que conservaban sus leyes y sus fueros– decide tomar el control estricto de los territorios americanos, restándoles poder a los conquistadores, aunque se crea la ficción de que hay un Reino de Indias que coexistía dentro del imperio con los otros estados.

En el segundo cuarto del siglo XVI, al inicio de la dinastía de los Habsburgo, comienzan a llegar los primeros esclavos negros a Cuba. En realidad, no era nada extraño. La esclavitud había existido desde hacía milenios en Europa, África o Asia. En Sevilla, por ejemplo, en el momento del descubrimiento de América existían unos cuantos millares de esclavos negros y árabes. No fue hasta finales del siglo XIX que esa institución desapareció en Occidente, aunque todavía hoy se practica intensamente en algunos países de África y Asia.

Las motivaciones esenciales de los conquistadores españoles eran de carácter material. Al margen de los honores y las distinciones de clase que obtenían –asunto muy importante en esa época–, buscaban oro, tierras, riquezas, aventuras y mujeres. Extremo que solían quedar reflejados en los peculiares acuerdos entre la Corona y los jefes conquistadores, verdaderos *joint-ventures* en los que la Corona aportaba la legitimidad y la protección soberana, mientras los conquistadores ponían la mano de obra y el capital. Los conquistadores pactaban conservar una parte importante de las riquezas halladas, mientras la Corona se reservaba el 20% del botín: el intocable “quinto real” generalmente protegido por celosos funcionarios enviados en las expediciones.

## INDIOS, CONQUISTADORES Y OTROS FACTORES

Las motivaciones de los religiosos, en cambio, solían ser de otra índole: obligados por la misión evangelizadora que deducían del Nuevo Testamento, intentaban cristianizar a los indios paganos y ganar sus almas para la fe católica. Pero, además de centrarse en las cuestiones espirituales, el cristianismo era el gran sistema de asistencia social de la época: educaba niños, cuidaba a los enfermos y enterraba a los muertos. Con frecuencia, los objetivos espirituales de los religiosos chocaban con los intereses materiales de los conquistadores, deseosos de explotar a los nativos hasta la extenuación y la muerte.

### **Los indios**

Los indios cubanos estaban divididos en por lo menos tres etnias que poseían diferentes grados de avance material. Los guhanatabeyes eran cavernícolas muy pobres y atrasados, los siboneyes tenían un nivel medio de desarrollo relativo, mientras los taínos gozaban de una mayor complejidad social. Las tres, sin embargo, culturalmente pertenecían al vasto grupo de los arahuacos, una familia que se extiende desde Brasil hasta el Caribe, aunque también hubo antiguas migraciones que incluían la Florida. En todo caso, los indocubanos desaparecieron rápidamente como consecuencia de las enfermedades infecciosas contraídas por el contacto con los europeos. Es verdad que el trato brutal de los conquistadores, como denunciara el Padre Las Casas, un dominico muy influyente, provocó innumerables muertes, pero las enfermedades fueron la causa más devastadora, y muy especialmente la viruela.

Como los grupos indígenas que poblaban la isla pertenecían a una cultura débil, carente de escritura, sin centros urbanos más allá de unos pobres caseríos formados

por bohíos –que luego se incorporaron al urbanismo rural azucarero como *bateyes*–, prácticamente nada de su tradición pasó a los europeos, salvo la ingestión de yuca, de maíz y de algunas frutas locales, la siembra y consumo de tabaco, y algunas palabras como *huracán*, el dios taíno de la tormenta, o *canoas*, las embarcaciones obtenidas de troncos ahuecados. Junto a estas palabras comunes quedan también algunos nombres propios, como el del cacique Hatuey, proveniente de la vecina isla de Santo Domingo, quien les hizo frente a los españoles hasta que fue capturado y condenado a la hoguera por no aceptar (o probablemente no entender) la fe católica. Queda también, cómo no, mezclado con la olla española, el ajiaco cubano, donde se unen la yuca, el maíz y otros vegetales con carnes y vegetales llegados de España: el pollo, la vaca, el chivo, la cebolla o el ajo.

No obstante, la desaparición de los indios no quiere decir que no quedara de ellos siquiera un rastro biológico. Por el contrario: los conquistadores españoles, aunque a lo largo del primer siglo apenas fueron unos pocos millares, eran casi siempre jóvenes varones que no tenían inconveniente en aparearse profusamente con muchas mujeres indias con las que tuvieron abundante descendencia. De Vasco Porcayo de Figueroa, un conquistador especialmente cruel y sexualmente muy inquieto, se dice que tuvo hasta 200 hijos mestizos.

### **La colonización**

Terminada la conquista, que en Cuba fue fácil y rápida, llegó la etapa de colonización, y el objetivo resultaba muy claro: reproducir en Cuba (y en toda América) las formas de vida dejadas en España. Construir pueblos y ciudades,

## INDIOS, CONQUISTADORES Y OTROS FACTORES

calles y caminos, iglesias, casas y palacios como los que había en España, pero con los escasos recursos con que entonces contaban.

La primera colonización de Cuba se hizo de oriente a occidente bajo la dirección del sevillano Diego Velázquez, quien ostentaba el cargo de “Adelantado”. Ese recorrido de este a oeste tenía un lógico origen: el punto de partida de los colonizadores fue la cercana isla de la Española que hoy comparten Haití y República Dominicana. La primera ciudad fundada fue Baracoa en 1511, y, a partir de ese momento: Bayamo en 1513; Trinidad 1514; Sancti Spíritus 1514; Santa María del Puerto Príncipe, luego llamada Camagüey, originalmente situada en Nuevitas, en 1514; Santiago de Cuba 1515 –primera capital de Cuba–, y La Habana, también en 1515, buen puerto marítimo que, por su proximidad al territorio continental americano, a mediados de siglo, de hecho, acabaría convirtiéndose en la capital de la Isla, rango que alcanzaría oficialmente a principios del siglo siguiente. Curiosamente, lo que primero llamó la atención de los colonizadores que “descubrieron” La Habana fue la existencia de abundante chapapote que usaron para calafatear los barcos.

Naturalmente, en las primeras décadas del siglo XVI esas fundaciones apenas consistían en la construcción de algunas casonas de madera muy endeble, erigidas cerca de un río, en las que vivían unas pocas docenas de familias. Los restos de esos orígenes urbanos primitivos sólo son observables en La Habana y Santiago de Cuba, pues en el resto de esas siete villas originales no existieron construcciones estables de mampostería hasta el siglo XVIII.

Esas primeras ciudades o villas tenían varios destinos que determinaban el perfil urbano de cada una de ellas. Podían ser puertos para comerciar, para proteger las lí-

neas marítimas o para lanzar nuevas expediciones; podían ser *presidios*, como entonces se les llamaba a los cuarteles que servían para asegurar el territorio arrebatado a los nativos, centros administrativos o centros agroindustriales desde los cuales controlar la producción minera o, en su momento, agrícola.

Generalmente se elegía el mejor emplazamiento con relación al fin que se le había asignado a la villa, y, en la medida de lo posible, se desarrollaba el trazado urbano de acuerdo con las viejas directrices romanas mantenidas en la tradición española, con plazas centrales y calles paralelas que se entrecruzaban como en un damero.

### **Un Estado incómodo para todos**

Detengámonos un momento en la composición étnica de Cuba en esa primera etapa de la Conquista y Colonización: pese a tratarse de una población exigua, hay una clase dominante blanca, formada por los españoles; hay criollos blancos, es decir, hijos de parejas blancas nacidos en Cuba; hay una creciente capa de mestizos, generalmente hijos de padres blancos y madres indias y negras; hay negros esclavos, y quedan muy pocos indios que van camino de la extinción cultural total.

Pero nadie estaba conforme. Los criollos blancos no eran vistos con demasiadas simpatías en la Metrópoli, que en su momento les negó ciertos cargos administrativos o eclesiásticos. Los mestizos, negros e indios contaban con pocos recursos y ocupaban un espacio inferior en la escala social y económica. Sin embargo, ni siquiera la clase dominante blanca estaba muy satisfecha con el tipo de Estado que se iba creando en la Isla, y no la hacía nada feliz que la Corona, alentada por los religiosos, le impusiera ciertos

## INDIOS, CONQUISTADORES Y OTROS FACTORES

límites a la explotación de los indígenas, a quienes hacían trabajar arduamente en un régimen llamado de “encomiendas” que en la práctica resultaba una forma encubierta de esclavitud.

Por otra parte, la Corona recortaba cada vez más las facultades de los funcionarios radicados en Cuba, y desde Sevilla y Valladolid dictaba leyes y ordenanzas sin dejar espacio al autogobierno. Toda la gran jerarquía venía de España: capitanes generales, obispos, jueces y oidores. La Corona, además, incumplía los pactos establecidos con los Conquistadores. Colón, por ejemplo, murió en 1506 defraudado por los Reyes Católicos, quienes se negaron a cumplir con las Capitulaciones de Santa Fe. Hernán Cortés, que zarpará desde Cuba para derrotar al imperio azteca, al final de su vida, transcurrida en Europa bajo la influencia melancólica de los recuerdos de su increíble aventura mexicana, se quejará ácidamente del desleal comportamiento de la Corona para la que conquistó un imperio.

La desconfianza mutua entre la metrópoli y la colonia es, pues, el sentimiento que prevalece y envenena las relaciones trasatlánticas. Para la Metrópoli –y ésta era una visión propia de la época– la función de la colonia era servir sus intereses económicos y políticos y enriquecer a los poderes coloniales. Por eso el comercio se centraba en puertos exclusivos de España y se concedían privilegios a los cortesanos más próximos a la Corona.

Obviamente, hay razones que explican la desconfianza de la Corona hacia los administradores de un territorio situado a miles de kilómetros de Castilla: no había ninguna garantía de que existiera un fuerte sentimiento de lealtad entre los súbditos y los monarcas. La entronización de la Casa de Habsburgo en Castilla no había sido sencilla ni deseada. Cuando Carlos V se convierte en rey tiene que

enfrentar una sublevación peligrosa en Castilla. Pronto conocerá rebeliones importantes en México y en Perú que son sofocadas con gran fiereza. En Cuba no faltaron tampoco serios conflictos entre los propios conquistadores, y si no hubo más, fue porque tras la muerte de Diego Velázquez en 1524, fecha que aproximadamente coincidió con el agotamiento de la explotación del oro, la Isla dejó de tener interés para los españoles, que preferían emigrar hacia territorio continental siguiendo la huella fabulosa de las grandes civilizaciones indígenas de Mesoamérica y de los Andes.

### **Los otros poderes imperiales**

Sin embargo, los grandes peligros que vivió Cuba en el siglo XVI no provinieron de los conflictos con los indios ni entre los propios conquistadores, sino de los ataques de los corsarios y piratas franceses y británicos que asediaban y se apoderaban de las poblaciones costeras para saquearlas o pedir rescate. Santiago de Cuba y La Habana sufrieron esa suerte, algo que benefició a Bayamo, pues al estar tierra adentro se encontraba mejor protegida. No obstante, esos violentos episodios –reflejos de las guerras que se libraban en Europa– generaron una curiosa ventaja para los cubanos: obligaron a la Corona a fortalecer las defensas de la Isla, enviando carpinteros, albañiles, herreros, ingenieros militares y carpinteros de ribera para construir fortines y navíos de guerra, factor que aceleró el proceso de urbanización del territorio. Con esos técnicos y obreros especializados llegaban las guarniciones militares y los funcionarios de alto rango acostumbrados a vivir con ciertos lujos.

## INDIOS, CONQUISTADORES Y OTROS FACTORES

A esa fuente indirecta de enriquecimiento se sumaba otra mucho menos visible: el contrabando. Como la Corona intentaba controlar todas las transacciones comerciales mediante un régimen de monopolio, los vecinos de los pueblos costeros procuraban aliviar sus necesidades mediante el comercio clandestino con las islas próximas, sin importar demasiado si estaban bajo bandera enemiga o protestante. Esta densa trama internacional contribuyó de manera decisiva a moldear el destino de Cuba y de los cubanos, e incluso, si se quiere, nos imprimió cierto carácter.



# 3

## SEÑAS DE IDENTIDAD: AZÚCAR, TABACO, RON Y CAFÉ

Cuando los monarcas españoles comenzaron a entender la geografía del Nuevo Mundo, especialmente tras conocer la cartografía de Américo Vespucio, se dieron cuenta de que Cuba era “la llave del Golfo” y el “antemural de las Indias”. Esta fatalidad geográfica determinó que La Habana se convirtiera en un escalón hacia la conquista de Norte y Sudamérica y la ciudad adquiriera un extraordinario valor estratégico, además de volcar sobre ella una gran cantidad de visitantes que casi desde el principio de la colonización fueron dándole a la villa un carácter cosmopolita y cierto refinamiento que nunca perdería.

Esta circunstancia provocó que la ciudad con el transcurso del tiempo deviniera en un puerto muy activo, con buenos astilleros para fabricar barcos, cuarteles para albergar soldados, y grandes fortalezas militares y murallas capaces de protegerla del asedio de piratas, corsarios o na-

## LOS CUBANOS

ciones determinadas a conquistarla. La ciudad, en consecuencia, se llenó de carpinteros, albañiles, herreros y otros obreros especializados.

Al aumentar la presencia española en Cuba, básicamente en La Habana y Santiago, pero también en Camagüey, la burocracia se hizo más densa y comenzaron a llegar funcionarios encumbrados, militares de alto rango y hasta nobles, lo que generó la construcción de palacetes y casas de cierta fastuosidad. Sin embargo, los gastos del sector público aumentaban mucho más que la pobre recaudación fiscal, lo que exigía el periódico envío de dinero para sostener a la colonia. Ese dinero, situado en La Habana –subsidio por eso llamado “el situado”– generalmente procedía del virreinato de México.

Eventualmente, La Habana se convirtió en “Audiencia”, y esta designación administrativa traía encapsulados y en forma embrionaria todos los elementos de capitalidad o cabeza de Estado, lo que explica que, a principios del siglo XIX, cuando se produce la independencia de América Latina, el inmenso territorio colonial español se fragmentará en una veintena de repúblicas surgidas casi siempre de las fronteras dejadas por las distintas Audiencias establecidas por las autoridades coloniales.

### **Cuba ganadera**

A todas esas personas, naturalmente, había que alimentarlas. Desde el segundo viaje de Colón los conquistadores españoles trasladaron a Cuba ganado vacuno, cerdos, cabras –chivos, les decían los cubanos–, caballos y burros, y muy pronto se hizo evidente que los pastos cubanos, especialmente en la sabana camagüeyana, resultaban magníficos para la cría y multiplicación de estos animales, in-

cluso sin el cuidado de vaqueros, pues era frecuente que se tratara de rebaños salvajes que crecían casi sin control dada la ausencia de depredadores carnívoros. Al no existir felinos como los pumas o los tigrillos que habitaban en otras regiones de América, y en un territorio en donde ni siquiera había serpientes venenosas, tras el indispensable periodo de aclimatación natural, todas estas especies empezaron a ser muy abundantes.

Una consecuencia biológica de esta circunstancia, observada por algunos viajeros, es que, probablemente debido a la abundancia de proteína animal y leche de vaca, pocas generaciones más tarde los cubanos alcanzaron mayor estatura y corpulencia que los peninsulares de la Metrópoli. Pero más evidente aún fue el impacto económico de esta producción ganadera: ya a fines del siglo XVI Cuba exportaba pequeñas cantidades de cueros y carnes saladas, lo que en los siglos siguientes echó las bases de numerosas tenerías y carnicerías que abastecían a la población local y a las flotas que recalaban en la Isla.

### **Cuba marinera**

Dentro de ese contexto, era predecible la fabricación de barcos. Una isla larga, con vocación comercial y un creciente número de ciudades costeras conectadas mediante navegación de cabotaje, necesitaba barcos de todo tipo para desenvolverse, y como estaba dotada de excelentes árboles maderables, muy pronto aparecieron unos primitivos astilleros. El primer barco se construyó en 1496 bajo instrucciones de Colón. Luego, el gobernador Diego Velázquez ordenó la fabricación de una decena de buques de diferente calado. A partir de ese punto, en el primer cuarto del siglo XVI, comenzó esa actividad, que no se de-

tuvo hasta principios del siglo XX, aunque el periodo de mayor expansión fue el siglo XVIII, cuando algunos de los mejores barcos de la marina de guerra española se construyeron en Cuba: en 1769, tras dos años de intenso trabajo, fue botado en los astilleros de La Habana el barco de guerra Santísima Trinidad, uno de los mayores de cuantos entonces navegaban en el mundo, con cuatro puentes, 140 cañones y 250 pies de largo. Fue hundido por los ingleses en 1805, en la batalla de Trafalgar, y se calcula en 300 el número de tripulantes que murieron en combate o se ahogaron.

Los astilleros más grandes estaban situados en La Habana, y durante mucho tiempo una de las atracciones más famosas de la capital cubana llegó a ser una enorme grúa de origen británico a la que llamaban La Machina, traducción de *machine*, que se utilizaba para manipular y colocar sobre cubierta los grandes mástiles que requerían los hermosos veleros de la época. La Machina, reparada y modificada en numerosas ocasiones, estuvo en uso durante los siglos XVIII y XIX, e incluso acompañó a los cubanos durante el establecimiento de la República, pues no fue hasta 1903 que la desguazaron. El fin de La Machina en cierta manera fue el acta de defunción de la industria naval cubana, que sólo existió y fue vigorosa mientras los barcos eran de madera y la producción estaba mucho más cerca del arte minucioso de la ebanistería que de las técnicas industriales complejas.

### **Cuba azucarera**

Al margen de la privilegiada geografía, la otra circunstancia que le dio sentido y forma a la nación cubana fue la industria azucarera. Los árabes habían llevado esta planta

a España y con ella la forma de crear azúcar. En el sur de la península ibérica y en Canarias se producía azúcar desde el medievo, entonces una sustancia muy costosa a la que se le atribuían ciertas facultades medicinales además de su condición de edulcorante.

Ya en el siglo XVI comenzó a experimentarse en Cuba con las primeras siembras y cosechas de azúcar, descubriéndose que el suelo de la Isla arrojaba resultados magníficos. Sin embargo, no es hasta fines del siglo XVI que los frailes dominicos obtienen un préstamo de la Corona para desarrollar empresas azucareras en la Isla. A principios del XVII ya aparecen los primeros trapiches destinados a producir para el consumo local y para comercio internacional a muy pequeña escala, frecuentemente realizado con contrabandistas provenientes de otras islas que visitaban el litoral cubano para intercambiar mercancías y alimentos.

Esa industria, y la del tabaco, tuvieron un notable impulso a partir de 1655, cuando los ingleses se apoderan de Jamaica y ocho mil españoles, muchos de ellos agricultores de origen canario, emigran a Cuba y les dan un enérgico impulso a estos cultivos. Esa ola migratoria –muy considerable si tenemos en cuenta la población cubana de la época– inauguraría lo que luego sería una constante en la historia de Cuba: la masiva llegada a la Isla de españoles y otros europeos que se asientan en la rica colonia tras ser desplazados de su hogar tradicional. Es así como a lo largo de los años llegan a Cuba refugiados de Santo Domingo, colonos franceses de Haití, y numerosos desplazados de Louisiana y Florida, cuando esos territorios quedaron bajo soberanía estadounidense en el primer cuarto del siglo XIX.

En la medida en que se fue desarrollando la agroindustria azucarera, fue aumentando progresivamente el número

## LOS CUBANOS

ro de esclavos negros que se necesitaban para el durísimo trabajo de sembrar, cortar y moler la caña. Y mientras se multiplicaba el número de esclavos, también lo hacía el de sus ricos propietarios. Ese *crescendo* de la industria azucarera, muy leve en el siglo XVI, tímido en el XVII, importante en el XVIII e impetuoso en el XIX, especialmente después de la introducción de la máquina de vapor y del tren, generó una burguesía azucarera que el brillante historiador Moreno Fragonal ha llamado la “sacarocracia cubana”.

Esa “sacarocracia” tenía, por fuerza, que ser instruida, porque el cultivo de la caña, su transformación en azúcar y su exportación, integraba agricultura, industria y comercio de una manera compleja que exigía cierto grado de refinamiento intelectual, relaciones, viajes y conocimiento de idiomas, lo que fue moldeando a un patriciado criollo razonablemente culto y eficiente que utilizaba los beneficios de sus empresas exportadoras para viajar al extranjero y adquirir conocimientos. París, Filadelfia y New York eran los destinos favoritos de estos cubanos adinerados, y en los salones de la aristocracia europea o en la Bolsa de New York, París y Londres no tardaron en notar la presencia de millonarios azucareros cubanos.

A mediados de los años cuarenta del siglo XX se hizo famoso el lema de “sin azúcar no hay país”, pero la influencia de los azucareros cubanos trascendía los límites insulares. Por aquellas fechas, el magnate cubano Julio Lobo era el factor más importante en la determinación mundial de los precios de este producto. En esa etapa, casi el sesenta por ciento del azúcar que se producía en la Isla estaba en manos de hacendados cubanos, mientras el capital norteamericano perdía fuerza relativa de manera creciente.

La producción y comercialización del azúcar, por otra parte, lejos de concentrar la riqueza en pocas manos, con-

tribuía a dispersarla: casi cuarenta mil colonos independientes sembraban y cosechaban la caña, y luego un centenar y medio de centrales o ingenios azucareros la molían y procesaban. Existía, además, una legislación especial que beneficiaba a los trabajadores más humildes, desde los cortadores hasta los que hacían el acopio en carretas y vagones, de manera que recibían remuneraciones especiales cuando el precio internacional del azúcar excedía ciertos límites. En total, unas trescientas mil personas derivaban su sustento de manera directa de la industria azucarera, lo que convertía este rubro en la ocupación clave de la sociedad cubana y, de cierta forma, contribuía a perfilar lo que pudiera llamarse una cultura azucarera que le confería a la sociedad un acento peculiar.

No obstante, al tratarse de una industria fuertemente vinculada a los acontecimientos internacionales, este factor confería a la economía cubana un carácter *abierto* que unas veces beneficiaba a los cubanos y otras los perjudicaba. Las guerras napoleónicas, por ejemplo, y el bloqueo naval decretado por los ingleses a principios del siglo XIX para perjudicar a los franceses, motivaron que el belicoso emperador convocara un concurso a inventores y agricultores para que obtuvieran azúcar de una planta distinta a la caña. Fue así como surgió el azúcar de remolacha, un fuerte competidor del azúcar de caña, y hasta azúcar obtenida de la uva que no resultó demasiado rentable.

Otras guerras, sin embargo, acabaron enriqueciendo y fortaleciendo a los azucareros cubanos. Una de ellas fue la de la independencia norteamericana a fines del XVIII, pero la que provocó las consecuencias más espectaculares en Cuba fue la Primera Guerra mundial, entre 1914 y 1918, y los cuatro años posteriores, cuando la libra de azúcar pasó rápidamente de dos a treinta centavos, provocando

## LOS CUBANOS

lo que se llamó la “danza de los millones”, periodo en el que entraron en la economía cubana cientos de inesperados millones de dólares, cuyas huellas todavía pueden verse en el hermoso barrio de El Vedado y en las edificaciones suntuosas que aparecieron en numerosas ciudades de Cuba.

Naturalmente, cuando cayeron los precios, a partir de la primera parte de los años veinte, se desplomó el sistema bancario cubano y el gobierno vio encogerse la recaudación fiscal en un cincuenta por ciento, proporción en la que se vio obligado a reducir los presupuestos del Estado, contracción económica que debió afrontar la administración de Alfredo Zayas. El siguiente gobierno, el del general Gerardo Machado, que evolucionó hacia una dictadura de mano dura, vio repetirse el fenómeno de la caída en picado de los precios del azúcar, especialmente a partir del *crash* norteamericano de 1929, en seguida convertido en una crisis planetaria, cuando el precio del azúcar cayó a un centavo la libra, empobreciendo súbitamente al conjunto de los cubanos que vieron drásticamente limitada su capacidad de consumo. El azúcar, pues, lo mismo podía traer la riqueza que la ruina, y eso dependía de factores que los cubanos no podían controlar. Era verdad la frase de “sin azúcar no hay país”, pero a veces ni con azúcar se podían solucionar los problemas de una nación compleja y volcada a la modernidad como era Cuba casi desde el instante mismo de su formación.

### **Cuba ronera**

Por otra parte, una consecuencia importante de la industria azucarera cubana fue la aparición, en su momento, de otra industria también muy notable: la producción de ron.

En efecto, los ingleses avecindados en el Caribe, a partir de unas melazas obtenidas de la caña de azúcar, destilaron una fuerte bebida a la que llamaron *rumbullion*, algo así como “tumulto”, que muy pronto comenzó a formar parte de la dieta habitual de los marinos británicos. Y, como todo lo que sucedía con los usos y costumbres ingleses, desde el fútbol hasta el parlamentarismo, muy pronto la bebida empezó a fabricarse en las colonias españolas y Cuba no fue una excepción. Con el tiempo, el ron se mezclaría con otros elementos, y surgirían tres componentes básicos de la identidad culinaria cubana: el mojito, el daiquirí y el cubalibre.

A fines del XIX, en Oriente, un cubano de origen catalán de apellido Bacardí le daría nombre al más famoso ron de todos los tiempos, la marca de bebida alcohólica, por cierto, más reconocida y recordada en todo el mundo. Curiosamente, las ventas de la empresa Bacardí a principios del siglo XXI –ocho mil millones de dólares anuales– multiplicaban por quince el valor de las ventas de todo el azúcar producido en Cuba, paradójico dato para lo que comenzó siendo un subproducto de una materia desechada tras la obtención del azúcar.

### **Cuba tabaquera**

Otro indiscutible universal rasgo de identidad de los cubanos es el tabaco. Tanto, que la palabra *habano* designa a la planta, ya transformada en un aromático vicio, lo que no deja de ser una injusticia, pues el mejor tabaco no se cultiva en la capital cubana sino en el microclima de Vuelta Abajo, en la provincia de Pinar del Río, y tal vez en Remedios, en la provincia de Las Villas. ¿Por qué esa arbitrariedad de llamarle *habano* a lo que debió llamarse

## LOS CUBANOS

*vueltabajero?* Porque fue en La Habana, en 1717, donde la Corona española creó un monopolio para exportar la producción tabacalera cubana rumbo a Sevilla, atropello que provocó una verdadera revuelta entre los vegueros, saldada con el ahorcamiento en 1723 de once pequeños empresarios agrícolas en la Calzada de Jesús del Monte, bárbaro suceso que no impidió que, rápidamente, el tabaco exportado desde La Habana fuera considerado el mejor del mundo.

Fumar tabaco era una costumbre de carácter casi místico o religioso entre los indios taínos, quienes experimentaban cierto grado de adormecimiento cuando aspiraban el humo de las hojas de esta planta a través de la nariz. La primera vez que los europeos observaron esta curiosa práctica fue durante el primer viaje de Colón a Cuba. El Almirante envió a dos de sus más cultos marinos, entre ellos al políglota judío Luis de Torres, para que se encontrara con los emisarios del emperador chino y les entregara unas cartas de presentación, pero, para espanto de los españoles, no había chinos, y lo que hallaron fueron algunos nativos con tizones encendidos en la mano que echaban humo como si se estuvieran quemando. A esas plantas los indígenas les llamaban *cohiba* o *cohoba*.

A partir de ese momento, lentamente, el hábito de fumar tabaco fue extendiéndose entre algunos colonizadores españoles, y algo más tarde entre el resto de los poderes imperiales que merodeaban por el Caribe: ingleses, franceses y holandeses, hasta que se constituyó un mercado interesante no sólo en las colonias, sino también en Europa, donde la nicotina comenzó a reclutar adictos desprevenidos. A principios del siglo XVII ya se dicta una cédula real española que ordena la siembra y cosecha de tabaco en Cuba, pese a que, a ratos, la Iglesia católica condena el

acto de fumar, tal vez porque ve en ello una mezcla de costumbres paganas y el fuego eterno del infierno. Los médicos de la época tampoco se ponían de acuerdo. Algunos pensaban que ese hálito caliente debía ser bueno para el asma, mientras otros opinaban lo contrario. Incluso, llegó a creerse que respirar tabaco seco semipulverizado, el rape, con el consecuente estornudo posterior, podía tener algún efecto terapéutico benéfico.

Los agricultores canarios fueron los grandes tabaqueros de España en Cuba. Paulatinamente, mediante el método de tanteo y error, fueron mejorando las técnicas de cultivo y selección, aprendiendo las mejores combinaciones de hojas y tripa, hasta llegar a confeccionar puros excelentes y de calidad uniforme que se conformaban al gusto de los fumadores. Con el tiempo, esos puros adoptaron nombres comerciales que se harían mundialmente famosos: Partagás, Romeo y Julieta, Montecristo, o los Churchill, que llevaban el apellido del famoso Primer Ministro británico, gran aficionado precisamente a la marca creada en su honor.

En su momento, las grandes marcas de tabaco, para evitar las falsificaciones, desarrollaron unos bellísimos anillos impresos llamados vitolas, surgidos gracias al perfeccionamiento de la industria litográfica. Esas vitolas, a su vez, se convirtieron en los primeros reclamos de la publicidad moderna en el mundo, y hasta se afirma que la noticia de que las bellas cubanas enrollaban los puros sobre sus muslos agregaba al producto un atractivo componente erótico que contribuía a las ventas.

En la segunda mitad del XIX, los cubanos, además de exportar puros a Estados Unidos, como consecuencia de los conflictos y las guerras intestinas comenzaron a exportar empresarios tabaqueros y operarios. Primero se establecieron masivamente en Cayo Hueso. Luego algu-

nos marcharon a Tampa y a New York, en la medida en que el consumo de puros aumentaba vertiginosamente en Estados Unidos.

### **Cuba cafetera**

Si los españoles trajeron el azúcar a Cuba y a otras islas de las Antillas, parece que el café fue una aportación francesa a la colonización de Martinica a principios del siglo XVIII, de donde posteriormente se expandió a algunas de las islas del Caribe. En todo caso, la gran agroindustria cafetalera cubana surge, como tantas cosas en la historia de este país, como consecuencia de la emigración en masa de los caficultores franceses avecindados en Saint Domingue, como entonces le llamaban a Haití, tras la sangrienta revolución popular de esclavos que a fines del siglo XVIII y principios del XIX expulsó a decenas de miles de franceses, blancos y mestizos, poco antes de declararse la primera república de América Latina. Muchos de aquellos colonos franceses, dado que Francia y España eran entonces aliadas, fueron a parar a Cuba.

La derrota de los colonos franceses de Haití fue una clara victoria para Cuba. Con ellos llevaron la técnica del cultivo del café y unos refinados hábitos de vida desconocidos por los hispanocubanos. Crearon bellísimas y eficientes plantaciones en lugares intrincados de las montañas de Oriente y de Pinar del Río, recorridas por caminos bien trazados y puentes, en donde instalaban casas ajardinadas, secaderos, molinos y hasta bibliotecas. Fue con ellos que los cubanos conocieron el minué y la contradanza, y fue en los aristocráticos hogares de estos refugiados donde por primera vez vieron en Cuba pianos de cola y otros carísimos instrumentos musicales.

## SEÑAS DE IDENTIDAD: AZÚCAR, TABACO, RON Y CAFÉ

En Santiago de Cuba, los franceses, instalados en un barrio exclusivo llamado Tívoli, crearon un teatro para hacer representar obras de Moliere y de Racine, mientras varios delicados orfebres inauguraban lujosas joyerías destinadas a abastecer a la naciente burguesía cubana. Mientras tanto, en el otro extremo de la Isla, en la pinareña Sierra de los Órganos, fundaron 37 de estos fabulosos cafetales, cuyas ruinas recientemente han sido declaradas patrimonio de la Humanidad por la UNESCO.

Pero si bien existe una perspectiva económica del cultivo del café, hay otra social y hasta biológica muy importante en la cultura cubana. Esa costumbre cubana de ingerir frecuentemente buchets de un café fuerte y dulce, o tazas de café con leche, alguna consecuencia fisiológica debe tener en la sociedad, al extremo de que un famoso endocrinólogo español, el doctor Pittaluga, llegó a pensar que el carácter inquieto y a veces hasta violento de los cubanos podía deberse a esos constantes trallazos de cafeína a que sometían el organismo. Queda, por último: el café no ya como bebida, sino como sitio, muy español, donde se bebe, y en donde los cubanos solían reunirse a discutir de todo lo humano y lo divino. A fines del siglo XIX el más famoso estaba en la calle Prado, en la llamada “acera del Louvre”, donde los “tacos” cubanos –así les decían– hablaban de política y retaban a los españoles antes de unirse a los rebeldes. En los años cincuenta del siglo XX, ese carácter de peña central se desplazó al Vedado, a 12 y 23, al Carmelo y a otros sitios clave en los que se discutía con pasión en torno a humeantes tazas de café. Se ha dicho que Cuba, en suma, es el lugar concebido por Dios para alegrar la sobremesa: dulces, café, ron y un buen puro. Puede ser, pero la Isla, permanentemente situada en el corazón de los conflictos, cruceiro de

LOS CUBANOS

América, no podía escapar a las convulsiones e influencias exteriores.

# 4

## LA ILUSTRACIÓN Y EL IMPACTO DE LAS REVOLUCIONES NORTEAMERICANA Y FRANCESA EN CUBA

En 1700 vuelve España a cambiar de dinastía y otra familia, esta vez de origen francés, asume la soberanía de Cuba: los Borbones. Tras morir sin descendencia Carlos II, el último rey ibérico de los Habsburgo, la Corona francesa planteó su derecho a la sucesión al trono español, pero inmediatamente se opusieron Inglaterra y otras casas reinantes europeas. Hubo una violenta guerra mundial, saldada con más de un millón de muertos y, finalmente, en 1713 fue internacionalmente reconocida la nueva monarquía mediante la Paz de Utrecht. En virtud de ese tratado, los hispanocubanos se convirtieron en súbditos de Felipe

## LOS CUBANOS

V, nieto del rey francés Luis XIV, quien tampoco hablaba castellano cuando llegó a gobernar a los españoles rodeado de consejeros y expertos franceses.

Pero con los franceses también llegaron los grandes focos de tensión que bullían en Europa y muy especialmente en Francia. Las ideas de la Ilustración comenzaron a circular copiosamente en España y sus colonias. Los enciclopedistas, y entre ellos Voltaire y Rousseau, fueron leídos con mucho interés, así como las teorías cosmológicas del británico Isaac Newton, de la que sus lectores también derivaban ciertas conclusiones políticas: existía, en efecto, una inteligencia superior que gobernaba el movimiento de los astros. Pero de esa razón universal se derivaba el culto por la otra razón: los actos de gobierno tenían que estar fundados en la racionalidad y el consentimiento de los ciudadanos. Si los astros se guiaban por reglas inmutables, ¿cómo los hombres iban a ser gobernados caprichosamente?

A lo largo del siglo XVIII fue abriéndose paso en todo Occidente, Cuba incluida, el culto por la razón y la convicción generalizada de que el objetivo de la organización social era lograr el progreso material y la prosperidad creciente para el conjunto de la población, pero todo ello debía coincidir con un clima de libertades en el que cupieran quienes pensaban de un modo diferente, dado que la tolerancia y el respeto por la libertad de pensamiento y expresión debían ser rasgos de la nueva etapa en que entraba la Humanidad. Esas ideas, naturalmente, chocaban con la ideología de las casas reinantes europeas, convencidas de las virtudes de la Ilustración en beneficio de la sociedad, siempre que fueran administradas bajo el control y la mano dura de la Corona: era lo que luego los historiadores llamaron “el despotismo ilustrado”.

## Todos contra Inglaterra

Espoleados por el espíritu de la Ilustración, tres acontecimientos estremecieron enérgicamente a Occidente y, al menos dos de ellos, a Cuba: la Guerra de los Siete Años, más conocida en Estados Unidos como *Indian wars*, la Revolución americana generadora del establecimiento de la primera república moderna, y la Revolución francesa.

En 1756 Inglaterra y Francia entran en la llamada Guerra de los Siete Años, otro conflicto mundial que se riñe desde Canadá hasta la India, pasando por Europa central. La Corona española, ligada por lazos de sangre a París, participa como aliada de los borbones franceses y, como consecuencia de ello, en 1762 una gran expedición naval inglesa se apodera de La Habana tras un fiero combate. La ocupación dura varios meses, el trato a los derrotados es sumamente benigno, y Gran Bretaña abre el puerto al comercio internacional. Los hispanocubanos, cada vez más cubanos que hispanos, ven cómo esos “casacas rojas” los benefician en el campo económico y multiplican exponencialmente los lazos comerciales con las ricas Trece Colonias americanas. Además de esas libertades económicas, los hispanocubanos descubren una atmósfera más tolerante en materia política y religiosa, y se producen algunas uniones entre los soldados británicos, algunos de ellos provenientes de las colonias de Norteamérica, y muchachas cubanas deslumbradas por las sorprendentes tropas de ocupación, tan diferentes a los temidos piratas o corsarios de antaño. De aquellos tiempos queda un poemilla satírico en el que se lamenta que la sociedad está consternada porque las muchachas de la ciudad se embarcan con sus nuevos novios rumbo al Norte escondidas en los bocoyes de arroz.

## LOS CUBANOS

Tan pronto se retiran los ingleses de La Habana en virtud del Tratado de París de 1763, los cubanos obtienen un inesperado beneficio: la Corona española decide aceptar la apertura del comercio, pone fin a algunos privilegios injustos, e inicia un gran programa de obras públicas en la Isla, especialmente en la capital. Carlos III, un monarca ilustrado, entendía que la mejor manera de conservar la colonia era mejorando la calidad de vida de sus remotos súbditos, trato aconsejado por tres de las mejores cabezas de su gabinete: Pedro Pablo de Abarca, Conde de Aranda, José Moñino, conde de Floridablanca y Pedro Rodríguez, Conde de Campomanes. En pocos años La Habana dará un verdadero salto cualitativo y se llenará de hermosas fuentes y avenidas que la convertirán en una de las ciudades más armónicas de la América hispana. De aquel periodo datan el Palacio de los Capitanes Generales y el Palacio del Segundo Cabo, sedes de la autoridad colonial, obras maestras de la arquitectura civil cubana. La catedral de La Habana, comenzada a construir a mediados de siglo, fue también terminada por entonces.

En 1763 los ingleses se marchan de La Habana pero a cambio se quedan (por un tiempo) con la Florida, hasta entonces gobernada administrativa y eclesiásticamente desde Cuba, mientras los franceses pierden sus posesiones en Canadá. Como parte del arreglo, la Louisiana francesa pasa a formar parte del ya fatigado imperio español. Lo que Inglaterra deseaba era que los franceses no tuvieran una peligrosa presencia en Norteamérica desde donde pudieran amenazar las Trece colonias creadas en la costa Atlántica, consideradas entonces una de las zonas más ricas y mejor educadas del planeta, por lo menos en lo concerniente a su población blanca de unos tres millones de habitantes.

## La revolución americana

Pero como suele ocurrir tantas veces, el cálculo estratégico británico resultó contraproducente. Las milicias de las Trece Colonias, al actuar codo a codo junto a tropas británicas en la Guerra de los Siete Años, y al hacerlo muy eficazmente, desarrollaron ciertos vínculos entre ellas que se convirtieron en un fuerte cohesivo nacional y la idea de la independencia empezó a cobrar brío. Fue durante esa guerra, sin que nadie lo advirtiera ni Londres lo sospechara, cuando comenzó a gestarse el surgimiento de los Estados Unidos de América.

La oportunidad se produjo en el momento en que el parlamento británico, con el objeto de salvar de la bancarrota a una compañía que ejercía el comercio en régimen de monopolio, impuso ciertos gravámenes abusivos a las colonias sin tener en cuenta el consentimiento de los súbditos, quienes invocaron el viejo principio recogido en la Carta Magna del siglo XIII: no son legítimos los impuestos sin representantes del pueblo que los aprueben, "*no taxation without representation*". En consecuencia, en 1773 un grupo de norteamericanos, disfrazados de indios, abordaron unos navíos de transporte en la Bahía de Boston y tiraron por la borda varios centenares de paquetes de té valorados en diez mil libras de la época. Irritada, la Corona inglesa decidió sofocar por la fuerza la incipiente rebelión, pero a la postre sólo logró desencadenar una revolución en toda la regla.

Cuando en 1776 los norteamericanos se alzaron en armas, los franceses vieron la oportunidad de vengar los agravios de la Guerra de los Siete Años y de retomar los territorios franceses de Canadá, mientras los españoles planearon recuperar la Florida y Gibraltar, enclave situado al

## LOS CUBANOS

sur de España, en el Mediterráneo, que habían perdido a principios del siglo XVIII durante la Guerra de Sucesión librada para implantar la dinastía borbónica.

En 1779 España, de la mano de Francia, le declaró la guerra a Gran Bretaña, asignándole a Cuba el papel de principal plataforma desde la cual se ayudó a los insurrectos americanos. De La Habana salieron pertrechos de guerra, explosivos y dinero para auxiliar a las tropas de Washington. También una expedición al mando de Bernardo de Gálvez que toma San Carlos de Panzacola y expulsa a los ingleses. En realidad, en la batalla de Yorktown fue mayor el número de soldados españoles e hispanocubanos que de soldados franceses o norteamericanos enfrentados a los ingleses. Sin embargo, el nombre de Lafayette es mucho más conocido y respetado por los norteamericanos que el de Gálvez. Y hay una explicación para eso: España participó en esa guerra como un aliado directo de Francia e indirecto de Estados Unidos.

La revolución norteamericana tuvo éxito finalmente, pero se trataba de una aventura peligrosa para la Corona española. A partir de ese momento los cubanos adquirieron un enorme respeto por el tipo de gobierno establecido en el vecino país: una república organizada con arreglo a las ideas de los grandes constitucionalistas de la mejor tradición liberal británica. Ya no sería un monarca quien impusiera su augusta voluntad, sino el pueblo mediante representantes elegidos, aunque todos estaban sujetos a la autoridad de un pacto legal escrito, una Constitución, que garantizaba los derechos individuales. El Estado resultante, además, dividía la autoridad en poderes que equilibraban su peso, evitando la supremacía de cualquiera de las tres ramas en que se fragmentaba el gobierno: la ejecutiva, la legislativa y la judicial.

Tras la experiencia americana, los cubanos tuvieron

amplias noticias de la Revolución Francesa de 1789 y de la aparición de nuevos objetivos sociales. De las tres consignas de los revolucionarios franceses –libertad, igualdad, fraternidad–, la que acabaría por ser más trascendente sería la segunda: la búsqueda de la igualdad. Pero de una curiosa manera: la igualdad que originalmente se procuraba, que consistía en la desaparición de las odiosas distinciones sociales, derivó hacia una interpretación económica. A partir de cierto momento lo que algunos defendían era la igualitaria posesión y disfrute de los bienes materiales: era el nacimiento del socialismo.

### **La revolución francesa golpea en Cuba**

Si bien la Revolución Americana fue vista con simpatía por la clase dirigente criolla, la Revolución Francesa despertaría emociones contradictorias. Las noticias de los motines callejeros resultaban preocupantes, pero con cierta ilusión se conoció muy pronto la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y la aparición de un nuevo sujeto histórico, el ciudadano, depositario de la soberanía nacional. Había surgido una categoría diferente a la del súbdito sujeto a la autoridad del monarca: comparecía ante la historia el ciudadano colocado bajo la autoridad de la ley. Sin embargo, España y sus colonias, que habían ayudado a los revolucionarios norteamericanos, en una primera fase se opusieron vehementemente a los franceses, y cuanto sucedió a partir de ese momento tuvo un extraordinario impacto en la historia cubana y de todas las colonias de América hispana, aunque entonces no se viera claramente.

En efecto, pasaría mucho tiempo hasta que la *intelligentsia* cubana advirtiera la existencia de una diferencia fundamental entre las revoluciones de Estados Unidos y

## LOS CUBANOS

Francia. La revolución norteamericana, sostenida por las ideas pergeñadas por los británicos John Locke y James Harrington un siglo antes, se había hecho con el objeto de proteger a los individuos de las arbitrariedades cometidas por el Estado, asumiendo la previa existencia de unos derechos naturales anteriores a cualquier tipo de organización política o forma de autoridad. En la revolución francesa, en cambio, muy influida por los escritos de Jean-Jacques Rousseau, prevaleció la idea del derecho de las mayorías a imponer su criterio, incluso por la fuerza, si ello redundaba en beneficio del “pueblo”, entidad que desde entonces entra con gran ímpetu en la historia y da origen a las tendencias revolucionarias y a numerosos atropellos. No es una casualidad, pues, que algunos emblemáticos protagonistas de aquella época convulsa se convirtieran en personajes admirados por los revolucionarios latinoamericanos: Danton, Saint Just, Mirabeau o Robespierre serían desde entonces nombres citados con admiración por muchos cubanos. Lo mismo sucedió con instituciones políticas revolucionarias de aquel tumultoso periodo, como el Directorio, que muchas décadas más tarde sería reiteradamente invocado por los cubanos en sus violentas querellas republicanas frente a Gerardo Machado, Fulgencio Batista y Fidel Castro.

En todo caso, no tardó España –y por ende, Cuba– en entrar en guerra con la Francia revolucionaria. El detonante fue la ejecución en 1793 de Luis XVI –primo del rey español Carlos IV–, y de su esposa María Antonieta. Ante este hecho sangriento, varias monarquías le declararon la guerra a Francia y las tropas españolas cruzaron sus armas con las de París, pero sin gran fortuna. El resultado fue la capitulación de España y la transformación *de facto* del país en una especie no declarada de protectorado francés.

## LA ILUSTRACIÓN Y EL IMPACTO DE LAS REVOLUCIONES...

El primer gran impacto producido por esa subordinación de España ante Francia ocurriría en 1803, un año antes de que Napoleón se convirtiera en emperador de los franceses: Louisiana, que por un breve periodo había sido española, y ya estaba otra vez bajo soberanía francesa, fue apresuradamente vendida a los Estados Unidos por la cantidad casi simbólica de tres millones de dólares, adquisición con la que Estados Unidos duplicaba súbitamente el perímetro de su territorio.

¿Qué se proponía Napoleón enajenando el territorio francés de esa manera? El propósito era muy claro: perjudicar a los ingleses fortaleciendo a la Unión Americana. Con esa venta se evitaba que los ingleses se apoderaran de la Louisiana. Napoleón temía que los ingleses le abrieran un frente en territorio americano y prefirió sacrificar la enorme colonia –el último reducto francés en territorio continental norteamericano– en beneficio de Estados Unidos.

El segundo episodio que afectó a los franceses y a los cubanos ocurrió en el Caribe. En la vecina Haití, la población negra, poco después de que la Asamblea Francesa declarase la abolición de la esclavitud, tomó el camino de las armas, liquidó a las autoridades coloniales francesas, derrotó, con la ayuda de la malaria, a un cuerpo expedicionario enviado por Napoleón, y cometió todo género de desmanes contra los terratenientes blancos y los mulatos afrancesados que hasta entonces la había explotado cruelmente. Finalmente, los revolucionarios haitianos proclamaron la primera república “latinoamericana” en medio de una verdadera orgía de sangre y –entonces se decía– de violaciones de mujeres blancas.

Poco después de estos hechos, los cubanos recibirían en el occidente del país a los emigrados españoles que

volvían de Louisiana, muchos de ellos de origen canario, mientras en la región oriental atracaban numerosas goletas con varios millares de exiliados franceses que trasmitían sus cuentos de horror a la ya asustada población cubana.

La consecuencia psicológica de la revolución haitiana en la conciencia política de los criollos cubanos no puede minimizarse. Si, por una parte, ya puede hablarse de una identidad particular, la cubana, bastante perfilada, por la otra hay que admitir que esa identidad surge acompañada por el miedo al ejemplo haitiano. Al menos una tercera parte de la población cubana estaba formada por negros esclavos o por mestizos discriminados y carente de derechos: ¿qué sucedería en Cuba si llegara la independencia? Si no existía la tutela de Madrid, ¿no se reproduciría en Cuba el dramático desenlace haitiano?

### **La visión liberal**

En la Cuba de principios del siglo XIX esos temores se mezclaban con cierto auge económico e intelectual. Las actividades de los puertos marítimos y el capital que se acumulaba e invertía en el azúcar, las mieles y el tabaco generaban excedentes capaces de financiar expresiones artísticas notables. Las élites criollas no sólo se hacían ricas, sino instruidas, y expresaban su creatividad en el cultivo de la literatura y la música. El primer poema notable conocido escrito en Cuba se tituló *Espejo de paciencia*, lo redactó en 1608 Silvestre de Balboa, y en él describía los infortunios de un obispo secuestrado por los piratas. En 1720, los dominicos lograron el ansiado permiso para introducir en Cuba la imprenta, y con ella a un técnico belga, Carlos Habré, capaz de operarla. Los primeros impresos fueron sermones y textos religiosos, pero eso cambiaría paulati-

namente a partir de 1728, cuando los dominicos –que habían estado junto a los vegueros durante la revuelta de unos años antes–, tras casi un siglo de tenaz insistencia, consiguieron autorización de la Corona para crear y dirigir la Universidad San Gerónimo de La Habana. Poco después la imprenta de Habré comienza la impresión de lecciones y tesis de grado.

De 1730 es la obra de teatro del habanero Santiago Pita: *El príncipe jardinero y fingido cloridano*, de clara influencia italiana en el tema, aunque totalmente española en la forma. Es el acta de nacimiento oficial del teatro cubano. En 1764, el sacerdote, compositor y músico Esteban Salas Castro, Maestro de Capilla, estrena en la catedral de Santiago buenas muestras de música religiosa barroca y organiza un conjunto de intérpretes aparentemente notable. En 1787, se crea en Cuba la *Sociedad Económica Patriótica de Amigos del País*. Es una típica institución de la Ilustración, copiada de otras similares surgidas en España, cuyos fundadores y miembros vivían convencidos de que los males del país se aliviaban por medio de educación y amor al progreso, el orden y el trabajo. Su figura estelar será un criollo ilustrado, Francisco Arango y Parreño, agricultor, economista, abogado y funcionario de la Corona, pero notable defensor de los intereses de los cubanos, especialmente los de los hacendados y propietarios, clase pudiente a la que él pertenecía de forma destacada. En 1790 se publica el *Papel periódico de La Habana*, el primero de los centenares que luego conoció el país.

Con la atmósfera cargada de las ideas liberales, la *intelligentsia* cubana de la época, ayudada por los españoles ilustrados, algunos de ellos pertenecientes al episcopado radicado en la Isla, como Juan José Díaz de Espada, el notable obispo Espada, comenzó a sacudir los cimientos cul-

turales de la colonia. A partir de fines del siglo XVIII, el territorio más importante en el que se dio el enfrentamiento fue la Universidad de La Habana.

Creada en 1728 y colocada bajo la dirección de los dominicos, la Universidad era una institución que ofrecía las cátedras habituales: teología, medicina, derecho canónico y otras pocas disciplinas. Pero más grave que la escasa oferta académica resultaban el método y las fuentes empleadas. Todavía el latín era el vehículo de transmisión de los conocimientos y Aristóteles y Santo Tomás de Aquino las referencias obligadas. Es decir, seguía vigente la visión escolástica medieval que consideraba la educación como un medio de conocer las verdades que ya habían sido descubiertas por las autoridades sancionadas por la Iglesia. No había espacio para la investigación original o para la crítica.

Los cubanos y los españoles ilustrados, sin embargo, querían experimentar y sacar sus conclusiones a partir de los resultados, como prescribía el empirismo, y querían comunicarse en castellano, porque el aprendizaje del latín les parecía anacrónico. Tampoco les bastaba la experimentación en el campo material o acogerse al modelo de universo que postulaba la física newtoniana: también deseaban explorar en el terreno de la filosofía política, algo que se podía lograr examinando los textos constitucionales.

El primer impulsor de esta corriente ilustrada fue un brillante sacerdote y maestro, José Agustín Caballero, pero la mayor gloria le corresponde a su discípulo Félix Varela, otro sacerdote, que impartía clases de física y filosofía e inauguró en la universidad y en el Seminario San Carlos de La Habana la cátedra de Constitucionalismo. Una disciplina casi subversiva si recordamos que España y Cuba no tenían otras leyes que las dictadas por la Corona de manera inconsulta.

## **Libertad económica y progreso**

En el terreno de la economía y la técnica, la Ilustración llegó a Cuba auspiciada por la mencionada institución *Sociedad Económica Patriótica de Amigos del País*. Lo que pretendían sus miembros era divulgar ideas y conocimientos que aumentaran la producción agrícola e industrial, propiciar el comercio, educar a las élites y a las masas, terminar con el desempleo y la vagancia, propagar la imprenta, distribuir escritos útiles, y proponer políticas públicas que beneficiaran al conjunto de la población y aumentaran la eficacia del gobierno.

En el terreno de las ideas económicas, solían ser defensores de la economía de mercado, tal y como Adam Smith había propuesto en 1776 en su obra *La riqueza de las naciones*. De su lectura se derivaba que los monopolios eran nocivos, y que el llamado “pacto colonial”, por el que la metrópoli, a cambio de protección y orden, controlaba y canalizaba la actividad económica de las colonias en su propio beneficio, en realidad no convenía a la metrópoli, sino exclusivamente a ciertos cortesanos, mientras reducía la capacidad de generar riqueza de las colonias.

Esas eran las ideas liberales de la época, y eran las que abrigaban los criollos cubanos de mayor éxito y los españoles más cultos de su tiempo: libertad de comercio, constitucionalismo, autogobierno dentro de una estructura semi federal, consentimiento de los gobernados, empirismo en materia de investigación científica y cierta separación del Estado y la Iglesia.

La cabeza cubana que mejor representa esa tendencia es Francisco Arango y Parreño. No era un independentista, pero era, a su manera, un tecnócrata nacionalista refor-

## LOS CUBANOS

mista. Quería que Cuba prosperara. Tampoco se oponía a la esclavitud, pero en cierto momento propuso regular o detener la trata de negros. Había visto las sangrientas revueltas de esclavos en Haití a principios del siglo XIX y temía que algo parecido sucediera en Cuba. Abogaba por la libertad de comercio y porque España aceptara el consejo de los criollos cubanos. No deseaba el fin de la soberanía española sobre Cuba. Deseaba perfeccionarla. Con él se prefigura lo que será una de las tres corrientes dominantes de la política cubana: el autonomismo. Las otras dos serán el independentismo y el anexionismo y entre todas, a veces mezcladas, serán las dueñas absolutas del acontecer político del siglo XIX cubano.

# 5

## ANEXIONISTAS, AUTONOMISTAS E INDEPENDENTISTAS

El siglo XIX cubano va a transcurrir bajo el signo de tres fuerzas políticas diferentes, pero con algunos puntos de coincidencia: reformistas que buscaban una mayor autonomía dentro del reino español, anexionistas convencidos de que los intereses de Cuba se defendían mejor dentro de la Unión Americana, e independentistas decididos a crear una república semejante a las concebidas por Bolívar en América Latina. Las tres tendencias eran distintas, pero todas creían en las libertades económicas y políticas. Todas pensaban que Cuba era una nación con perfil propio. No se ponían de acuerdo, sin embargo, en el modelo de Estado en que debía encarnar esa nación, lo que nos precipita a varias preguntas: ¿Por qué no fue posible la autonomía dentro de España? ¿Por qué fracasaron los anexionistas? ¿Por qué la república triunfó, pero con muchos años de retraso con relación al resto de América? ¿Qué papel ju-

## LOS CUBANOS

garon la esclavitud y la población negra en el desenlace? Todo eso tiene una clara explicación histórica.

En 1808 el mundo iberoamericano recibe una fuerte sacudida. Napoleón, que ya tenía tropas dentro de las fronteras españolas, invade formalmente al país vecino y fuerza la abdicación del impopular rey español Carlos IV en su propio beneficio. Inmediatamente transmite la Corona a su hermano José Bonaparte, un jurista inteligente, no un dipsómano vulgar, como reza la interesada leyenda popular que lo hace pasar a la historia como "Pepe Botella". Fernando, el hijo de Carlos IV, se ve privado del derecho a suceder a su padre.

Ante la invasión francesa y la abdicación de Carlos IV, una buena parte de España se subleva y da origen a una guerra de independencia irregular, caracterizada por la acción de las guerrillas espontáneas. El gobierno español, convertido en una "Junta" de defensores de la monarquía, pero en el que, paradójicamente, no faltaban liberales permeados por las ideas revolucionarias francesas, se congrega en Cádiz, una ciudad andaluza de la costa Atlántica protegida por fuertes murallas que resisten el asedio de los franceses.

En América Latina éste será el punto de partida de las guerras de independencia. En una primera fase, se crean "juntas" que declaran su fidelidad a España y su rechazo a la autoridad de los franceses. El grito de guerra es "¡Viva Fernando VII!". Pero esa consigna enseguida da paso a otra mucho más auténtica: "¡Viva la independencia!". Es la hora de San Martín y de Bolívar, de Hidalgo y de Sucre, quienes con mayor o menor suerte batallarían durante los próximos quince años hasta derrotar a los españoles en 1824 y poner fin a tres siglos de poder colonial en América continental.

Pero, paralelamente a los años iniciales de lucha en América, en Cádiz se celebraba una ceremonia diferente. La Junta, convertida *de facto* en gobierno en armas, convocaba a Cortes e invitaba a representantes de América para redactar una constitución. El propósito era restaurar la monarquía española, pero sometiendo la autoridad a unas normas escritas que garantizaran los derechos individuales de los españoles de la Península y de allende el Atlántico. Tres cubanos participarían en las deliberaciones. Finalmente, el 19 de marzo de 1812 se promulgaba la llamada “Constitución de Cádiz”, un texto eminentemente liberal, aunque no abolía la esclavitud, defendida por los representantes cubanos, ni declaraba la separación de la Iglesia y el Estado. Por el contrario, ratificaba el carácter irrevocablemente católico de España y sus colonias. Era el día de San José, así que desde entonces la llamaron “La Pepa”.

¿Por qué los cubanos no siguieron el camino insurreccional de Argentina, Venezuela o México? Tal vez por el “peligro negro”. En ese mismo año de 1812 se produjo en Cuba una revuelta de esclavos que alarmó a las autoridades españolas y a los criollos blancos. Tal vez porque el peso y la presencia de España en Cuba eran abrumadores. Tal vez, porque el carácter de isla evitaba la concertación efectiva de los esfuerzos insurgentes con tropas de otras regiones. Probablemente, por la suma de todos esos factores.

### **Fracasa la reforma liberal**

En la clase dirigente criolla surge la esperanza en que las relaciones entre España y su colonia antillana evolucionen hacia el autogobierno. Limitar la autoridad de la monar-

## LOS CUBANOS

quía con un texto constitucional era una circunstancia muy auspiciosa. Pero la ilusión duró poco. En 1814 las tropas francesas, que dos años antes habían sido diezmadas en la campaña rusa, deciden retirarse de España, acosadas por la acción de los guerrilleros, y Fernando VII, entonces llamado “el Deseado”, regresa triunfalmente a su país, anula la Constitución y comienza a ejercer despóticamente el poder, pero con gran apoyo popular. El grito de las masas que lo respaldan no puede ser más elocuente: “¡Vivan las *caenas!*”.

Esta involución de la política española fue un mazazo para los liberales reformistas cubanos. La Metrópoli perjudicaba la convivencia decretando una especie de estado especial de guerra en todas las posesiones de ultramar, lo que les confería facultades omnímodas a los capitanes generales para que pudieran gobernar con una autoridad casi ilimitada. El propósito consistía en impedir por la fuerza la insurrección de los cubanos, mientras la Isla, como siempre había ocurrido a lo largo de la historia, era el punto de partida de las expediciones militares que intentaban liquidar a los insurgentes en Iberoamérica, y el punto de llegada de las tropas derrotadas en combate en su viaje de regreso a España.

Sin embargo, en 1818, presionada por los intereses financieros criollos, la Metrópoli, que no abría el juego político, cedía en el terreno de la economía, permitiendo que los cubanos pudieran negociar directamente con importadores de otros países desde diferentes puertos, lo que en la práctica era, fundamentalmente, aumentar el comercio con Estados Unidos, que ya era más importante que el que existía con España. Ese año el censo arroja una espectacular reducción de la presencia blanca en la Isla: mientras la población total es algo más de medio millón de personas,

## ANEXIONISTAS, AUTONOMISTAS E INDEPENDENTISTAS

sólo un 43% es blanco. Ese dato atemoriza a los criollos, siempre temerosos de la haitianización de Cuba, pero no al extremo de frenar el tráfico negrero. La codicia podía más que los prejuicios y miedos raciales. Inglaterra, simultáneamente, tras la derrota de Napoleón, que es también la de la Revolución Francesa, desde el Congreso de Viena de 1815 presiona severamente para poner fin al comercio de esclavos en todo Occidente. España se opone, pero en 1817 firma un tratado con la Corona inglesa por el que se compromete a liquidar el tráfico de esclavos. Los británicos abonan 400 000 libras como compensación por las pérdidas. España se embolsa el dinero, pero no cumple lo pactado: continúa imparable el infame comercio entre Cuba y África.

Mientras los cubanos, especialmente los habaneros, disfrutaban la apertura económica y veían ese trasiego de militares en las dos direcciones, a partir de 1819 comenzaron a recibir otros inmigrantes: los españoles residentes en las Floridas, entonces compuestas por la Península de ese nombre y parte del sur de Georgia y Alabama. Se trasladaban a Cuba porque el territorio, hasta ese momento administrativamente dependiente de La Habana, había sido vendido a Estados Unidos por la Corona española.

Para los criollos cubanos era una situación familiar. En 1803 habían visto cómo la joven nación estadounidense absorbía sin grandes traumas la Lousiana. Ahora contemplaban cómo las Floridas corrían la misma suerte. Pero habían visto otra cosa: el tipo de Estado al que se adherían estos territorios no era despótico, como el que imponía la Corona española, y venía acompañado por los dones de la estabilidad, el autogobierno, el imperio del Derecho, la protección de las actividades económicas –incluida la compraventa de esclavos– y la vocación por el progreso

técnico y material. La lección, pues, era muy simple: ¿por qué no anexar Cuba a la Unión Americana y lograr dentro de esa estructura lo que España negaba?

Desde el otro lado del Estrecho de la Florida la visión de los estadounidenses resultaba complementaria. Estados Unidos ya ocupaba una buena parte del Golfo de México y la Florida. Cuba era una isla relativamente grande y muy rica: ¿por qué no agregarla a la Unión Americana? Y no sólo por el factor económico, sino por el estratégico: Inglaterra podía apoderarse de Cuba y desde ahí hacerle la guerra a Estados Unidos, como ya había ocurrido en 1812. Por eso los primeros presidentes norteamericanos, con Thomas Jefferson a la cabeza, pensaron seriamente en la anexión de Cuba. La isla era un peligro potencial para la seguridad norteamericana. Un peligro multiplicado desde que la Unión se había expandido hacia el sur en dirección del Caribe, asomándose al Golfo de México.

### **Vuelven y se desvanecen las ilusiones**

En España también cundía la insatisfacción. Las malas noticias que provenían de América, y las frecuentes derrotas de las tropas españolas, unidas a las frustraciones de los liberales, provocaron la insubordinación y alzamiento del coronel Rafael Riego, quien a principios de 1820 llevó a cabo el primer gran “pronunciamiento” militar del siglo XIX. Riego y su regimiento estaban en Andalucía a punto de embarcar hacia América en otra expedición destinada a luchar contra los independentistas americanos.

Primero Fernando VII trató de aplastar a los militares rebeldes, pero aumentaron las deserciones entre los realistas y debió pactar con los militares liberales. Esto dio comienzo al llamado “trienio liberal” (1820-1823). La

## ANEXIONISTAS, AUTONOMISTAS E INDEPENDENTISTAS

Constitución de 1812 fue restablecida y de nuevo fueron convocadas las Cortes en Cádiz. En América, especialmente en Cuba, renació la esperanza en una reforma de los vínculos con España. Hubo unas elecciones para elegir a los representantes a las Cortes y fueron seleccionados tres liberales partidarios de la reforma.

Entre los representantes de Cuba a esta nueva edición de las Cortes de Cádiz viajó una persona muy importante en la historia del país, el joven sacerdote Félix Varela, quien se trasladara a España a defender el constitucionalismo, el autogobierno y el fin de la esclavitud. Pero lamentablemente no llegó muy lejos este nuevo esfuerzo liberal. Primero, otro sacerdote y representante cubano, Juan Bernardo O'Gavan se opuso al fin de la esclavitud esgrimiendo una tesis paternalista: la esclavitud era una forma eficaz de adiestrar a los africanos en las ventajas y progresos de la civilización cristiana. En todo caso, en 1823 los poderes imperiales de Europa, espoleados por Rusia y acaudillados por Francia –entonces una monarquía reaccionaria–, de acuerdo con Fernando VII invadieron España, derrotaron al ejército y pusieron fin a sangre y fuego al gobierno liberal. A las tropas invasoras se les llamó “los cien mil hijos de San Luis”, pero fueron algo más: ciento treinta y dos mil soldados efectivos e implacables.

La represión que siguió fue terrible. Riego (cuyo himno tiene vagas resonancias en el que más tarde entonarían los cubanos) fue ahorcado en Madrid y todos los participantes en las Cortes de Cádiz condenados a muerte, entre ellos Félix Varela, quien logró escapar y se exilió en Estados Unidos. Nunca más pudo volver a Cuba y, obviamente, perdió la fe en la capacidad de España para reformar sus relaciones con la Isla, lo que lo condujo a defender

la independencia de Cuba como única opción ante la inflexibilidad de la corona española.

### **Comienza la lucha por la independencia**

Precisamente en 1823, el año en que se liquida el trienio liberal español, se da el primer intento serio por independizar a Cuba por las armas. La conspiración, dirigida por un criollo llamado José Francisco de Lemus, se incubaba en las logias masónicas y en las tertulias y ateneos literarios. Toma el nombre de “Rayos y soles de Bolívar” debido a la estructura de sus células secretas. Cada “sol” recluta siete “rayos” con los que forma un grupo decidido a rebelarse. En ese momento casi toda Hispanoamérica había derrotado a las fuerzas españolas y los rebeldes, llamados “cubanacanos”, pensaban recibir el auxilio de los demás ejércitos libertadores continentales.

Los independentistas contaban hasta con una constitución escrita por Joaquín Infante: uno de los primeros textos legales cubanos. Pero la conspiración es descubierta y sólo en La Habana fueron detenidas más de 600 personas. Uno de los perseguidos, quien deberá marchar precipitadamente al destierro, es un joven abogado y brillante escritor llamado José María Heredia, hijo de españoles huidos de república dominicana. Tras una corta estancia en Estados Unidos, donde escribe su famosa “Oda al Niágara”, poema que lo convierte en uno de los grandes precursores del Romanticismo, marchará a México, donde morirá muy joven, a los 35 años.

Heredia ya forma parte de la *intelligentsia* cubana defensora, como Varela, de la independencia. Hay otros nombres notables, y entre ellos Domingo del Monte, José Antonio Saco, José de la Luz y Caballero. Son todos bue-

nos ensayistas y profesores. Proviene del Seminario de San Carlos, la institución habanera de educación superior. Todos son nacionalistas, es decir, se sabían parte de una nación diferente a la española, pero debatían el tipo de estado al que deseaban integrar la nación con que soñaban.

### **La república de Texas**

En 1833 muere Fernando VII y deja como Reina Regente a su viuda María Cristina. La heredera al trono es una niña que reinará en su momento como Isabel II. Los criollos cubanos ven renacer ciertas esperanzas de cambio en la actitud de España hacia Cuba y Puerto Rico, las últimas colonias americanas que posee la Corona. Pero en España se desata la primera Guerra Carlista cuando Carlos, hermano de Fernando VII, reclama el trono basado en la Ley Sálica que su hermano alguna vez proclamó y luego abrogó, disposición legal por la cual las mujeres no pueden reinar. Esa guerra civil durará siete años y la Corona en gran medida la financiará con tributos venidos de la riquísima colonia cubana.

Mientras el desorden se apodera de España, los cubanos ven con gran curiosidad un episodio que tendrá un enorme efecto en la historia de la Isla. En 1836 los colonos norteamericanos avecindados en México, muchos de ellos emigrantes europeos recién llegados a Estados Unidos, tras unas cuantas batallas contra el ejército mexicano de López Santa Anna, declaran la independencia en 1836 y crean la "República de Texas". Cuba, por otra parte, sigue enriqueciéndose como consecuencia del azúcar y de la intensa labor de los esclavos. En 1837, diez años antes que en España, se inaugura el primer tren en el mundo hispano. Lo fabrican ingenieros norteamericanos con capital cuba-

no y recorre la distancia entre La Habana y Güines. En 1838, se inaugura en La Habana el gran Teatro Tacón, de líneas clásicas y muy notable por la calidad de su acústica. Los habaneros presencian buen teatro y mejor ópera. En ese teatro, en 1849, el inventor italiano Antonio Meucci, un florentino lleno de talento y mala suerte, pondría a prueba lo que llamó el “telégrafo parlante”, logrando transmitir la voz humana mediante un cable, sesenta baterías eléctricas y otros extraños artilugios. Treinta años más tarde Alexander Graham Bell patentaría el teléfono.

Durante casi una década los Estados Unidos se resisten a incorporar a Texas a la Unión Americana, pero, finalmente, en 1845 acepta el territorio como otro Estado. En ese momento gobierna en Washington James Polk, un firme creyente en la necesidad de la “expansión” de Estados Unidos. En 1846 el gobierno de México comete el error fatal de atacar a Estados Unidos y desata la guerra entre los dos países. Las tropas norteamericanas, desembarcadas en Veracruz, como Hernán Cortés tres siglos antes, no tardan en tomar la capital, y en 1848 los mexicanos se ven forzados a admitir su derrota y a venderle a Estados Unidos los territorios de California y Nuevo México. Resuena en Estados Unidos la expresión “destino manifiesto”. Según esta visión mesiánica, la nación americana, que también ha conseguido arrancarles Oregón a los ingleses por medios pacíficos, ha sido elegida por la providencia para liderar la civilización desde Alaska hasta la Patagonia.

### **Narciso López y los anexionistas**

Es en esa atmósfera de creciente admiración por Estados Unidos cuando el primer intento de insurrección armada llega a Cuba en 1849. Lo dirige Narciso López, un ex ge-

neral del ejército español nacido en Venezuela, cuñado de Francisco Frías, Conde de Pozos Dulces, uno de los criollos más ricos e ilustrados de Cuba. López recluta a sus soldados en el sur de Estados Unidos, entre algunos de los veteranos de la Guerra de México. El propósito de la expedición es independizar a Cuba de España y luego pedir la anexión a Estados Unidos. Desean, además, mantener la esclavitud. Los azucareros cubanos, algunos muy ricos, pagan los costos de la aventura, pero hay muy pocos combatientes cubanos entre ellos. Casi todos son norteamericanos y unos cuantos húngaros.

A estos aventureros profesionales les llaman “filibusteros” y son propios de mediados del siglo XIX. López organiza y fracasa en tres intentos sucesivos de asentar sus fuerzas en Cuba. En la tercera expedición, en 1851, lo capturan y ejecutan. Pero esto no arredra a la oposición. La Junta Cubana insiste en esa vía de lucha y contrata para que dirija los esfuerzos al general John A. Quitman, ex gobernador de la ciudad de México durante la ocupación norteamericana. Poco después se disuelve la iniciativa en medio de amargos reproches. En 1853 nace José Martí en La Habana. Es hijo de un valenciano y de una canaria.

Por esos años, otro personaje cubano, Domingo Goicuría, tomará un camino más tortuoso y se enrolará en la expedición de William Walker a Nicaragua. A Goicuría lo acompañan varias docenas de exiliados cubanos. El compromiso es utilizar a Nicaragua como plataforma para posteriormente lanzar una invasión a Cuba. Goicuría, quien rompe con Walker, morirá años más tarde, en 1870, ejecutado por los españoles tras ser capturado en Cuba durante la llamada “Guerra de los diez años”. La melancolía de su última frase no le resta mérito a la profecía: “mi muerte no cambiará los destinos de Cuba”.

## Esclavitud y anexión

Fracasada la etapa filibustera, algunos criollos cubanos comienzan a pensar en llegar a algún tipo de arreglo pacífico entre Washington y Madrid. ¿Por qué no comprar Cuba y anexarla a Estados Unidos? El presidente Franklin Pierce, que conoce de cerca la presión y la capacidad de persuasión del primer *lobby* cubano en Washington, instruye a tres de sus diplomáticos destacados en Europa para que formulen un plan de adquisición. Los embajadores norteamericanos ante Londres, París y Madrid redactan el “Manifiesto de Ostende”, en el cual declaran el “derecho” de Estados Unidos a anexar Cuba mediante compra o por la fuerza si fuera necesario.

La argumentación de esta maniobra gira en torno a la esclavitud. La esclavitud dividía tanto a los norteamericanos como a los cubanos. La Unión Americana estaba integrada por estados sin esclavitud y estados con esclavitud, y entre ellos existía una invencible rivalidad que ya se había expresado en una especie de mini guerra civil en Kansas. Existía el temor a que una revuelta de esclavos en Cuba se extendiera por el sur de Estados Unidos, así que la posibilidad de adquirir Cuba y convertirla en un estado esclavista parecía políticamente razonable en la Casa Blanca y coincidía con los intereses y la visión política de los hacendados criollos esclavistas.

Finalmente, con el estallido y desenlace de la Guerra Civil norteamericana, librada entre 1861 y 1865, y en la que pelearon varias docenas de cubanos, esos razonamientos dejaron de tener peso. Lincoln proclamó la libertad de los esclavos, y los criollos cubanos –unos pocos en ese momento– que soñaban con incorporar la Isla al modo sureño de sociedad dejaron de ser anexionistas: no tenía

sentido. Curiosamente, al término de esa contienda llegaron a Cuba varias goletas con refugiados norteamericanos del ejército confederado. Entre ellos estaba el Mayor general John C. Breckenridge, último de los Secretarios de Guerra del derrotado gobierno secesionista de Jefferson Davis. Ante el espectáculo, la sociedad cubana de todos los colores y combinaciones reforzó la certeza de que el fin de la esclavitud era tan próximo como inevitable.

### **Cuba la víspera de la Guerra**

La primera mitad larga del siglo XIX, pese a los fracasos de reformistas, anexionistas e independentistas fue extraordinariamente fructífera en el terreno económico y en el cultural. Aumentaron notablemente la producción y las exportaciones de azúcar y café, consolidándose algunas fortunas extraordinarias, a veces como resultado del infame tráfico de esclavos, pero a veces también en virtud del trabajo honrado. Por aquellos años, en 1840, el español Domingo de Aldama, hizo edificar en la calle Amistad de La Habana el impresionante palacio que lleva su nombre. Aldama fue suegro del polígrafo cubano -nacido en Venezuela- Domingo del Monte y padre del hacendado Miguel Aldama, luego un pertinaz conspirador contra el poder de España en Cuba.

Se ha dicho, con razón, que el XIX ha sido el siglo de oro de la sociedad cubana. Puede ser. En su primera mitad, durante los breves periodos de libertad de expresión que conoció el país, la nacionalidad cuajó de manera definitiva en torno a figuras como los mencionados Francisco de Arango y Parreño, José Agustín Caballero, Félix Varela, José María Heredia o Domingo del Monte. Fue el periodo en que se hicieron muy conocidos en Cuba y en España

## LOS CUBANOS

pensadores de la talla de José Antonio Saco, poetas como Gertrudis Gómez de Avellaneda, también dramaturga y novelista, o Juan Clemente Zenea y Rafael María Mendive. Fue en aquellos años cuando comenzó a escribir sus cuentos y relatos costumbristas el narrador Cirilo Villaverde, autor de la valiosa *Cecilia Valdés*, la gran novela cubana del siglo XIX, cuya primera parte apareció en 1839. Esa riqueza intelectual y económica, paradójicamente, servía de acicate a las fuerzas separatistas. En una sociedad cada vez más segura de sí misma aumentaba la tentación de poner tienda aparte.

# 6

## DE LA INSURRECCIÓN A LA INDEPENDENCIA

¿Cómo llegaron los cubanos a desatar una devastadora guerra de liberación en 1868, la primera librada contra España en la hasta entonces, más o menos, “siempre fiel isla de Cuba”? ¿Cómo esos esfuerzos bélicos, pese a los fracasos parciales sufridos por los cubanos, desembocaron en la derrota de España en 1898, y posteriormente en el establecimiento de la República en 1902? Fue un camino sinuoso en el que se trenzaron fuertemente la historia de España, de Estados Unidos y, naturalmente, de Cuba.

Pese al notable impulso económico experimentado por la Isla a mediados del XIX, en la élite criolla continuaba una profunda insatisfacción política, sumada a la natural desesperación de la población negra. Sin embargo, tras los fracasos de Narciso López y otros esfuerzos insurreccionales parecidos, no tenía sentido retomar la lucha armada. Tampoco parecía muy sensato insistir en tratar de convencer a España que vendiera su colonia más rica a Estados Unidos, puesto que la negativa de la Corona a esa pro-

## LOS CUBANOS

puesta había sido rotunda, lo que aconsejaba a los criollos de la oposición volver a la búsqueda de la reforma y de autonomía dentro del marco español.

Así las cosas, en 1865 y 1866, tras una selección más o menos democrática, los cubanos enviaron a las Cortes madrileñas a unos representantes que acudieron con el objetivo de informar al gobierno de la nación para tratar de inducir una reforma en la dirección soñada: autogobierno, descentralización y límites a la excesiva presión fiscal. Estaban resignados a formar parte de España, pero no admitían que se continuaran coartando las libertades económicas y políticas. Probablemente esa fue la última oportunidad de pactar con España una salida negociada a la crisis cubana.

Lo que los delegados encontraron en Madrid fue un verdadero desastre. Las Cortes no tomaron en serio a los representantes cubanos, que ni siquiera pudieron tomar posesión de sus cargos, pero tampoco respetaban demasiado a la desacreditada monarquía de Isabel II. Había entonces grandes quejas contra la reina, una mujer "ligera de cascos", y resultaba evidente que los republicanos iban adquiriendo fuerza en la sociedad española. La clase política, dominada por los liberales, se dividía en diversas tendencias, y flotaba en el ambiente lo que entonces denominaban "un ruido de sables". Los militares y los civiles conspiraban, y la conspiración tenía sus ramificaciones en Cuba, por donde habían pasado todos los jefes militares españoles. Finalmente, en septiembre de 1868 cae el gobierno de Isabel II mediante un golpe militar, y un general, Juan Prim, instaura un gabinete provisional. La reina es relegada a un segundo plano y pronto abdicará a favor de su pequeño hijo. España se estremece con este nuevo cuartelazo, al que llaman "revolución".

## DE LA INSURRECCIÓN A LA INDEPENDENCIA

En Cuba, en la región oriental, unos días más tarde, el 10 de octubre, Carlos Manuel de Céspedes, un abogado bayamés, buen ajedrecista, poeta, músico aficionado, y pequeño propietario agrícola, emancipa a sus pocos esclavos y se alza en armas contra España. Había conocido a Prim durante sus estudios en Madrid y Barcelona, y es posible que los dos alzamientos tuvieran alguna suerte de coordinación. A Céspedes lo siguen otros centenares de criollos. Todos tienen como objetivo separarse de España, pero no hay consenso en torno al fin de la esclavitud ni al tipo de Estado que desean crear. Unos piensan en inaugurar una república independiente, mientras otros plantean la anexión a Estados Unidos. La gran paradoja es que en ese momento los independentistas esclavistas –y algunos había– se oponían a la anexión a Estados Unidos porque ello implicaba el fin de esa infame institución, dado que había sido abolida por Lincoln en 1861.

### **La Guerra de los Diez Años**

A los insurrectos les llamaron *mambises*, palabra despectiva alusiva a unas inofensivas culebras, pero pronto el vocablo adquirió un tinte heroico, y es muy probable que, alentados por los sucesos españoles, los cubanos esperaran un desenlace a corto o medio plazo. El alzamiento, sin embargo, no condujo a la victoria rápida, como soñaban los mambises, sino a una larguísima lucha en la que fueron apareciendo nombres de criollos que poco a poco configuraron un patriciado distinto, o a veces coincidente, al del dinero: Ignacio Agramonte, Donato Mármol, Máximo Gómez –un inmigrante dominicano, ex oficial del ejército español recientemente llegado a Cuba–, Antonio Maceo, Tomás Estrada Palma, Calixto

## LOS CUBANOS

García, Bartolomé Masó, y una extensa nómina de jefes militares y civiles.

La lucha, que tuvo un primer momento impetuoso, comenzó a estancarse en la medida en que España enviaba pertrechos y soldados para hacerles frente a los insurrectos, pero la verdad es que en las filas españolas peleaban muchos cubanos, blancos y negros, que no deseaban la independencia. En las filas cubanas, mientras tanto, junto a numerosos cubanos negros y mulatos, tampoco faltaban los españoles que deseaban la separación de Cuba porque odiaban al gobierno central de Madrid o la Corona. En alguna medida, se trataba de una verdadera guerra civil entre españoles e hispanocubanos de todas las etnias presentes en la Isla.

Desde el exilio, los independentistas viajaban clandestinamente a Cuba con armas y explosivos que a veces eran interceptados por Estados Unidos bajo la acusación de que se estaba violando la Ley de Neutralidad de 1794, persecución que limitó drásticamente el número de expediciones "filibusteras", como entonces les llamaban, reduciendo sustancialmente las posibilidades de victoria de los insurrectos. Pero el factor más dañino para el ejército mambí no provenía de la resistencia de los españoles o de la equívoca actitud de Washington, sino de la división entre la dirección civil de la guerra y los mandos militares cubanos.

Los "civilistas", miembros de la Cámara de Representantes de los rebeldes, querían mantener su autoridad y frecuentemente chocaban con los jefes militares que se quejaban de las constantes interferencias. Esa cámara era una especie de mini parlamento ambulante formado en Guáimaro, un poblado de Camagüey donde se redactó la primera constitución de la República en Armas.

## DE LA INSURRECCIÓN A LA INDEPENDENCIA

Estas fricciones, más los personalismos propios de caracteres fuertes, en su momento provocaron la destitución de Céspedes, la insubordinación de altos oficiales y amargos conflictos que progresivamente debilitaron la moral de la lucha hasta hacer prácticamente imposible la victoria.

En España, en medio de una creciente crisis interna, se enfrentaban como podían a la costosa insurrección cubana, culpable, entre otras catástrofes, de un desastre sanitario que se cobraba cientos de soldados todos los meses producto de la fiebre amarilla. En 1870 la dinastía de los Borbones llegó a su fin y un príncipe italiano de la Casa de Saboya, Amadeo, fue llamado para reinar sobre los españoles y, por ende, sobre los cubanos. En ese mismo año asesinaron en Madrid al general Prim, y se dice, aunque nunca se aclaró el crimen, que los ejecutores lo hacen por cuenta de cubanos que querían que no se eliminase la esclavitud, como Prim defendía. España, pues, entra en un periodo de desórdenes que provisionalmente culmina con la renuncia de Amadeo y la proclamación en 1873 de la Primera República. Se le atribuye a Amadeo una frase irónica motivada por las tendencias anárquicas que observa en su efímero reino: “han traído a un pobre príncipe italiano a reinar sobre dieciséis millones de reyes españoles”.

Los cubanos ven con entusiasmo estos sucesos. Piensan que una república liberal debe comprender sus deseos independentistas. En Madrid, un joven desterrado de apenas 20 años, José Martí, se acerca a los círculos republicanos para pedir solidaridad con los mambises. Es sólo un estudiante de Derecho y Filosofía, pero piensa y escribe con un enorme talento. El joven Martí denuncia los injustos fusilamientos de un grupo de estudiantes de medicina, totalmente inocentes, ocurridos en La Habana en 1871. También describe los horrores del presidio político

## LOS CUBANOS

con una prosa tan emotiva como convincente. Pero no lo escuchan. Los liberales españoles no estaban dispuestos a apoyar la independencia de Cuba. Los lazos e intereses económicos entre la Isla y la Península pesaban más que los principios o que el sentido común.

En todo caso, la República española se precipita en el caos a los pocos meses de inaugurada, y parecía que la nación se deshacía, al extremo de que una ciudad del Mediterráneo, Cartagena, se insubordina e inútilmente pide su anexión a Estados Unidos. Finalmente, un golpe militar entierra el experimento republicano en 1874. Poco después, el general Arsenio Martínez Campos se levanta en armas e impone la restauración de los Borbones, pero bajo el reinado de Alfonso XII, el hijo de Isabel II.

La restauración de la monarquía en 1876 se hace bajo la autoridad de una nueva constitución que limita el poder real. Los españoles quieren imitar a los ingleses e impulsan un sistema bipartidista de liberales y conservadores estructurado por un brillante político llamado Antonio Cánovas del Castillo. Dentro de ese nuevo espíritu, el gobierno español envía a Cuba a su general estrella, Arsenio Martínez Campos, a quien llamarán “el Pacificador”, para que ponga fin a la insurrección cubana. La joven monarquía parlamentaria española tiene un talante negociador.

### **Finaliza la primera guerra**

Cuando Martínez Campos se hace cargo de la dirección de la guerra cubana, los mambises están fatigados y desunidos. Han peleado durante mucho tiempo y la victoria final se les escapaba de las manos. Trataban de impedir cualquier negociación con el enemigo, y fusilaban a quienes intentaban esa vía, pero en 1878 la oferta española era ten-

## DE LA INSURRECCIÓN A LA INDEPENDENCIA

tadora: paz sin represalias, ayudas económicas a quienes se quisieran exiliar y un trato honorable. Martínez Campos no quiere declarar victoria, sino tablas. En su argumentación hay algo que parece creíble: España ha entrado en un periodo realmente democrático y las demandas políticas de los cubanos pudieran ser oídas.

La mayor parte de los jefes mambises, con Máximo Gómez a la cabeza, cree que no hay mejor opción que aceptar las condiciones que ofrece Martínez Campos. La paz, finalmente, se firma en el caserío de Zanjón, pero no todos están de acuerdo. El general Antonio Maceo y algunos oficiales y soldados optan por continuar la pelea y proclaman en Baraguá, otro pequeño pueblo, su voluntad de continuar la lucha. Mas será por poco tiempo. Varias semanas más tarde, totalmente derrotado, Maceo se verá obligado a abandonar la guerra y marchar al exilio. Incluso, hace un segundo intento insurreccional, pero fracasa. La Protesta de Baraguá, en suma, había sido un gesto heroico sin resultados prácticos, pero quedaba en la imaginación popular como una muestra heroica de rebeldía.

La guerra, en efecto, no había sido ganada por los insurgentes, pero en el proceso de librarla habían ocurrido varios fenómenos importantes: los cubanos se habían cohesionado como pueblo, existía una clase dirigente criolla salida de los campos de batalla dotada de una leyenda de valentía y arrojo, los mambises negros habían sido declarados libres, y comenzaba a soldarse una nacionalidad mestiza que aceptaba, por ejemplo, el liderazgo de mulatos como Antonio y José Maceo. Pocos años más tarde, en 1886, la esclavitud era totalmente abolida. En gran medida se trataba de una consecuencia de la guerra.

## La hora de la política

Dado que la guerra no era posible, y dado que la nueva España democrática de la Restauración creaba algunos espacios para la lucha cívica y la libertad de opinión, los cubanos se lanzaron al campo de la política, dándole vida a un partido que pronto se convirtió en mayoritario: el Partido Liberal Autonomista. Era un partido inmensamente popular que recogía las viejas demandas reformistas, dividido en una tendencia independentista y otra autonomista. Estos últimos deseaban convivir con España dentro de un Estado federal. Muchos miembros del partido eran veteranos de la Guerra de los Diez Años convertidos en autonomistas por la fuerza de la realidad. Otros eran reconocidos intelectuales, como Rafael Montoro, Enrique José Varona, Eliseo Giberga, José Antonio Cortina y Antonio Zambrano: tal vez militaban en esa formación las mejores cabezas del país en aquella época.

Los cubanos autonomistas se enfrentaban al Partido Unión Constitucional, formado por españoles y por cubanos empeñados en impedir o limitar cualquier manifestación de autogobierno a los criollos, y el ejercicio de la política resultó ser menos exitoso de lo que se auguraba. La España de la Restauración era también la de la trampa y la pillería electoral, y esas malas mañas pronto se llevaron a la colonia cubana. Madrid prometía parcelas de poder, pero no cumplía sus promesas, y mientras la ley impedía una verdadera representación proporcional de los cubanos en los órganos de gobierno, las elecciones amañadas recortaban aún más ese poder potencial. La corrupción, además, era rampante, y los cubanos no tardaron en descubrir que los políticos españoles no estaban dispuestos a perder los jugosos negocios que se hacían en “la Perla de las Antillas”.

## DE LA INSURRECCIÓN A LA INDEPENDENCIA

Los autonomistas cubanos, mientras tanto, vieron con mucha simpatía los acuerdos a los que llegan Canadá e Inglaterra. Londres cedía poder y autoridad a la Colonia a cambio de mantener la soberanía sobre el inmenso territorio americano. En España hubo voces, como la del diputado Rafael María de Labra, de raíces cubanas, que abogaba con vehemencia por copiar ese tipo de pacto, pero eran pocas. En Madrid prevalecía cierta inflexibilidad que, a su vez, alimenta el sentimiento independentista en la Isla.

### **Resurge la corriente independentista**

En efecto, estas frustraciones de los cubanos comienzan a fortalecer a los factores independentistas dentro y fuera de Cuba. Fuera, se destaca especialmente un culto periodista avecinado en New York tras haber vivido en España, México y otros lugares de América: el mencionado José Martí. El otrora joven estudiante exiliado en España se había transformado en un portentoso orador y despertaba el entusiasmo de muchos desterrados. También, como era inevitable, provocaba el rechazo de otros que le echaban en cara su limitada participación en la Guerra de los Diez Años. El argumento empleado era mezquino: lo acusaban de haber estudiado Derecho y Filosofía en España mientras los mambises peleaban. La verdad era que Martí, casi niño, había sido encarcelado y condenado a seis años de presidio, de los que cumplió algo más de uno antes de ser desterrado. La verdad era que durante su exilio en España no perdió oportunidad de defender la independencia de Cuba.

Con más amigos que enemigos, Martí, finalmente, en 1892 logra crear el Partido Revolucionario Cubano en Cayo Hueso. La función del partido es muy clara: impul-

sar la independencia de Cuba y Puerto Rico mediante la lucha armada. Y el sitio elegido para lanzar el partido es el más emblemático: hay en el Cayo miles de trabajadores cubanos, muchos de ellos tabaqueros, que darán su dinero y su entusiasmo, y Martí los organiza mediante clubes patrióticos. Cayo Hueso es la mayor cantidad de Cuba que se podía encontrar en el exilio. Algo así como el Miami del siglo XIX. Martí hará lo mismo en Tampa, en New York, en Filadelfia, y en donde existiera un grupo de cubanos dispuestos a contribuir a la lucha.

En Madrid, en 1893, el político Antonio Maura Montaner formula un plan para concederle la autonomía a Cuba y a Puerto Rico y así evitar la lucha que ya se oteaba en el ambiente, pero no consigue el respaldo de la clase dirigente española. Prevalece la idea de que cualquier concesión conduciría hacia la independencia. Hay, además, intereses económicos muy fuertes entre la cúpula española y las autoridades políticas de la colonia cubana que prefieren tener bien sujeta a la Isla.

### **Otra vez la guerra**

Primero Martí consigue los recursos para comprar las armas. Luego, o simultáneamente, convoca a los viejos jefes militares de la guerra del 68. Las dos personas clave por su inmenso prestigio entre los cubanos son Máximo Gómez y Antonio Maceo. Dos hombres difíciles y con caracteres muy fuertes. Gómez vive en Santo Domingo muy humildemente, mientras Maceo, con mejor desempeño económico, se ha radicado en Costa Rica.

El plan para el alzamiento en Cuba se lleva a cabo muy laboriosamente. El delegado en La Habana del Partido Revolucionario Cubano es un brillante periodista mula-

## DE LA INSURRECCIÓN A LA INDEPENDENCIA

to llamado Juan Gualberto Gómez. Martí quiere hacer coincidir el levantamiento interno con una gran expedición que llegaría a bordo de tres goletas que saldrían del puerto floridano de Fernandina llenas de hombres y pertrechos. Maceo marcharía a Oriente, Máximo Gómez a Camagüey y Serafín Sánchez y Carlos Roloff –un cubano nacido en Polonia– a Las Villas. Pero el plan aborta. Los servicios secretos españoles y los delatores a sueldo de España, ayudados por las locuaces imprudencias de los conspiradores, les comunican la existencia de estos barcos a las autoridades norteamericanas, que se incautan de casi todo el material bélico, aunque más tarde devolverán una buena parte.

En Cuba, de todos modos, se llevan a cabo varios alzamientos. El 24 de febrero del 95 se produce en Baire, Oriente, el más notorio. Martí se desespera, pero no se rinde. Nombra como su sustituto en Estados Unidos a Estrada Palma al frente del Partido Revolucionario Cubano, un maestro protestante, quien ya había sido presidente de la República en Armas durante la Guerra de los Diez Años. Martí viaja a Santo Domingo, redacta el Manifiesto de Monte Christi y se dispone a desembarcar en Cuba junto a Gómez y otra media docena de personas. Desembarcan el 11 de abril. No es una invasión, sino una infiltración silenciosa y nocturna. Cuando llegan a la Isla, en la zona oriental, son recibidos por tropas rebeldes que les rinden honores, pero no todo es perfecto. Poco después Martí tiene un encontronazo verbal con Maceo, que había arribado a Cuba de manera parecida diez días antes. El choque se produce por el mismo fenómeno que oscureció la guerra del 68: es el conflicto entre la mentalidad civilista y la militar. En cualquier caso, el 19 de mayo de 1895, pocas semanas después del desembarco, Martí muere en su primer combate.

## LOS CUBANOS

Casi inmediatamente la guerra alcanza una ferocidad sin límites. Cánovas del Castillo, a la sazón presidente de gobierno en Madrid, manda a Cuba al general Valeriano Weyler con instrucciones de que aplaste a los rebeldes antes de que fuera muy tarde. Weyler, un hombre pequeño y delgado, era un militar muy competente, que había peleado en Santo Domingo a principios de la década de los sesenta, cuando conoció al capitán Máximo Gómez, entonces su compañero de armas, así como a otros oficiales dominicanos que acabarían exiliados en Cuba y enrolados en el ejército mambí: Modesto Díaz y Luis Marcano entre ellos. Por otra parte, Weyler conocía Cuba y había combatido tenazmente contra los cubanos en la Guerra de los Diez Años, e incluso había perdido a su hermano Fernando, casi un adolescente, en la reconquista de Bayamo.

Weyler, precedido por su fama de militar combativo e implacable en las guerras carlistas y en Filipinas, llega en el 96 y, en efecto, emplea sin compasión la mano dura que se le atribuía, y de la que había dejado huella incluso en España, cuando ocupó la Capitanía general de Cataluña. La muerte de Maceo en combate, ocurrida en diciembre de 1896 le favorece notablemente, pero decide dejar a los mambises sin apoyo popular utilizando un recurso extremo: "reconcentra" en los pueblos a los campesinos y sus familias. El propósito es privar de auxilios a los insurrectos.

Unas cien mil personas mueren de desnutrición y enfermedades infecciosas producidas por el hacinamiento improvisado durante esa "reconcentración". Los periódicos norteamericanos recogen fotos y noticias espeluznantes. Los emigrados cubanos en Estados Unidos inundan a los periodistas de informaciones. Las simpatías de la sociedad norteamericana están claramente con el pueblo cubano y en contra de los españoles, a los que acusan de las

## DE LA INSURRECCIÓN A LA INDEPENDENCIA

peores atrocidades. Sin embargo, los ejércitos de Estados Unidos e Inglaterra estudian las tácticas de Weyler y, en su momento, las emplearán en Filipinas y en Sudáfrica. Son terribles tácticas genocidas, pero dan resultado.

Mientras tanto, en Estados Unidos sube la temperatura antiespañola, y en España y en Cuba aumenta el rechazo a Estados Unidos entre los simpatizantes de la Metrópoli. Españoles y españolistas culpan a Washington del avituallamiento de los insurrectos por permitir las expediciones de los exiliados, y acusan a la prensa norteamericana de una especie de linchamiento moral al que someten a España y a los españoles. En medio de ese clima de mutua hostilidad, los partidarios de España en la Isla, los fanáticos *voluntarios*, organizan pogromos contra los periódicos simpatizantes de los insurrectos y contra los intereses norteamericanos.

En los campos de batalla la lucha es fortísima. Mueren miles de personas, aunque la mayor parte son víctimas de la malaria y otras enfermedades tropicales. El ejército español no está bien apetrechado ni recibe buena atención médica. Los cubanos tampoco, pero gozan de mayores defensas naturales. Los insurrectos recurren a la tea incendiaria y a la dinamita para destruir el aparato productivo en la Isla. En esta guerra, al revés de lo que sucediera en la anterior, funciona mejor el avituallamiento exterior de los insurrectos. Ambos bandos practican con frecuencia el exterminio de prisioneros. En abril de 1897, en un esfuerzo por conseguir la paz, Cánovas decreta la autonomía para Cuba y Puerto Rico, mas es muy tarde. La guerra continúa. Sin embargo, ciertos autonomistas se hacen cargo de la administración insular. Algunos vuelven desde el exilio con la ilusión de gobernar y reformar, pero la autoridad real sigue estando en el ejército.

## LOS CUBANOS

A mediados de 1897 españoles e independentistas están bastante extenuados, aunque nadie puede adjudicarse la victoria. No obstante, en las provincias occidentales ha decrecido bastante la actividad de las tropas mambisas. En agosto sucede algo muy importante en España: un anarquista italiano, Miguel Angiolillo, asesina a Cánovas del Castillo. Los independentistas cubanos en París, dirigidos por el médico puertorriqueño Ramón Emeterio Betances, le habían dado dinero y le habían sugerido el plan de acción. La muerte de Cánovas precipita la desmoralización de los españoles, especialmente porque Práxedes Mateo Sagasta, un liberal que lo sucede en el poder, inmediatamente traslada a Weyler lejos de Cuba y nombra a un gobernador "blando", Ramón Blanco, con fama de contemporalizador, para que busque una forma definitiva de establecer la paz. Sagasta se da cuenta de que España se está precipitando a una guerra con Estados Unidos y quiere evitarlo. Pero no sabe muy bien cómo hacerlo. En los próximos meses ocurriría el desenlace de este drama.

# 7

## DEL MAINE A LA REPÚBLICA

Hasta finales del siglo XIX, Estados Unidos limitó su vocación imperial al territorio continental americano. Hasta esa etapa, el país había crecido a expensas de México por métodos violentos, o había adquirido Louisiana, Florida y Alaska de manos de los imperios francés, ruso y español por vías pacíficas, pero no se había planteado una presencia planetaria importante. Eso comenzó a cambiar en las décadas finales del XIX.

En efecto: durante los treinta años en que transcurrieron las guerras cubanas de independencia, Estados Unidos, tras el fin de la Guerra Civil que enfrentó al Norte y al Sur, experimentó un auge extraordinario en el terreno económico, acompañado por la voluntad creciente de estrenarse como potencia mundial y figurar en los asuntos internacionales más allá del continente americano, impulso que se demuestra en la presencia de un representante de Washington en la Conferencia de Berlín que el Canciller alemán Otto von Bismarck convocó en 1884 para decidir la suerte de África y del Medio Oriente.

## LOS CUBANOS

Por aquel entonces, el modelo político y económico más universalmente admirado era el de la Inglaterra imperial de la Reina Victoria, sustentado en la existencia de enclaves militares, bases navales y empresas comerciales transnacionales que funcionaban bajo la protección de las autoridades coloniales y en contubernio con las metrópolis. En consecuencia, los políticos norteamericanos comenzaron a compartir la hipótesis de que toda nación importante necesitaba poseer una gran marina de guerra capaz de garantizar el acceso al comercio y de proteger las rutas marítimas internacionales ante el asedio de otros poderes imperiales. Esas ideas —muy generalizadas en la época— acabaron por ser plasmadas en la obra *The Influence of sea Power upon History (1660-1783)* del historiador Alfred T. Mahan, capitán de la Marina estadounidense, publicada en 1890, libro profusamente leído por la clase dirigente norteamericana, entre la que se encontraba el republicano Teodoro *Teddy* Roosevelt, graduado de Harvard y también historiador naval él mismo.

Es dentro de ese contexto de naciente imperialismo que, en 1893, instigado por norteamericanos, se produce un golpe casi incruento en el exótico reino de Hawai, isla del Pacífico a la que ya Estados Unidos había convertido en una especie de encubierto protectorado, ensayando un modo de actuación en alguna medida parecido al que posteriormente repetiría en Cuba. ¿Qué buscaba Estados Unidos en ese remoto archipiélago asiático? Lo mismo que más adelante procuraría en el Caribe: colonias y bases carboneras para abastecer las calderas de los inmensos motores de sus naves de guerra para proteger las líneas marítimas comerciales.

A este espasmo imperial norteamericano todavía hay que sumarle un importante elemento ideológico: el orgullo

nacionalista propio de la época. Fue en esa segunda mitad del siglo XIX cuando el británico Charles Darwin postuló su seductora teoría del origen de la especie, y, aún más importante, su hipótesis de que sólo sobrevivían las más aptas en medio de una lucha encarnizada. Poco después, otro pensador inglés, Herbert Spencer, elevaría las ideas de Darwin al plano social, deduciendo que las sociedades más competentes eran las que estaban llamadas a regir el destino de la humanidad, de donde los norteamericanos colegían que la historia confirmaba que, de alguna manera, ellos eran el pueblo elegido para realizar esa magnífica hazaña. Incluso, el propio Darwin había llegado a declarar que los europeos más fuertes y mejor preparados para la supervivencia eran los que habían cruzado el Atlántico rumbo al continente americano.

Esa convicción, además, comenzó a propalarse desde la entonces recién constituida Universidad de Johns Hopkins (1876), la primera institución académica norteamericana consagrada a las Ciencias que ofreciera estudios graduados, y en donde desembozadamente se defendía la tesis de la superioridad racial o cultural de los Estados Unidos, característica que obligaba a la nación a imponer el buen gobierno y el progreso en el mundo. Algo que casaba muy bien con los escritos del autor británico Rudyard Kipling, quien defendía que ésa era la tarea impuesta por la providencia al hombre blanco, y muy especialmente a los ingleses.

### **El Maine y la guerra**

Obviamente, ese telón de fondo ideológico tenía que proyectar su sombra sobre la muy próxima isla de Cuba. A principios de 1898 se habían tensado notablemente las re-

## LOS CUBANOS

laciones entre España y Estados Unidos como consecuencia de la guerra cubana y de las campañas de prensa antiespañolas que inundaban los periódicos más leídos del país. El episodio más sonado había sido el de la cubana Evangelina Cisneros, supuestamente vejada y ultrajada por guardias españoles, cuya libertad y salida de Cuba habían pedido más de 25 000 personas en una carta pública promovida por los exiliados, carta en la que hasta la esposa del presidente había puesto su firma. Las autoridades españolas no respondieron a la petición, pero unos intrépidos reporteros norteamericanos consiguieron rescatarla de las cárceles y trasladarla clandestinamente a Estados Unidos, lo que motivó una jubilosa reacción en la sociedad norteamericana.

Pero, seguramente más que este pintoresco episodio, el evento que con más fuerza sacudió a la opinión pública norteamericana fueron las fotos y las lacerantes descripciones de los “reconcentrados” cubanos, un anticipo de lo que en el siglo XX sería el terrible holocausto judío. Miles de hombres, mujeres y niños fueron sacados de las zonas rurales y obligados a vivir en las ciudades, en casas insalubres y campamentos improvisados, provocando una grave hambruna que se mezcló con letales enfermedades infecciosas que acaso se cobró la vida de cien mil cubanos.

Era frecuente que la prensa norteamericana visitara a los reconcentrados, y hasta que algunos políticos participaran en esas excursiones en las que se mezclaban la solidaridad, la compasión y la propaganda política. El senador Thurmon, por ejemplo, acompañado de su mujer, fue a La Habana en el yate del magnate periodístico Hearst, y visitó a los infelices reconcentrados. Fue tal la impresión que recibió la esposa del senador, que al regresar a la embarcación sufrió un ataque al corazón y murió. Como era

## DEL MAINE A LA REPÚBLICA

predecible, los discursos de Thurmon a su regreso conmoveron terriblemente a la opinión pública norteamericana.

Esas escenas espeluznantes fueron parte de la exitosa campaña política que en 1897 planteó el republicano William McKinley, acusando a los demócratas en el poder de no haber hecho lo correcto para terminar con los abusos de los españoles. McKinley, un personaje muy religioso de Ohio, no era exactamente un imperialista o *jingoísta*, como entonces se les llamaba a los ultranacionalistas, pero en torno suyo existía una fuerte presencia de políticos intervencionistas, como era el caso de Teodoro (*Teddy*) Roosevelt, quien fuera nombrado subsecretario de la Marina en el primer gabinete.

Así las cosas, ante una serie de disturbios provocados en Cuba por los españoles integristas y simpatizantes de Weyler –quien había sido reemplazado tras el asesinato del primer ministro Cánovas del Castillo–, dirigidos contra intereses norteamericanos y contra el gobierno autonómico recién instalado, al que acusaban de blando, el gobierno de McKinley, a petición del cónsul norteamericano en La Habana, el ex general sureño Fitzhugh Lee, tras forzar una invitación extraoficial por parte de las autoridades españolas, decidió enviar a la capital cubana un acorazado de reciente fabricación e intimidante aspecto, llamado *Maine*, con el aparente objeto de calmar los ánimos de los revoltosos. Era lo que se llamaba “pasear la bandera”. Simultáneamente, España enviaría a New York otro navío de guerra que equilibraría simétricamente esa ominosa presencia.

El buque, con sus enormes cañones y 354 marinos, llegó a La Habana el 25 de enero. La noche del 15 de febrero, mientras casi toda la oficialidad norteamericana participaba en un baile ofrecido por las autoridades españolas, se

## LOS CUBANOS

produjo un estallido que destruyó la nave en medio de la bahía, y mató a 264 marineros y a dos oficiales. ¿Cuál fue la causa de la explosión? Existen sesenta y ocho hipótesis contabilizadas. Hasta el día de hoy se discute si fue una mina colocada en el exterior por cubanos ansiosos por provocar una intervención norteamericana, o por españoles weylerianos deseosos de castigar las injerencias del vecino, o si fue un accidente generado por la cercanía entre la caldera y los paños donde se almacenaba la pólvora, o si Estados Unidos deliberadamente provocó la catástrofe en busca de un pretexto para intervenir militarmente en Cuba.

La debilidad de esta última hipótesis radica en que la Casa Blanca no necesitaba un pretexto como ése para intervenir en Cuba, dado que la opinión pública, estimulada por la prensa, lo estaba pidiendo a gritos. En todo caso, si fue una explosión deliberadamente provocada por los imperialistas norteamericanos, el capitán de la nave, Charles Sigsbee, nada sabía, pues estaba a bordo del buque cuando se produjo el estallido. Según el capitán, y según los expertos de la marina norteamericana que entonces viajaron a Cuba a investigar los hechos, la explosión fue de fuera hacia dentro. De acuerdo con los técnicos españoles, ocurrió de dentro hacia fuera. La discusión, por supuesto, va mucho más allá de un mero detalle técnico: si sucedió de fuera hacia dentro, se trató de un sabotaje. Si se produjo de dentro hacia fuera, lo probable es que se tratara de una explosión accidental debido a un defecto en el diseño de la nave.

Pero si no sabemos con certeza el origen de la explosión, sí conocemos las consecuencias a corto plazo: en abril, hábilmente manipulado por el abogado del Partido Revolucionario Cubano Horatio Rubens, amigo del se-

## DEL MAINE A LA REPÚBLICA

nador de Colorado Henry M. Teller, el Congreso de Estados Unidos proclamó el derecho de Cuba a ser libre e independiente, y le declaró la guerra a España. Primero Washington organizó rápidamente un ejército de tierra, y, en pocas semanas, la flota norteamericana destruyó a la española en Santiago de Cuba y en Cavite, Filipinas. En pocos días, casi todas las posesiones españolas de ultramar pasaron a ser controladas por las tropas norteamericanas. Hubo unas cuantas batallas terrestres, en las que los españoles pelearon con más valentía que recursos, y en las que los mambises cubanos, y muy especialmente las tropas del prestigioso general mambí Calixto García, auxiliaron eficazmente a los soldados norteamericanos, alianza que no estuvo exenta de fricciones y malos entendidos. Finalmente, Madrid se rindió.

Unos meses más tarde, en París, sin presencia de representantes cubanos, se firmó un tratado por el que España renunciaba permanentemente a la soberanía sobre los territorios arrebatados en la guerra en beneficio de Estados Unidos, y recibía a cambio una pequeña indemnización de veinte millones de dólares por sus posesiones y la garantía de que serían respetadas las vidas y las propiedades de los súbditos españoles que permanecieran en las antiguas posesiones. En la negociación, España intentó que Cuba fuera anexada por Estados Unidos, con el objeto de proteger mejor sus vastos intereses económicos en la Isla, pero su petición no tuvo éxito: la resolución conjunta decretada la víspera de la guerra por los parlamentarios norteamericanos hacía imposible ese desenlace.

En todo caso, no dejaba de ser curioso el súbito realineamiento de las fuerzas políticas que se produjo en el momento de la derrota de España: los españoles y los hispanocubanos enemigos de la independencia, se vuelven

anexionistas y piden ser absorbidos por Estados Unidos; los independentistas, mayoritariamente, encabezados por Máximo Gómez, apoyan sin muchas reservas la presencia norteamericana en la Isla, mientras los viejos autonomistas son los únicos que objetan la intervención norteamericana en Cuba.

Para Estados Unidos el choque con España fue una “espléndida pequeña guerra” que le dejó como herencia varios millares de islas en el Pacífico y a Puerto Rico en el Caribe. Además, selló definitivamente las heridas de la Guerra Civil, dado que veteranos del Norte y del Sur pelearon codo a codo contra el enemigo español. La guerra también tuvo un importante efecto político interno al fortalecer al Partido Republicano y lanzar a los primeros planos del interés nacional a *Teddy* Roosevelt, quien adquirió una gran notoriedad como coronel de los *Rough Riders*, una variopinta fuerza de voluntarios norteamericanos que se destacaron en algunos de los escasos combates sostenidos en Cuba por la infantería de Estados Unidos. El desfile de los *Rough Riders* por New York marca el ascenso de la estrella política de Roosevelt, quien en las siguientes elecciones de 1901 se convertiría en candidato a la vicepresidencia del Partido Republicano junto a McKinley, y tras el asesinato de éste a manos de un anarquista pasaría a ocupar la primera magistratura del país.

### **La primera intervención**

Tras desarmar a las tropas españolas y cubanas, y una vez pacificada y ocupada la Isla por medio de sus fuerzas armadas, por primera vez en su historia los Estados Unidos ensayaron el “cambio de régimen” de otra nación. Se trataba de crear una república independiente donde antes

## DEL MAINE A LA REPÚBLICA

existía una colonia, o, al menos legalmente, la “provincia de ultramar” de una monarquía. ¿Qué hicieron? En primer lugar, reorganizaron la administración y, literalmente, limpiaron el país de una a otra punta. Lo limpiaron con agua y jabón, con cientos de cuadrillas de limpieza y con miles de pipas de agua de mar dedicadas a eliminar la suciedad y los escombros de la guerra. Pusieron énfasis en la educación, multiplicando por tres las aulas escolares y los maestros, modernizando los planes de enseñanza y ocupándose, incluso, de trasladar durante un verano a Harvard a varios cientos de educadores, hombres y mujeres, para que se familiarizaran con las mejores técnicas pedagógicas. Aumentaron sustancialmente los recursos dedicados a la sanidad pública, erradicaron la fiebre amarilla tras conocer las investigaciones del científico cubano Carlos Finlay, quien había demostrado que el mosquito era el transmisor de la infección. Mejoraron notablemente el sistema judicial, las comunicaciones postales, los caminos, acueductos y alcantarillados, e intrudujeron los tranvías. Simultáneamente, organizaron una fuerza policíaca-militar capaz de mantener el orden y combatir el extendido bandidaje rural.

En el terreno político, tras ciertas vacilaciones, comenzó rápidamente la transmisión de la autoridad a los cubanos, la mayor parte proveniente de las filas insurrectas, aunque se abrió espacio a numerosos autonomistas. Se respetaron las propiedades de los españoles, incluidas las asentadas en dudosas sentencias judiciales de tribunales coloniales que legitimaron la confiscación de los bienes de los insurrectos, pero fueron los cubanos quienes resultaron integrados en el gabinete nacional, en los gobiernos regionales, y en las incipientes fuerzas armadas.

En total, unos diez mil cubanos fueron incorporados a un sector público que en algunos aspectos se inspiró en

## LOS CUBANOS

el tipo de organización norteamericana, aunque los códigos Civil y de Comercio siguieron siendo los españoles. Eventualmente, se dictaron órdenes militares mediante las cuales se convocaba a elecciones municipales, a unos comicios para elegir a la asamblea que debía dotar al país de una Constitución y, finalmente, a elecciones generales que dieran paso al establecimiento formal de la nueva república. Esas órdenes, sin embargo, no fueron discutidas ni consensuadas con los cubanos, sino les fueron impuestas, entre otras razones, porque los interventores norteamericanos habían liquidado las instituciones de la oposición y ni siquiera existía un interlocutor claro: el Ejército Mambí había sido desarmado y licenciado; el gobierno de la República en Armas nunca fue reconocido; y el Partido Revolucionario Cubano se disolvió solo tras la derrota de España, dado que su objetivo era llegar hasta ese punto.

Naturalmente, este tipo de relación de “orden y mando” enturbió las relaciones entre muchos independentistas cubanos y las autoridades militares norteamericanas, provocando ciertas tensiones y algunas manifestaciones públicas en las que se pedía la salida de las tropas, aunque fueron pocas y esporádicas. Tras tantas décadas de lucha, los mambises cubanos resentían que no se hubiera reconocido el Gobierno de la República en Armas, presidido por el general Bartolomé Masó. Asimismo, la mayor parte de los mambises se quejaron del reducido monto de tres millones de dólares adjudicados por el gobierno interventor norteamericano como préstamo para compensarlos por sus servicios militares, frente a los once que ellos habían solicitado. Esa disputa, además, dividió profundamente a los mambises, y en una tumultuosa asamblea celebrada en el habanero barrio de El Cerro, dominada por la amargura

y la frustración, se llegó a pedir la destitución y hasta el fusilamiento del Generalísimo Máximo Gómez.

Pero el factor que mayor discordia provocaría entre los cubanos, y entre los cubanos y los norteamericanos, fue la llamada *Enmienda Platt*, una disposición legal propuesta por el parlamentario norteamericano Orville Platt, aprobada por el Congreso de Estados Unidos, parecida a la que años antes se había impuesto a Hawaii, “ley” que convertía a Cuba en un virtual protectorado de su poderoso vecino, en la medida en que limitaba la soberanía de Cuba en sus acuerdos con otros gobiernos, otorgaba a Estados Unidos la facultad de intervenir militarmente para restituir el orden si éste peligraba, y prohibía el endeudamiento exterior del gobierno cubano. Tras varios ácidos debates, los cubanos se vieron obligados a incorporar la *Enmienda Platt* a la Constitución promulgada en 1901, dado que no les quedaba otra opción si realmente deseaban inaugurar una república independiente.

¿Cuál era el propósito esencial de la *Enmienda Platt*? Tenía por lo menos tres: primero, Estados Unidos se había comprometido a que se respetarían los intereses de España y los derechos de los españoles que permanecieran en Cuba y no resultaba evidente que las relaciones entre españoles y cubanos iban a ser respetuosas tras tantos agravios acumulados. Segundo, en esa época las potencias europeas, especialmente Inglaterra y Alemania, habían asumido la “política de las cañoneras” y merodeaban por los puertos del Caribe y del Pacífico cobrándose por la fuerza las deudas pendientes. Washington, sencillamente, no quería tener cerca de su frontera sur a un potencial enemigo europeo de ese calibre. Y, tercero, al menos una parte del gobierno norteamericano abrigaba secretas intenciones anexionistas y pensaba que el protectorado facilitaba

la posterior asimilación. ¿Cuándo? Cuando los cubanos lo pidieran movidos por la gratitud y la conveniencia, como en su momento habían hecho los tejanos, algo, por cierto, que jamás sucedió.

### **Cuba durante la primera intervención**

El panorama social al que se asomaban los cubanos era, al mismo tiempo, desolador y lleno de esperanzas. La guerra había destruido una zona importante de las instalaciones azucareras y tabaqueras, pero las ciudades estaban prácticamente intactas, y el comercio, mayoritariamente español, no se había interrumpido. Por otra parte, el cambio de régimen sólo operaba en el terreno político, pero no en el de las relaciones económicas.

Para los estándares de la época, el panorama educativo del país no era de los peores. Curiosamente, el nivel de alfabetización de los cubanos era un poco más alto que el de la propia España, y la clase dirigente criolla solía tener una cierta preparación universitaria o experiencia como hacendados y ganaderos. Muy positivo fue el regreso de millares de exiliados radicados en Estados Unidos, muchos de ellos con formación universitaria o con experiencias empresariales que luego desarrollaron en Cuba.

Sin embargo, el lado negativo de este panorama también era muy abultado: miles de soldados mambises no encontraban trabajo y apenas disponían de comida o de ropa. Sentían que la victoria sobre España no les había reportado beneficios materiales, y protestaban de la situación de los españoles, que mantenían sus comercios. Fue en aquellos años en los que se hizo popular la convicción, también muy española, de que la mejor forma de combatir la pobreza era conseguir un puesto público, factor que

## DEL MAINE A LA REPÚBLICA

reforzó el clientelismo político: los líderes más populares solían ser aquellos que tenían la capacidad y la influencia necesarias para colocar a sus partidarios. Ese elemento envenenaría la vida pública cubana durante todo el tiempo que duró la república.

El último acto importante de los interventores norteamericanos fue la celebración de las elecciones generales para elegir al presidente de la república. Originalmente, dos fueron los candidatos, el general Bartolomé Masó último presidente de la República en Armas, y D. Tomás Estrada Palma, quien había ostentado ese mismo cargo durante la Guerra de los diez años. Se dio la circunstancia de que Estrada Palma, ciudadano norteamericano –ciudadanía a la que renunció– y residente en New York, no estuvo en la Isla durante la campaña, pero contó con el apoyo decidido de Máximo Gómez, el más prestigioso de los mambises. En su momento, Masó retiró su candidatura, y el 31 de diciembre de 1901, Estrada Palma resultó elegido sin contrincante. Poco después viajó a Cuba en una goleta, y su primera gran parada fue para abrazar a Masó. Lentamente, fue recorriendo toda Cuba, mientras recibía el aplauso de muchos de sus compatriotas.

Su presidencia se inauguraría el 20 de mayo de 1902 en La Habana, en medio de una enforvorizada multitud llena de ilusiones con la nueva etapa que comenzaba. Con él comenzará lo que yo llamo “la república mambisa”. Es decir, el Estado gestionado por los guerreros que en la segunda mitad del siglo XIX dieron la batalla por la independencia.



# 8

## LA REPÚBLICA MAMBISA (1902-1933)

El 20 de mayo de 1902 se inauguró oficialmente la República de Cuba. A las 12 del día el generalísimo Máximo Gómez izó la bandera en la explanada del malecón, frente al castillo del Morro, y de miles de gargantas salió el grito ritual de los independentistas cubanos: “¡Viva Cuba Libre!”.

El anterior 31 de diciembre había sido elegido presidente D. Tomás Estrada Palma, ex coronel en la Guerra de los Diez Años, ex presidente de la República en Armas y sustituto de José Martí como Delegado en el exilio del Partido Revolucionario Cubano. Era un maestro cuáquero, honrado, dotado con un carácter fuerte, austero, y, según sus contemporáneos, demasiado inflexible.

En ese momento Cuba vivía un período de inmensa felicidad. Desde el punto de vista material la intervención militar norteamericana había sido un éxito rotundo y los cubanos estrenaban un estado razonablemente organiza-

do, que había dejado atrás las cicatrices de la guerra y se enfrentaba a la reconstrucción y al relanzamiento de la economía con el auxilio de Estados Unidos, ya entonces la primera potencia económica del mundo. Por otra parte, también era notable cierta herencia positiva que dejaba España como, por ejemplo, unos índices de alfabetización mayores que los de la Península, unas notables estructuras urbanas y una burguesía educada en la que no faltaba cierto grado de refinamiento semejante al que podía observarse en Madrid o Barcelona.

Sin embargo, desde el inicio mismo de la etapa republicana se presentaron varios gravísimos problemas que contribuyeron a su posterior hundimiento. El primero era la ausencia de una clara comprensión de lo que era una república por parte de la clase dirigente cubana. No existía en la tradición cultural del país, salvo en algunos escritos poco conocidos de Varela, o en textos de Enrique José Varona, un buen examen del constitucionalismo y del equilibrio de poderes, y no se entendía muy bien que la fragilidad institucional del diseño republicano exigía el voluntario acatamiento de las leyes —*the rule of law*— para evitar el desplome de la convivencia, dado que una democracia es firme no por las leyes que así lo deciden sino por el comportamiento y los valores de las personas que tienen que cumplir con esas reglas.

El segundo de los males venía de la etapa colonial y consistía en entender al Estado como un botín al servicio del partido de gobierno, destinado a recompensar a los amigos y aliados, o a castigar a los adversarios. Era el clientelismo en su estado más puro, exacerbado por la miseria y la falta de horizontes de decenas de miles de personas empobrecidas por la guerra que sólo encontraban alivio a sus penurias en los favores oficiales o en la asistencia que

podía prestarles el gobernante de turno. Era, también, la corrupción rampante y —más grave aún— la indiferencia de la sociedad ante un tipo de conducta que le parecía inherente al ejercicio de la política.

El tercero de los males ocultos que corroían la incipiente república era la violencia. Cuba había surgido como país independiente bajo la advocación de la guerra y la admiración por las hazañas de los mambises. Se rendía culto al valor personal, al acto audaz, e incluso al matonismo. Los cubanos se veían retratados en un popular soneto que decía: “luzco calzón de dril/ y chamarreta, que con el cinto del machete entallo/ en la guerra volaba mi caballo al sentir mis zapatos de baqueta/ de entonces guardo un Colt y una escopeta/ por si otra causa de esgrimirlos hallo./ Es mi orgullo en la paz lidiar un gallo/ también improvisar una cuarteta”. Desgraciadamente, el machete, el colt y la escopeta estuvieron más presentes de la cuenta en la agitada vida de los primeros tiempos de la República.

### **El primer fracaso**

En efecto: la mezcla de estas actitudes y valores negativos echaron por tierra la república antes de los cuatro años de haberse constituido. Desde el principio, Estrada Palma —gobernante honrado que dejó un superávit de veinte millones de dólares en las arcas— tuvo que enfrentar atentados, alzamientos e intentos de secuestro. Sus relaciones con los norteamericanos no fueron tan buenas como se prometían, entre otras razones porque resultó mucho más independiente de lo que Washington pretendía, y hasta expulsó a un embajador estadounidense —gesto que nadie, ni siquiera Castro, se atrevió a repetir—, pero su falta más grave fue el fraude electoral cometido en los comicios

## LOS CUBANOS

de 1905, trampa encaminada a hacerse reelegir, en detrimento del general José Miguel Gómez, un popularísimo líder de Las Villas que había peleado en todas las guerras sin haber perdido jamás una sola escaramuza.

Ese fraude provocó un peligroso levantamiento militar en agosto de 1906 que se extendió por casi todo el país, a lo que Estrada Palma respondió solicitando la intervención norteamericana en virtud de la Enmienda Platt. Teddy Roosevelt, a la sazón presidente de Estados Unidos, ya mucho menos imperialista y bastante desilusionado con la capacidad de los cubanos para manejar los conflictos dentro de las instituciones republicanas, trató de mediar entre los dos grupos, pero Estrada Palma, para forzar la intervención, renunció a la presidencia, alegando que la coalición de liberales acaudillada por José Miguel Gómez se disponía a saquear los fondos públicos. Ante ese vacío de poder, a regañadientes, se llevó a cabo la segunda ocupación militar de la Isla a cargo de las tropas enviadas por Washington.

En un primer momento, al frente de la intervención estuvo William Taft, quien luego fuera presidente de Estados Unidos. Su edecán en Cuba, por cierto, fue un joven veterano, capitán del ejército mambí, que se había batido valientemente en la batalla de Victoria de las Tunas, donde se quedó prácticamente sordo por el ruido de los cañonazos. Se llamaba José Francisco Martí y Zayas-Bazán, y era el único hijo reconocido por el Apóstol. Años más tarde, con el grado de general, sería Secretario de Guerra en el gabinete del presidente Mario García Menocal. A Taft, pocas semanas después de su llegada a Cuba, lo sustituyó un pragmático jurista norteamericano, Charles Magoon, quien dictó una amnistía para todos los alzados en armas y, al año siguiente, en 1907, respetó escrupulosamente los

derechos de los tabaqueros durante una huelga que afectó con dureza los intereses de los propietarios.

Otra vez, y durante tres años, regresaron los norteamericanos a pacificar y poner orden en Cuba, y a impulsar las obras públicas y la educación, aunque en esta oportunidad con menos aciertos y un mayor grado de rechazo popular. En la segunda intervención se construyeron 800 kilómetros de caminos pavimentados y 200 puentes de diversos tamaños. En 1908, tras la redacción de una ley para el Servicio Civil y un flamante código electoral, organizaron unos nuevos comicios que le dieron el poder al general José Miguel Gómez y a su Partido Liberal. La república, pues, a partir del 28 de enero de 1908 (se eligió la fecha del natalicio de Martí) tendría una nueva oportunidad, pero llegaba crispada a esta etapa y con menos ilusiones que cuatro años antes. De esta segunda intervención surgió la discutible convicción popular de que con ella llegaron a la Isla la corrupción y un mal que perduraría durante décadas: las “botellas”, es decir, los puestos que se daban a los políticos sin que tuvieran que desempeñar un trabajo. Esas “botellas” podían servir para enriquecer a los propios políticos, o podían repartirlas entre sus partidarios.

### **Liberales y conservadores**

La presidencia de Gómez coincidió con el inicio de cierto auge económico y muestras clarísimas de que las heridas de la guerra se habían sanado. En 1902 las exportaciones habían sido de 64 millones de dólares. En 1910 alcanzaron 151. La producción de azúcar había dado un salto desde las 300 000 toneladas de 1900 hasta casi dos millones diez años más tarde. Pero ese notable desempeño económico se vio empañado por casos de corrupción y, sobre todo,

## LOS CUBANOS

por la extrema dureza con que en 1912 el Ejército sofocó una insurrección de cubanos negros, casi todos veteranos de la guerra de independencia, que exigían se les permitiera crear un partido político formado por “personas de color”. Pese a las constantes declaraciones contra la discriminación racial, la verdad es que los negros ocupaban la franja económica y social más baja, y eran muchísimas las actividades laborales a las que no podían asomarse, como sucedía con el comercio.

Tres mil cubanos murieron en aquella lamentable “Guerrita de los negros”, y parece que al menos dos terceras partes de ellos fueron asesinados tras su detención. La matanza se detuvo por presiones de Washington, a cuyas puertas llamaron algunos líderes negros horrorizados por lo que estaba sucediendo. Sin embargo, la popularidad de José Miguel Gómez, simpático y de trato cálido, a quien le apodaban “Tiburón”, no decayó del todo y siguió siendo uno de los factores políticos más importantes en esa etapa inicial de la nación cubana. Se le tenía, con razón, como el primer caudillo de la República: alguien que pesaba más que el partido liberal cuya facción más grande dirigía.

En 1913 otro prestigioso general mambí alcanzó la presidencia: el líder del Partido Conservador Mario García Menocal, ingeniero graduado en Cornell University y persona muy grata a los ojos de Washington. ¿Qué diferenciaba a conservadores de liberales? Aunque no había gran consistencia ideológica en ninguna formación política cubana de esa época, los conservadores tenían un mayor respaldo de los empresarios, de los españoles y sus descendientes, y de las clases medias, entonces invariablemente formadas por personas blancas. Los liberales, en cambio, contaban con los votos de las clases populares y, mayo-

## LA REPÚBLICA MAMBISA (1902-1933)

ritariamente, de la población negra, pese al mencionado genocidio perpetrado contra esa etnia.

El primer gobierno de Menocal se vio favorecido por los precios del azúcar provocados por la Primera Guerra mundial y por el ímpetu de la multitud de inmigrantes, casi todos españoles, que llegaban en riadas dispuestos a trabajar en el comercio o la industria en un momento en que los índices de comercio exterior de Cuba, con relación a su población, eran de los mejores del mundo. Fue precisamente durante el gobierno de Menocal que los cubanos estrenaron una moneda propia, el peso, vinculado al patrón oro, que mantuvo igualdad paritaria con el dólar hasta 1959.

En las elecciones de 1916 se repitió el episodio de 1905 y Menocal, aparentemente, fue reelecto mediante fraude. De nuevo se produjo un levantamiento militar de grandes proporciones, protagonizado por los liberales, conocido como la rebelión de “La Chambelona” debido a una popular canción de la época, y otra vez hubo desembarcos norteamericanos, pero no dirigidos a ocupar el país, sino a intimidar a los insurrectos, proteger las propiedades e intereses de estadounidenses, y a respaldar a Menocal, quien había declarado la guerra a Alemania en solidaridad con Estados Unidos. La administración de Wilson, ocupada en el frente militar europeo, no quería distraer tropas en Cuba, y, en cambio, necesitaba del suministro de azúcar para sus soldados y aliados, así que prefirió pasar por alto la vulneración de la legalidad en la isla que tantos trastornos causaba espasmódicamente.

El segundo periodo de Menocal, acompañado del auge energético de la inmigración, vio una mezcla de impetuoso crecimiento económico, conocido como “la danza de los millones”, provocado por el desbocado precio del azúcar,

## LOS CUBANOS

que llegó alcanzar los 30 centavos la libra, vendiéndose la zafra de 1920 en mil millones de dólares, una fantástica suma para la época. Entonces surgieron centenares, quizás miles de palacetes y viviendas fastuosas en diversas ciudades del país —entre ellos el Palacio Presidencial, inaugurado en 1917—, pero en mayor número en La Habana, con barriadas excelentes como “El Vedado”, que confirmaban la belleza de una de las ciudades más hermosas de América. Pero no todas las noticias eran buenas: junto al *boom* económico comparecían crecientes desórdenes laborales en una sociedad que comenzaba a recibir el impacto del enfrentamiento entre anarquistas, comunistas y fascistas que tenía lugar en Europa. En la universidad y en los sindicatos se estaba gestando un tipo de enfrentamiento que muy poco tenía que ver con las pugnas tradicionales que hasta ese momento había conocido la República.

En 1920, al frente de una coalición entre liberales y conservadores, gestada para cerrarle el paso a José Miguel Gómez, quien intentaba reelegirse, tras unas elecciones inevitablemente “contestadas”, llegó al poder el abogado Alfredo Zayas, el primer gobernante que alcanzaba la presidencia sin haber sido oficial de las tropas mambisas —aunque había sido independentista y prisionero político—, hermano de Juan Bruno Zayas, un general muy popular muerto durante la lucha. Tomaría posesión en mayo de 1921.

Zayas, cuyo gobierno, tal vez de manera injusta, padece la triste fama de haber sido el más corrupto de esa primera República, tuvo que navegar con el viento de frente. Se desplomaron los precios del azúcar, se redujo a la mitad el presupuesto nacional, lo que produjo una cadena de impagados que precipitó la quiebra del sistema financiero y el hundimiento de casi todas las entidades bancarias, y,

## LA REPÚBLICA MAMBISA (1902-1933)

en consecuencia, el país sufrió un aumento sustancial del desempleo y la conflictividad social, ya entonces con su vértice situado en la Universidad de La Habana, donde se escuchaban las voces críticas de la más joven e inquieta *intelligentsia* de la Isla. ¿Qué pedían los intelectuales y estudiantes? La regeneración de la clase dirigente, el decentamiento de la administración pública, una mejora de los niveles educativos de la adormilada universidad y la desaparición de la injerencia norteamericana en los asuntos internos de la Isla. Algo que, en parte, se logró en el último año de Zayas, cuando Estados Unidos renunció definitivamente a sus pretensiones sobre la soberanía de Isla de Pinos, planteadas desde 1898

Pero no sólo eso: a partir de los años veinte, el discurso político ya muestra un fuerte contenido social, nacionalista y antiimperialista, palabra que en ese momento quería decir antiamericano. Un periódico, *La Discusión*, se declara fascista y dice en uno de sus editoriales que hace falta un presidente con una camisa negra, como en la Italia de Mussolini. El Partido Comunista daba sus primeros pasos, surgían líderes radicales, vistosos y carismáticos, como Julio Antonio Mella, presidente de la FEU, y llegaba a Cuba de forma encubierta el primer delegado soviético del Comitern, Fabio Grobart, decidido a echar las bases de una revolución proletaria mundial de la que Cuba no se vería excluida. Por primera vez la lucha política en la Isla no estaría encaminada a cambiar el gobierno, sino a cambiar el sistema político, puesto que a los “revolucionarios” les parecía que el capitalismo y la dependencia de Estados Unidos eran responsables de la pobreza que afligía a una parte importante de la población.

## Gerardo Machado y la revolución

El descrédito del gobierno de Zayas, el empobrecimiento del campo, la falta de recursos del Estado, los conflictos sindicales y la crisis económica generada por el bajo precio del azúcar provocaron en la ciudadanía el deseo de contar con un gobernante con mano dura capaz de embridar al país. Ese gobernante fue otro general del Partido Liberal, Gerardo Machado, a quien se le tenía por eficiente, nacionalista y riguroso. Había sido Ministro de Gobernación en tiempos de José Miguel Gómez y se sabía que era un hombre de carácter fuerte. Lo eligieron por una amplia mayoría en las elecciones de 1924, tomó posesión el 20 de mayo del año siguiente, como era la costumbre, y no tardó en demostrar su profundo desprecio por los derechos de sus adversarios, recurriendo a poco de llegar al poder a atropellos físicos inspirados en los comportamientos fascistas de la Italia de Mussolini, y hasta a crímenes de Estado contra periodistas incómodos, como ocurrió con el muy conocido Armando André.

No obstante, en los primeros años Machado fue muy popular por su intenso trabajo de obras públicas, que incluye el mastodóntico Capitolio y la carretera central, su discurso nacionalista contra la masiva inmigración española y contra la *Enmienda Platt*, y por la avanzada legislación laboral que impulsó. Pero en 1928 cometió el error (o el delito) de modificar arbitrariamente la Constitución para prorrogar los poderes del Congreso y del Ejecutivo, mientras se les cerraban las puertas a las nuevas formaciones políticas. Esta manipulación de las instituciones de la República desencadenó crecientes protestas a las que Machado fue respondiendo con un incremento brutal de

## LA REPÚBLICA MAMBISA (1902-1933)

la represión, lo que, a su vez, aumentaba la intensidad y la ferocidad de la resistencia, que respondía con bombas y atentados a las palizas y a los asesinatos selectivos ejecutados por el gobierno.

A partir de 1930 gobierno y oposición habían abandonado cualquier esperanza de solución pacífica de sus conflictos. La oposición violenta, liderada por estudiantes muy radicales, un partido de vaga inspiración fascista llamado ABC, y los comunistas, querían la renuncia de Machado a cualquier precio, mientras el general aseguraba que permanecería en el poder hasta 1934, como supuestamente sancionaban las leyes. Lo que no previó Machado es que el *crash* norteamericano del 29, que había provocado una aguda recesión mundial, hundiría a Cuba en una profunda crisis económica que, en su momento, le impediría al gobierno pagar los salarios de muchos empleados públicos, y, entre ellos, los de los soldados y policías que sostenían la discutida autoridad del régimen.

En 1933 la crisis tocó fondo. Estudiantes y obreros mantenían en las calles un clima de insubordinación y violencia que presagiaban el colapso del régimen, mientras los “porristas” y la policía política reaccionaban cruelmente. En Washington comenzaron a preocuparse seriamente. La *Enmienda Platt* comprometía a los norteamericanos en el conflicto, pero en Estados Unidos había ganado las elecciones un estadista demócrata, Franklin Delano Roosevelt, que llegó al poder proclamando la cancelación de la vieja política de las cañoneras y prometiendo que sería sustituida por la de “buenos vecinos”, forma amable de proclamar la voluntad de no intervenir en los asuntos ajenos.

### **Triunfa la revolución del 33**

El detonante final de la caída de Machado fue la desobediencia de los soldados y marineros porque no cobraban sus salarios. Los estudiantes revolucionarios vieron la oportunidad de establecer con ellos una alianza política y pedir conjuntamente la renuncia del dictador. Por una combinación de circunstancias azarosas, el portavoz de los militares amotinados fue Fulgencio Batista, un astuto sargento taquígrafo que acabó convirtiéndose en líder del grupo y, poco después, en el “hombre fuerte” elegido por la oposición para dirigir las Fuerzas Armadas.

El Departamento de Estado llegó a la conclusión de que la salida de Machado era inevitable, así que envió a Cuba a Sumner Welles, uno de sus mejores diplomáticos, a “mediar” entre las diversas fuerzas políticas para crear las condiciones de una transferencia de mando sin que se desplomaran las instituciones republicanas. Pero la “mediación” de Welles fracasó en medio de graves acusaciones de “injerencismo” y algún malvado rumor de carácter personal. En agosto, Machado huyó a bordo de una avioneta y el gobierno que dejara en su lugar tardó pocas horas en deshacerse en medio de una confusa marea revolucionaria. Con la fuga de Machado se había hundido la república mambisa y surgía la república revolucionaria.

En realidad, cuanto acontecía en Cuba era un reflejo de lo que sucedía en prácticamente todo Occidente. La democracia había desaparecido o estaba a punto de desaparecer en casi toda América Latina y en una buena parte de Europa, incluida España. En todas partes los militares se enseñoreaban en el poder, y la visión liberal de la política y la economía parecía definitivamente enterrada bajo

## LA REPÚBLICA MAMBISA (1902-1933)

el peso del comunismo, el fascismo y el socialismo. Era la hora de los Estados fuertes y el fin del ideal republicano basado en el equilibrio de poderes, el respeto por la propiedad privada y la supremacía del individuo y de la sociedad civil.

No obstante la catastrófica caída de Machado y el convulso recorrido político de la República mambisa, la historia cubana también mostraba algunos notables aciertos. En el orden tecnológico y económico el país recibía la influencia directa de Estados Unidos: la radio, el teléfono, la electricidad y la aviación comercial se habían expandido proporcionalmente más que en casi toda América Latina. Lo mismo sucedió en el terreno de la salubridad, la educación y el desarrollo urbanístico. El país tenía grandes bolsones de pobreza rural, pero ésa era la norma de la época más que la excepción. Por aquellas fechas eran muchos más los europeos, los asiáticos o los caribeños que deseaban emigrar a Cuba que los cubanos decididos a abandonar el país. Durante ese primer tercio de siglo, pese a los desórdenes y sobresaltos, la Isla había absorbido a casi un millón de laboriosos inmigrantes que habían contribuido notablemente a aumentar la riqueza nacional, mientras las mujeres habían conquistado cierto grado de igualdad con relación a los hombres, mayor que en casi todos los países del ámbito hispano, y la trama de la sociedad civil, compleja y rica, exhibía muestras de cierta solidez cultural en el terreno de la música, las artes plásticas y la literatura. Con Machado, pues, moría la República Mambisa y entrábamos en la República Revolucionaria.



# 9

## LA REPÚBLICA REVOLUCIONARIA (1933-1959)

La huida del presidente Gerardo Machado el 12 de agosto de 1933 fue el inicio de una etapa nueva en la historia política cubana. En esa fecha, acosados por las conspiraciones, abandonados por Washington, y puestos al corriente de que la aviación militar preparaba un bombardeo de la base de Columbia, el general Machado y algunos de sus colaboradores más cercanos tomaron un avión rumbo a Bahamas. Nunca más volvería a Cuba y sus restos terminarían enterrados en un cementerio de Miami en la famosa Calle Ocho.

Tras la fuga de Machado los cubanos contemplaron numerosas escenas de venganza. Hubo saqueos, linchamientos de personas señaladas como machadistas furibundos o porristas de los que maltrataban a la oposición. Se desataron incendios, y hasta el cadáver de un militar acusado de crímenes y torturas fue desenterrado y arras-

## LOS CUBANOS

trado por un automóvil. Pero, más allá de esas manifestaciones primarias de odio y violencia, se hizo evidente que el clima ideológico había cambiado sustancialmente. Hubo ciertas ocupaciones de fábricas y centrales azucareros, y, por influencia leninista, espontáneamente se constituyeron algunos *soviets* obreros que poco después fueron disueltos por la policía. En todo caso, los cubanos percibieron que no estaban ante simples motines callejeros, ni frente a rebeliones como las de 1906 o 1917, sino ante una verdadera revolución, en la que una parte de los nuevos dirigentes políticos tenía una cierta idea del Estado que deseaban gestar a partir de ese momento.

En un primer instante, por breves horas, se hizo cargo del gobierno el Secretario de Guerra, el general Alberto Herrera, pero sólo para nombrar Secretario de Estado a Carlos Manuel de Céspedes, prestigioso hijo del llamado Padre de la Patria cubana, sobre quien caería la responsabilidad de formar gobierno. Sin embargo, Céspedes, percibido como un hombre débil, aunque era el preferido de la embajada norteamericana, no tenía el respaldo del insubordinado ejército ni de los estudiantes, de manera que sólo pudo mantenerse en el poder apenas 20 días, hasta que el 4 de septiembre fue depuesto mediante un golpe militar que tenía como persona clave al sargento Fulgencio Batista, apoyado por estudiantes, políticos radicales e intelectuales que dominarían la vida pública cubana por las próximas décadas: Ramón Grau San Martín, Carlos Prío Socarrás, Sergio Carbó, Justo Carrillo, Antonio Guiteras, Eduardo Chibás, Aureliano Sánchez Arango, Raúl Roa y otras varias docenas de cubanos que entonces, con un tinte de orgullo, se autodenominaban “revolucionarios”.

Ese primer gobierno revolucionario en sus inicios fue dirigido por cinco personas, pero muy pronto la presiden-

cia recayó en el Dr. Ramón Grau San Martín, un profesor de Fisiología perteneciente a una distinguida familia habanera, aunque la figura más atractiva del gabinete era el farmacéutico Dr. Antonio Guiteras Holmes, Secretario de Gobernación. No se trataba, por supuesto, de un gobierno de corte comunista, pero sí profundamente reformista y poco escrupuloso con los derechos de propiedad o con la santidad de los contratos. Inmediatamente denunciaron la Enmienda Platt y se dictaron medidas populistas que tuvieron un gran respaldo, como la Moratoria de alquileres e hipotecas, y se hizo obligatorio que toda compañía extranjera debía contratar al menos un 50% de empleados cubanos. También se les otorgó el voto a las mujeres y se nombraron alcaldesas. Sin embargo, las malas relaciones con Washington, que nunca reconoció al gobierno, y las divisiones entre los distintos grupos revolucionarios, provocaron un nuevo golpe militar que otra vez tuvo a Batista como protagonista. El gobierno de Roosevelt no tardó en darle su apoyo, y, como muestra de ello, en 1934 Washington renunció oficialmente a la Enmienda Platt: era una forma de respaldar a Batista. El gobierno de Grau y Guiteras apenas había durado unos 100 días, pero abonó la tierra para el posterior surgimiento del Partido Revolucionario Cubano, luego conocido como Partido Auténtico, una enorme formación política de orientación socialdemócrata que tendría un gran peso en el país a mediados del siglo XX.

### **Políticos y revolucionarios**

¿Por qué llamarle “República revolucionaria” a la Cuba surgida de la caída de Machado? Esencialmente, porque todas las formaciones políticas que contribuyeron al fin de

## LOS CUBANOS

la dictadura reclamaban ese calificativo y se decían herederas de las fuerzas mambisas que lucharon por la independencia, luego supuestamente traicionadas por los sucesivos gobiernos republicanos. Lo que no era revolucionario era sinónimo de politiquería. Lo revolucionario, en cambio, era el idealismo y la justicia instantánea. Lo revolucionario era la reforma del Estado por decreto, y a veces a punta de ametralladora, como proclamaba Antonio Guiteras —el más destacado de los revolucionarios de la época—, sin las concesiones al derecho tradicional que exigían las normas republicanas. Lo revolucionario era imponer por la fuerza del Estado la redistribución de la riqueza y el control de los mecanismos económicos, a veces sin respetar los derechos de propiedad o las reglas del mercado. Lo revolucionario era ser nacionalista, antiimperialista y anticapitalista, como se desprendía de los programas doctrinarios de todas las agrupaciones políticas con arraigo popular que surgieron durante y tras la caída de Machado.

¿Quiénes eran esos revolucionarios? En general, las personas que se habían opuesto a Machado, y algunos lo habían hecho por medio del terrorismo o el asesinato. En todo caso, poder exhibir un expediente de violencia política se convertía en una credencial positiva para abrirse paso en la vida política cubana o para alcanzar posiciones notables dentro de la estructura burocrática o en los cuerpos policíacos. En su momento, especialmente en los años cuarenta, ese culto por la violencia dará vida a las pandillas de “tira-tiros”, algunas de ellas enquistadas en la Universidad y en los sindicatos.

Tras la huida de Machado, Cuba entró en una etapa aún más convulsa, complicada por el eco lejano de la Guerra Civil española, en la que participó un millar de voluntarios cubanos, casi todos en el bando republicano, y la mayor

parte de ellos de ideología comunista. En ese periodo, se sucedieron diversos gobiernos, a veces refrendados en las urnas, pero siempre controlados desde los cuarteles por Batista, quien primero se hizo ascender a coronel y luego a general. Naturalmente, el liderazgo de Batista resultó enérgicamente retado por una oposición que lo acusaba de corrupción, de haber traicionado la revolución del 33 y de haberse vendido a los norteamericanos. Oposición que a veces recurría a los mismos procedimientos empleados contra Machado, a lo que los hombres de Batista respondían con represión y, a veces, con asesinatos selectivos, como ocurrió con Antonio Guiteras en 1935, pero poco a poco la vida pública se fue normalizando.

Finalmente, tras el gobierno del coronel Laredo Brú — un militar veterano de la guerra de independencia que resultó ser un administrador competente—, en 1940, bajo la dirección enérgica de Carlos Márquez Sterling fue redactada una Constitución de corte socialdemócrata —como era típico en la época—, y Fulgencio Batista consiguió ser electo en unos comicios razonablemente limpios. Durante cuatro años, sin grandes sobresaltos, aliado a los comunistas, con dos de ellos incorporados al gabinete, Batista gobernó un país que volvía a mostrar síntomas de pujanza y cuya economía crecía al altísimo ritmo del 10 por ciento anual espoleada por la demanda de azúcar provocada por la Segunda Guerra mundial.

Parecía que Cuba recobraba la estabilidad democrática y se encaminaba por la senda del progreso.

### **Los gobiernos auténticos**

En 1944 hubo de nuevo elecciones sin fraude y llegó a la presidencia el doctor Ramón Grau San Martín en medio

de una explosión de alegría popular. Batista le entregó el poder y marchó al extranjero por recomendación del nuevo presidente, dado que tenía demasiados enemigos. Grau era un líder extraordinariamente querido, cuyo "Gobierno de los cien días", tras la caída de Machado, era recordado con emoción por muchos cubanos. Tras esa corta experiencia, había contribuido a crear un formidable partido de masas, al que llamó "Partido Revolucionario Cubano (Aunténtico)" como un claro recordatorio de que retomaba la tradición política martiana del siglo anterior para llevar a cabo la mítica revolución pendiente. A bordo de ese partido, tal vez el mayor y más entusiasta de la historia de Cuba, Grau había vuelto a la presidencia, pero ahora legitimado en las urnas.

El gobierno de Grau coincidió con los últimos años de la Segunda Guerra y eso se tradujo en una clara bonanza económica que permitió una buena labor en el terreno de las obras públicas. Sin embargo, la corrupción, el amiguismo y el peculado, unidos a la violencia de las luchas entre pandillas rivales, desacreditaron notablemente este periodo presidencial. No obstante, otro miembro de su gobierno y de su partido, Carlos Prío Socarrás, abogado y ex líder estudiantil, resultó limpiamente electo en 1948 para formar el segundo y último de los gobiernos "auténticos" que conoció la República. Pero la selección de Prío como candidato del "autenticismo" no resultó sencilla: el senador Eduardo R. Chibás, un líder apasionado y elocuente, formidable polemista, quien también aspiraba a la candidatura, al no ser preferido por Grau creó una nueva organización política, el "Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo)" y se lanzó al ruedo. Su lema, "vergüenza contra dinero" era contundente; su propósito, "ampliar las cárceles para encerrar a los políticos corruptos". Su emblema, una esco-

ba con la que barrer la podredumbre. Era el apóstol de la decencia, mas también había algo de radicalismo jacobino y de demagogia populista en la defensa de su causa.

El gobierno de Prío fue mejor que el de Grau. Prío se rodeó de un buen grupo de tecnócratas y creó unas cuantas instituciones de crédito que aceleraron el crecimiento económico del país y ampliaron el abanico productivo, tanto en el terreno agrícola como en el industrial. No pudo o no supo, sin embargo, terminar con la corrupción y con el gangsterismo político, aunque ambas lacras disminuyeron sustancialmente. Pese a ello, a veces con razón —y otras veces de manera infundada—, Chibás y los ortodoxos mantenían una estridente campaña de denuncias y acoso contra el autenticismo que consiguió hacer mella en la opinión pública.

Pero en 1951 ocurrió un hecho singularísimo: Eduardo Chibás se quitó la vida de un balazo ante los micrófonos de una estación de radio por la que hablaba todos los domingos. ¿La razón? Un confuso estado emocional producto de su frustración por no haber podido probar ciertas denuncias contra un ministro de Prío, Aureliano Sánchez Arango, al que, injustamente, le imputaba una ilegal apropiación y desvío de fondos. En todo caso, su muerte estremeció al país, descabezó momentáneamente al Partido Ortodoxo y, simultáneamente, debilitó a los auténticos.

### **Batista regresa por la fuerza**

Las elecciones generales estaban pautadas para el verano de 1952. El gran enfrentamiento era entre auténticos y ortodoxos. Estos últimos habían conseguido superar la muerte de Chibás y llevaban como candidato a Roberto Agramonte, un intelectual con cierto peso y muchas lectu-

## LOS CUBANOS

ras, catedrático de Sociología. Los auténticos también contaban con un buen aspirante: el ingeniero Carlos Hevia, persona con fama de honrada. A mucha distancia, con apenas el diez por ciento de apoyo, se encontraba Batista, quien había regresado de su dorado destierro con el beneplácito de Prío.

Pero nunca hubo elecciones. Existía una conspiración militar en marcha y los complotados invitaron a Batista a que la encabezara. ¿Pretextos? La corrupción, las acciones violentas de los gansters políticos, especialmente el asesinato de Alejo Cossío del Pino, un ex ministro del autenticismo, y, claro, la siempre pendiente revolución. La verdad profunda era que los golpistas respetaban muy poco las instituciones democráticas y deseaban tomar el poder para su propio beneficio. Batista se sumó y dio el golpe el 10 de marzo de 1952. ¿Cómo? Con un pequeño grupo de seguidores, casi todos militares, entró de madrugada a Columbia, el mayor cuartel del país, y sublevó a la guarnición. Desde ese punto trabó comunicación con todos los mandos militares y los conminó a unirse. La inmensa mayoría se plegó. Al fin y al cabo, muchos oficiales le debían su carrera a los años en que Batista fue la figura dominante en la república.

Tras el golpe, Batista proclamó que Cuba vivía una etapa revolucionaria, y que la “revolución era fuente de Derecho”, de manera que le asignó al Consejo de Ministros la facultad de legislar y restauró la pena de muerte, eliminada de la Constitución del 40, salvo para militares que traicionaran al país. En realidad, en los seis años largos que duraría su dictadura nunca se mató a nadie oficialmente, pero ocurrió algo mucho más grave: varias decenas de cubanos opositores responsabilizados con acciones violentas o actos terroristas —lo que no siempre era cier-

to— serían torturados y ejecutados extrajudicialmente por los cuerpos represivos.

Sin embargo, tras el golpe de Batista, la reacción de la ciudadanía estuvo más cerca de la apatía y la indiferencia que de la indignación. En alguna medida, los gobiernos auténticos, pese a sus aciertos, habían generado una clara desilusión popular. Se pensaba que muchos de los jóvenes revolucionarios del 33 se habían transformado en políticos corruptos. Seguramente ésta era una generalización injusta, porque también había muchos políticos honrados, pero las campañas de los ortodoxos la habían convertido en una percepción muy difundida.

Batista, en fin, se hizo con el poder, Prío marchó al exilio con más pena que gloria, y auténticos y ortodoxos se dividieron amargamente en dos líneas de acción: los que propugnaban la búsqueda del retorno a la democracia mediante una evolución política, y los que pretendían, como en los años treinta, echar a Batista del gobierno por medio de una insurrección armada. Entre estos últimos, en las filas de los ortodoxos, estaba Fidel Castro, un joven abogado con antecedentes de pandillerismo político y algunos hechos de sangre en su biografía, como el intento de asesinato del líder estudiantil Leonel Gómez, a quien hirió a balazos. En el momento del golpe de Batista, Castro era candidato a la Cámara de Representantes por el Partido Ortodoxo en las elecciones que habían sido canceladas, lo que demuestra los limitados escrúpulos de los partidos en aquella época, a los que no les importaba demasiado postular al parlamento a personas con las manos manchadas de sangre. A Castro se le tenía por una persona exaltada, radical, excéntrica, inteligente y violenta.

## **Batista y la insurrección**

Curiosamente, Batista, pese a ser un gobernante corrupto, tenía sentido del Estado, bastante experiencia y algún instinto para el orden, así que supo congregarse a un buen grupo de políticos y burócratas eficientes que alternaban el peculado y la buena administración. Los cubanos, pues, contaban con un gobierno ilegítimo y autoritario, que podía reprimir brutalmente a la oposición, pero razonablemente eficaz en la ejecución de las tareas de gobierno.

Casi inmediatamente comenzó la sublevación contra Batista. El primer intento fracasado lo dirigió el filósofo Rafael García Bárcena. Junto a unos pocos jóvenes, trató, sin éxito, de levantar un cuartel. Había sido profesor de la Escuela de Guerra, y tal vez pensó que eso le franquearía las puertas. García Bárcena, tras ser torturado y condenado a una leve pena de reclusión, prácticamente desapareció de la escena política. El segundo intento fue el de Fidel Castro. En 1953, al frente de varias docenas de jóvenes, casi todos provenientes de las filas ortodoxas, aunque sin la bendición de la jefatura del partido, atacó infructuosamente el Cuartel Moncada en Santiago de Cuba, mientras un segundo grupo hacía lo mismo en la ciudad de Bayamo. El asalto se saldó con más de medio centenar de muertos, la mayor parte asesinados después de ser hechos prisioneros por los soldados. Fidel Castro, al contrario de lo ocurrido con García Bárcena, aprovechó su derrota y su condena a prisión para convertirse desde la cárcel en una de las primeras figuras de la oposición. Era un experto manipulador de la opinión pública.

La oposición electoralista, acompañada de las “clases vivas”, incluida la jerarquía eclesiástica, trató de buscar salidas pacíficas a la crisis, pero Batista seguía empeñado

en no ceder el poder ni accedía a someterse a elecciones realmente limpias y con garantías para todos. Se sentía fuerte y suponía que la insurrección jamás podría derribarlo mientras tuviera el apoyo del ejército y el respaldo de Estados Unidos. Ignoraba que ambos respaldos podían fallarle. Esa terca certeza le permitió ceder ante una campaña periodística y amnistiar a Fidel y a los restantes asaltantes al Moncada tras haber cumplido apenas 21 meses de condena. No parecía haber grandes riesgos en su ex-carcelación.

Castro salió de la cárcel y a las pocas semanas viajó rumbo a México para organizar una expedición armada en la que figurarían muchos de los supervivientes del Moncada. Allí conoció al joven médico argentino comunista Ernesto Guevara, quien venía de Guatemala, tras el derrocamiento de Arbenz, convencido de que Estados Unidos era el principal enemigo de la humanidad. El proyecto de Castro era hacer coincidir el desembarco con un levantamiento en Santiago de Cuba, donde estaba el eficiente Frank País, que desembocara en una rebelión general en toda la nación. Castro no pensaba en una guerra prolongada. Mientras tanto, pactaba con otros grupos insurreccionales de la oposición: los estudiantes universitarios y un sector de los auténticos también conspiraban. Carlos Prío le proporcionó dinero. Castro ya tenía, *in pectore*, el propósito de llevar adelante la verdadera revolución nacionalista, antiimperialista y anticapitalista que muchos cubanos venían predicando desde los años treinta y nunca realizaban, pero se limitaba a repetir un vago y tranquilizante discurso "burgués" limitado a proponer elecciones libres y el regreso a la Constitución de 1940.

En diciembre de 1956 comenzó la aventura de Sierra Maestra. El desembarco casi se convirtió en un naufragio

y fracasó el alzamiento en Santiago de Cuba. Castro estuvo a punto de perecer en el primer enfrentamiento con el ejército, pero se internó en las montañas y logró sobrevivir con un puñado de inexpertos expedicionarios. Batista lo tenía a su merced. ¿Por qué no lo liquidó? No lo liquidó por un equivocado cálculo político: pensó que una veintena de jóvenes mal armados, perdidos en la remota Sierra Maestra, a mil kilómetros de La Habana, aparentemente no significaban peligro alguno para su gobierno. Por otra parte, le servían para irritar y dividir a la oposición electoralista, y, además, eran la perfecta excusa para gobernar mediante decretos de excepción y para votar presupuestos de guerra extraordinarios que no estaban al alcance de las auditorías convencionales. Castro también servía para enriquecer a sus enemigos.

A los pocos meses el panorama comenzó a ser menos propicio para Batista. Los insurrectos empezaron a dominar el terreno en las montañas y establecieron círculos de apoyo cada vez más amplios entre los campesinos. En las ciudades estallaban bombas y se producían algunos sabotajes importantes. Los estudiantes y los auténticos de línea insurreccional atacaron el palacio presidencial y casi consiguieron asesinar a Batista. Se produjeron alzamientos en otras zonas del país a cargo de grupos distintos al de Castro. Es en ese tenso momento en el que el dictador parece darse cuenta de que enfrenta una peligrosa rebelión popular y decide liquidar el foco guerrillero de Sierra Maestra, pero no tarda en descubrir que su ejército está tan podrido como el resto del gobierno. Algunos altos oficiales reciben dinero de la oposición y venden información y hasta armas y pertrechos. Tampoco son muy duchos en la guerra. Lanzan unas tímidas ofensivas y, ante la resistencia de los guerrilleros, que pelean duro y les infligen bajas,

se repliegan. Los comunistas, que hasta ese momento no creían en la victoria de los guerrilleros insurrectos, retoman sus viejos contactos con Castro y envían a la Sierra Maestra a algunos de sus representantes más destacados, como es el caso de Carlos Rafael Rodríguez. Otros comunistas reciben la orden de alzarse en distintos puntos del país: no quieren quedarse fuera de la victoria militar.

En el terreno diplomático a Batista también le iban mal sus planes. El Departamento de Estado norteamericano, presionado por una opinión pública hábilmente manipulada por la oposición radicada en Estados Unidos, decreta un embargo en la venta de armas con el objeto de forzar al dictador a buscar una salida política. Esa era una señal muy desmoralizante para los militares cubanos: Batista perdía el apoyo de Washington. Comienzan las conspiraciones entre los altos mandos del Ejército. En diciembre de 1958 un enviado del presidente Eisenhower le pide a Batista que abandone el poder, ignore las ilegítimas elecciones celebradas pocas semanas antes y ponga el gobierno en manos de un grupo de notables, acaso presidido por una persona honrada y prestigiosa como Carlos Márquez Sterling. Batista se niega. En ese momento ya sabía que algunos de sus más poderosos generales estaban en contacto con Castro y se disponían a traicionarlo. Así las cosas, prepara discretamente su huida. Va repetir el episodio de Machado veinticinco años después. La familia partirá rumbo a Estados Unidos. Él volará a República Dominicana, donde mandaba Trujillo con mano implacable. Unos años más tarde acabaría sus días exiliado en España.

Batista dejaba tras de sí una curiosa combinación de desastre político y debilidad institucional, junto a cierto notable desarrollo económico y social. El 75 por ciento de la población estaba alfabetizada —muy alto para la épo-

## LOS CUBANOS

ca— y los niveles sanitarios del país eran propios de una nación del primer mundo. La industria fabricaba localmente unos diez mil productos y existía un denso tejido comercial de más un comercio por millar de habitantes. Los gremios y sindicatos contaban con una impresionante organización nacional. El ingreso per cápita era un tercio mayor que el de Chile y el doble del español. *Grosso modo*, podía afirmarse que el nivel de prosperidad de Cuba era el tercero de América Latina, tras Argentina y Uruguay. Por otra parte, el nivel de distribución de ingresos estaba entre los menos injustos del continente, junto a Costa Rica y Uruguay. Según el profesor Oshima, catedrático de Stanford, el per cápita de Cuba, relacionado con su capacidad adquisitiva, era semejante al del estado norteamericano de Mississippi. Pero esa halagadora descripción del principal indicador macroeconómico no podía ocultar otro dato preocupante: para un alto porcentaje de los cubanos no resultaba nada claro que la clave del Estado de Derecho estaba en la prevalencia de las instituciones por encima de los hombres. Entre los cubanos, en cambio, primaba la idea de que la felicidad y la justicia vendrían de la mano de los revolucionarios bienintencionados y gallardos. Fue esta devastadora creencia la que hizo posible el triunfo del comunismo en Cuba.

# 10

## LA INSTAURACIÓN DEL COMUNISMO (1959-1963)

Al contrario de lo que sucedió tras la caída de Machado, el fin de la dictadura de Batista fue prácticamente incruento. En la madrugada del primero de enero los cubanos comenzaron a transmitirse por teléfono la noticia de la fuga de Batista y de algunos de sus colaboradores principales. La radio empezó a transmitir música instrumental, como señalando que algo importante sucedía. En su momento, el cineasta Emilio Guede, joven dirigente clandestino del Movimiento 26 de Julio en La Habana, leyó un comunicado por una de las emisoras principales en el que llamaba a la calma y la responsabilidad.

Cuando salió el sol ya se veían en las calles los primeros milicianos de la oposición ocupando los edificios principales. Llevaban brazaletes del Movimiento 26 de julio en los brazos. A las pocas horas era posible ver policías y soldados del régimen caído que también portaban el distintivo o agitaban banderitas de los grupos de oposición. En todo el país se percibía una atmósfera de intensa felicidad.

## LOS CUBANOS

Algunos tiroteos esporádicos daban cuenta de pequeños enfrentamientos. Antes de caer la tarde parecía obvio que el gobierno se había desplomado totalmente, sin gloria, sin un solo bolsón de resistencia, pese a la total superioridad militar de la dictadura y al hecho de que hasta 48 horas antes sólo una ciudad de cierta envergadura, Santa Clara, había caído en manos del enemigo como consecuencia de un combate. Batista no había sido derrotado militarmente. Cayó aplastado por la desmoralización y la corrupción que habían podrido los cimientos del gobierno. Cayó víctima de su impopularidad y del rechazo que provocaban los desmanes de la policía y el ejército.

¿Por qué no sucedió en 1959 lo mismo que en 1933? ¿Por qué no hubo grandes desórdenes o motines callejeros? Probablemente, porque, a diferencia de lo ocurrido en tiempos de Machado, los cubanos, intuitivamente, habían identificado otra fuente de autoridad en la Sierra Maestra. Cuando Machado se fugó se produjo un vacío de poder que desató el caos. Cuando Batista huyó del país, se sabía que la opción de recambio estaba en la Sierra Maestra. Aunque existían otros grupos de insurrectos que respondían a otras estructuras políticas, como el Directorio Revolucionario, el Segundo Frente Nacional del Escambray o la Organización Auténtica, y aunque había otros líderes carismáticos, como el comandante Rolando Cubelas, u otras referencias políticas como Carlos Prío Socarrás, el ex presidente depuesto por Batista, quien suscitaba mayores simpatías era Fidel Castro. Los cubanos, pues, podían adivinar en qué dirección se movería la autoridad a corto plazo: no había vacío de poder.

A Fidel Castro le sorprendió la velocidad con que se produjeron estos hechos, pero desde tres días antes sabía que el batistianismo estaba condenado a desaparecer, a

## LA INSTAURACIÓN DEL COMUNISMO (1959-1963)

partir del momento en que los jefes militares adversarios, con el general Eulogio Cantillo a la cabeza, habían aceptado deponer al dictador. En su cálculo político más risueño, Castro todavía le concedía al gobierno capacidad para resistir otros seis meses. Hombre cauteloso y desconfiado, no se apresuró en llegar a La Habana a tomar las riendas del gobierno. Envió por delante a dos de sus comandantes más próximos, Camilo Cienfuegos y Ernesto *Che* Guevara, con instrucciones de que se apoderaran de las principales instalaciones militares del país. Camilo Cienfuegos ocuparía la base de Columbia y el Che la fortaleza de la Cabaña. Simultáneamente, y quizás como consecuencia de sus lecturas marxistas elementales, convocó a una huelga general de trabajadores que era, a esas alturas, absolutamente innecesaria. La verdad es que el obrerismo organizado apenas había participado en la lucha contra Batista, pero ¿cómo tomar el poder y hacer una revolución profunda sin una huelga general como la que prescribían los manuales comunistas?

Lenta y parsimoniosamente, como para medir las reacciones de amigos y enemigos, Fidel Castro primero entró triunfalmente en Santiago de Cuba, y desde allí emprendió la marcha hacia La Habana. Sin embargo, en esas primeras horas en Santiago ya ocurrió algo muy significativo: su hermano Raúl Castro, sin tomarse el trabajo de organizar verdaderos tribunales de justicia, organizó el exterminio en masa de varias decenas de oficiales y policías del régimen derrotado, acusados de torturas y asesinatos. Los colocó de espaldas a una zanja y los hizo ametrallar. El mensaje era muy claro: esta revolución iba en serio, tenía la mano dura y no se detendría ante nada ni nadie.

Por fin, Fidel Castro, el día ocho de enero, rodeado de sus oficiales y seguido por un pequeño ejército de bar-

budos, ya muy aumentado por las adhesiones de última hora, entró triunfalmente en una Habana que se rindió a sus pies. Decenas de miles de cubanos vitoreaban a los guerrilleros de Sierra Maestra, legitimando con sus aplausos al Movimiento 26 de Julio como factor único en la constitución del nuevo gobierno. Poco después se produciría una manifestación multitudinaria frente al Palacio Presidencial, y los cubanos por primera vez se enfrentarían fascinados a la palabra arrebatada de Castro, a sus gestos exagerados, a su distorsionada pero persuasiva visión de los problemas nacionales e internacionales. Una sociedad que llevaba décadas escuchando y repitiendo que era necesario otro José Martí para salvar a la patria, de pronto encontraba al Mesías anhelado.

### **La república comunista**

Con la fuga de Batista los cubanos pensaron que terminaba una dictadura y el país retomaba el camino democrático interrumpido en 1952. Pero ésa fue una falsa impresión: lo que moría era la república revolucionaria surgida en 1933, empapada en un peligroso discurso radical que no se compadecía con las formas de gobierno, pero que confundió a la sociedad y debilitó sus defensas frente al totalitarismo. Tanto fue el cántaro a la fuente del nacionalismo, el antiimperialismo y el anticapitalismo, que, finalmente, se rompió.

Castro llegaba secretamente decidido a llevar hasta sus últimas consecuencias una revolución de orientación comunista, designio que sólo había compartido con su hermano Raúl y con el argentino Guevara, ambos comunistas convencidos, pues ni siquiera los camaradas que se habían incorporado a la Sierra Maestra conocían las ocultas inten-

## LA INSTAURACIÓN DEL COMUNISMO (1959-1963)

ciones de Fidel. Poca gente sabía de sus contactos con el PSP a fines de los años cuarenta, incluidos unos cursillos de marxismo básico por los que pasó, o de la influencia ideológica que en él tuvo Alfredo Guevara, un joven comunista, líder estudiantil que le puso en las manos los primeros manuales de la secta, lecturas que Castro alternaba, por cierto, con los discursos del ideólogo fascista español José Antonio Primo de Rivera.

Contrario a lo que nos puede parecer a principios del siglo XXI, en la década de los cincuenta no era tan descabellado pensar que la humanidad se desplazaba hacia un destino comunista. Desde el fin de la Segunda Guerra, la URSS crecía al ritmo del 8 y 10% anual, dominaba la energía nuclear, y en 1957, para asombro de la comunidad científica, con el lanzamiento del primer Sputnik se había convertido en el país que inauguraba la era espacial. La hábil propaganda mostraba una nación enorme e impetuosa, repleta de obreros felices, en contraste con los desdichados norteamericanos, divididos por el *apartheid* racial y la lucha de clases.

Por otra parte, la visión ideológica “progresista” también apuntaba en la misma dirección. Se suponía que las compañías multinacionales saqueaban a las naciones del tercer mundo, y era frecuente caracterizar a los empresarios locales como meros agentes del imperialismo económico, responsables de la pobreza de grandes zonas de la sociedad. Sólo una revolución profunda y radical que redistribuyera la riqueza, nacionalizara los medios de producción vitales —la banca, los seguros, el transporte, la energía, los teléfonos, amén de la educación—, y cortara las amarras con el imperio norteamericano, podía lograr la felicidad y el desarrollo de los pueblos. Esas eran las supersticiones políticas de la época, y muchas de ellas po-

## LOS CUBANOS

dían leerse en los documentos fundacionales de partidos como el Auténtico, el Ortodoxo o el ABC. Simplemente, el discurso político de muchos cubanos era “revolucionario”, y la lógica final de ese discurso conducía al fin de las libertades republicanas y de la economía de mercado, pero muy poca gente había descubierto esa peligrosa deriva.

Por otra parte, entonces se vivía en medio de la Guerra Fría y este curso de acción—suponían los revolucionarios—conducía a un choque directo con Estados Unidos, potencia que destruiría cualquier intento radical de transformación del Estado en América Latina, como ya había sucedido en la Guatemala de Jacobo Arbenz en 1954. ¿Cómo evitarlo? Castro encontró una atrevida respuesta: provocándolo, pero reclutando previamente a la URSS para que sirviera de guardaespaldas. Estrategia, sin embargo, que presentaba un grave inconveniente: tradicionalmente la URSS había suscrito la hipótesis leninista de que la revolución en América tenía que comenzar en Estados Unidos, que era donde existían grandes concentraciones de obreros, y luego le tocaría el turno a América Latina. Parecía imposible que se invirtiera esa secuencia.

Para suerte de Fidel Castro, gobernaba en la URSS un campesino llamado Nikita Kruschov, tosco y brutal, a quien se le imputaban 400 000 muertos en la época de la represión estalinista en su Ucrania natal. Kruschov estaba convencido de que el sistema comunista era superior al capitalista, aseguraba que en apenas veinte años su país superaría el grado de riqueza y desarrollo de Estados Unidos, y le resultaba humillante la estrategia militar norteamericana de mantener a la URSS rodeada de bases militares desde las que los norteamericanos o los miembros de la OTAN apuntaban sus misiles o despegaban los bombarderos. ¿No sería conveniente darles un poco de su

propia medicina a los norteamericanos? ¿Y qué mejor sitio que Cuba, donde de manera inesperada había surgido un gobierno cuyo líder tenía inclinaciones comunistas y estaba dispuesto a ensayar una suerte de alianza?

### **El primer gobierno revolucionario**

No obstante ese panorama internacional al fondo, casi nadie en Cuba pensaba que el país pudiera escorar hacia el bando comunista, y mucho menos cuando se conoció el primer gabinete: Manuel Urrutia, presidente; José Miró Cardona, Primer Ministro; Manuel Ray, Ministro de Obras Públicas; Manolo Fernández, Ministro de Trabajo; Roberto Agramonte, Ministro de Relaciones Exteriores y otros parecidos. Fidel Castro se reservaba el mando y control de las Fuerzas Armadas. Casi todos los ministros eran figuras respetables que inspiraban confianza. Lo que el pueblo no sabía, ni los ministros tampoco, es que ése, precisamente, era el efecto que Castro buscaba para ganar tiempo, mientras creaba un aparato militar y una policía política a la medida de sus secretas intenciones.

Pero aún descontando los ocultos objetivos de Castro, fue escasamente ejemplar lo que sucedió en aquellos primeros meses en los que gobernaron los revolucionarios no-comunistas bajo la sombra del ya llamado Máximo Líder. Se maltrató, encarceló y se fusiló a cientos de personas mediante juicios carentes de garantías. El Consejo de Ministros, copiando la legislación de Batista, y hasta repitiendo la frase “la revolución es fuente de Derecho”, se atribuyó la facultad de legislar a su antojo, y se dictaron medidas abusivas, gravemente atentatorias contra los derechos de propiedad, pero que encajaban en la tradición revolucionaria del país: se promulgó una demagógica pri-

## LOS CUBANOS

mera reforma agraria supuestamente dedicada a liquidar los latifundios, y se decretó la rebaja en un 50% del costo de los alquileres de las viviendas y de los servicios públicos.

Ante cada espasmo populista aumentaba la popularidad del régimen, que astutamente multiplicaba su clientela política con los recursos de sus enemigos, aunque se hundiera la economía por la manipulación artificial del sistema de precios o la asignación alocada de recursos, pero esta consecuencia no parecía asustar a nadie. Más aún: favorecía los planes de Castro, encaminados a empobrecer al sector privado para fagocitarlo más fácilmente llegado su momento.

A mediados de 1959 ya era evidente que Castro y unos cuantos de sus hombres de confianza se movían rápidamente hacia el campo comunista. El viejo partido de los comunistas, el PSP, se hizo cargo de la creación del aparato represivo, donde ya se instalaba el corazón del poder político, y comenzó el adoctrinamiento marxista dentro del ejército. Si en algo eran eficientes los comunistas era en la carpintería policiaca. Muy discretamente, ya en 1959 llegaron de Moscú los primeros consejeros militares. Eran republicanos españoles comunistas que habían permanecido al servicio de Moscú tras la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. El primer jefe de la aviación revolucionaria, el comandante Pedro Luis Díaz Lanz, supo de estos hechos, escapó en un avión rumbo a Estados Unidos, y reveló su inquietante secreto ante la prensa y un comité del Congreso. El presidente Manuel Urrutia, que denunció el creciente control de los comunistas, a los pocos meses del triunfo revolucionario fue obligado a renunciar y tuvo que asilarse en una embajada. Por las mismas razones, el comandante Húber Matos fue apresado e injustamente acu-

## LA INSTAURACIÓN DEL COMUNISMO (1959-1963)

sado de traición, y tras una farsa judicial se le condenó a 20 años de prisión. Ante estos hechos, varios ministros abandonaron sus cargos, y alguno de ellos, como el ingeniero Manuel Ray, decidió pasar a la lucha clandestina.

El choque con la prensa libre condujo a la toma de los periódicos y revistas, mientras un alto porcentaje de la población, comunista o no comunista, pero carente de valores democráticos, aplaudía a rabiar. Cuando confiscaban o intervenían un diario, los partidarios del régimen salían en masa a festejarlo portando un atáud con el nombre del periódico inscrito en grandes letras. En el mismo tono de siniestro festejo, las escuelas privadas eran intervenidas, y grandes instituciones como el Colegio Baldor, el Instituto Edison o todas las escuelas católicas y protestantes en las que se había educado una buena parte de las clases medias cubanas eran intervenidas militarmente.

La tiranía llegaba en medio de un gran jolgorio popular al que no mucha gente estaba dispuesta a enfrentarse. Las demagógicas medidas populistas habían dado resultado, y millones de personas, aunque no hubieran leído una frase marxista, se sentían favorecidas por una revolución que supuestamente mejoraba la calidad de sus vidas al bajar el precio de las viviendas y de los servicios. En muchas casas se colgaron carteles que resumían ese apoyo incondicional e irresponsable a la naciente dictadura: "si Fidel es comunista, que me pongan en la lista". Habían abdicado de la capacidad de pensar por cuenta propia y depositaban en el joven caudillo la facultad de tomar todas las decisiones.

No era, por supuesto, una reacción unánime. Progresivamente, muchos cubanos comenzaron a contemplar con horror la idea de que se instaurara en Cuba un régimen de corte soviético. Súbitamente, el país volvió a di-

vidirse y muchos revolucionarios retomaron el camino de la conspiración: era lo que se venía haciendo desde 1902. Era lo que se hizo exitosamente contra Machado y contra Batista. Tal vez los grupos católicos organizados fueron los primeros en tratar de resistir, pero el catolicismo y la jerarquía religiosa no tenían en Cuba la penetración que uno pudiera observar en países como México o Colombia. La verdad es que cuando Castro, a principios de los años sesenta, ordenó la deportación en masa de cientos de religiosos, la sociedad cubana no hizo prácticamente nada por impedirlo. Sin embargo, calladamente, empezaron a surgir movimientos de oposición en todos los ámbitos de la sociedad cubana, y la mayor parte de ellos se nutría de revolucionarios que se sentían traicionados por Fidel Castro.

### **Yanquis contra soviéticos en el Caribe**

Parecía imposible que se consolidara en Cuba un régimen comunista a 90 millas de Estados Unidos. ¿No había ido el ejército norteamericano pocos años antes a pelear a Corea para impedir que los comunistas ocuparan el sur de la península? ¿Cómo iban los norteamericanos a permitir en Cuba lo que habían evitado en Corea al costo de 33 000 soldados muertos?

Si los cubanos hubieran agudizado un poco la mirada histórica habrían comprobado que Estados Unidos jamás había logrado sus propósitos en Cuba. En 1898 (o antes) no pudo anexar el país, ni después pudo quedarse con Isla de Pinos, como fue su vacilante intención. Washington impuso la Enmienda Platt para convertir a Cuba en un protectorado y acabó prisionero de las riñas intestinas de los hábiles caudillos criollos que arrastraban a los norteameri-

## LA INSTAURACIÓN DEL COMUNISMO (1959-1963)

canos a sus conflictos, como declarara, melancólicamente, Sumner Welles en sus interesantes memorias. Roosevelt no logró encauzar la caída de Machado. Eisenhower tampoco supo evitar el golpe contra Prío, ni consiguió organizar adecuadamente la salida de Batista para impedir el acceso de Castro al poder. Si algo debieron pensar los cubanos era que Washington podía ser un buen aliado en el terreno económico, pero no podía garantizar el buen gobierno, la estabilidad o el mejor curso político del país, como se había comprobado en el curso de la historia.

No obstante, la Casa Blanca, que tampoco había advertido los continuos fracasos de su política cubana, dio instrucciones a la CIA para que organizara el derrocamiento de Castro. Esto sucedió en la primavera de 1960, y pronto los grupos clandestinos que habían surgido espontáneamente para luchar contra la entronización del comunismo se subordinaron a los que contaban con el apoyo de Estados Unidos. Los nombres más destacados en la dirección de la oposición provenían de la lucha contra Batista: Tony Varona, José Miró Cardona, Manuel Ray, Manuel Artime, José Ignacio Rasco y Justo Carrillo. Todas eran figuras respetables.

Esa etapa insurreccional, en la que no faltaron actos heroicos y grandes sacrificios, y que tuvo su más enérgico desempeño en las guerrillas campesinas del Escambray, desembocó en la desastrosa expedición de Bahía de Cochinos de abril de 1961, abandonada a su suerte por un presidente Kennedy inexperto y vacilante que trataba de impedir que se vieran las huellas de Washington en el empeño, lo que provocó el saldo atroz de más de mil prisioneros, decenas de muertos y la liquidación de casi toda la oposición clandestina, aniquilada por la represión policiaca que siguió a la invasión, y que incluyó el fusilamien-

## LOS CUBANOS

to de personas como el comandante de la Sierra Maestra Humberto Sorí Marín y del ingeniero Rogelio González Corzo, ambos dirigentes de la resistencia clandestina. Sólo se mantuvieron peleando por unos años más las guerrillas campesinas del Escambray, prácticamente abandonadas por todos, y sin la menor posibilidad real de triunfar.

En octubre de 1962 sobrevino el otro episodio seminal de esta etapa: la Crisis de los Misiles. La URSS, envalentada con la parálisis de Kennedy en Bahía de Cochinos, se atrevió a colocar cohetes con cabeza nuclear en Cuba. La inteligencia norteamericana los descubrió, supuestamente en la fase de instalación, y la Casa Blanca le dio un ultimátum al Kremlin: o sacaba los cohetes de Cuba o Estados Unidos los destruía, lo que inevitablemente iría acompañado por la invasión de la Isla. Kruschov aceptó retirarlos, pero le arrancó a Kennedy una promesa tácita: Cuba no sería atacada o invadida por Estados Unidos o por otros países de América Latina.

En medio de la crisis sucedió algo que revelaba el peligroso carácter de Castro: por medio de un telegrama que se conserva, instó a Kruschov a que desatará un ataque nuclear preventivo contra Estados Unidos. Aparentemente, según Castro, seis millones y medio de cubanos estaban dispuestos a inmolarse en defensa del socialismo. Afortunadamente, la sugerencia de Castro le pareció a Kruschov una terrible locura y no la tomó en cuenta. También afortunadamente, tampoco Kennedy lanzó la invasión a la Isla, porque muchos años después, cuando se abrieron los archivos de la Guerra Fría, se supo que en el momento de la crisis la mitad de los cohetes estaban listos para ser disparados, y que el ejército de cuarenta mil soviéticos que ya estaba en Cuba disponía de armas atómicas tácticas y órdenes de utilizarlas a discreción de los

## LA INSTAURACIÓN DEL COMUNISMO (1959-1963)

coroneles a cargo de las tropas. Lo que quiere decir que cualquier desembarco norteamericano inevitablemente hubiera evolucionado hacia un enfrentamiento nuclear que hubiese terminado con medio planeta.

El pacto con que concluyó la crisis, sin embargo, no incluía prohibir la eliminación física de Castro, así que el hermano del presidente, Bobby Kennedy, Fiscal General de la nación, se dio a la no tan discreta tarea de organizar el ajusticiamiento del Comandante con la ayuda de la mafia. Tal vez por eso, unos meses más tarde, quien caía muerto en las calles de Dallas era John F. Kennedy. Lo asesinó un castrista connotado, Lee Harvey Oswald, ex desertor en la Unión Soviética y miembro del *Comité Pro Justo Trato para Cuba*, obsesionado por la política anticastrista de los Kennedy. Nunca se pudo probar que actuaba por cuenta de La Habana (como afirmaba, *sotto voce*, el presidente Lyndon Johnson), pero la desaparición del joven mandatario puso fin a la determinación norteamericana de acabar con Castro y desde entonces Washington se limitó a tratar de contener su influencia.

Liquidada la oposición y resignado Estados Unidos a convivir con un satélite de la URSS a 90 millas de sus costas, quedaba por hacer el balance económico y social en la Isla: en apenas cuatro años, entre 1959 y 1963 se había destruido el sistema de producción capitalista, casi todos los empresarios y muchísimos ejecutivos habían huido del país -una pérdida de capital humano que el economista Salazar Carrillo calcula en 20 000 millones de dólares de la época-, y la dictadura comienza a ensayar sus propios modos de producir y distribuir riquezas.



# 11

## LA SOVIETIZACIÓN DE CUBA

Castro declaró el carácter “socialista” de su gobierno el 16 de abril de 1961, la víspera del desembarco de Playa Girón, cuando ya su servicio de inteligencia le había comunicado que las tropas de la Brigada 2506 habían salido de Centroamérica y la aviación de los exiliados bombardeaba algunos aeródromos militares. Esa declaración tal vez constituía una forma de comprometer a los rusos en la defensa de la revolución. Y era cierto: para todo observador objetivo, en esa fecha ya resultaba absolutamente obvio que Castro les había impuesto a los cubanos un sistema de corte soviético que estaba en fase de consolidación. A lo largo del año sesenta fueron intervenidos o confiscados los medios de comunicación, las escuelas privadas y las principales empresas industriales, agrícolas y comerciales del país. Simultáneamente, había desaparecido todo vestigio de libertad de expresión y, literalmente, yacían en las cárceles miles de maltratados prisioneros políticos. A fines de la década, en 1968, en lo que llamaron una “ofensiva

revolucionaria”, desaparecieron todas las pequeñas empresas privadas que existían en el país.

En realidad, la hipótesis de que la hostilidad norteamericana había forzado a Castro en dirección del comunismo y en brazos de la Unión Soviética no se compadecía con los hechos. Castro, secretamente, había llegado al poder dispuesto a instaurar un sistema comunista, y desde los inicios mismos de su gobierno se movió hacia ese destino. No era, claro, un comunista disciplinado que portaba carnet, ni un agente del Kremlin, ni un teórico profundo, sino un revolucionario antiamericano y anticapitalista que no estaba llevando a cabo una revolución marxista en beneficio de Moscú o de los camaradas del Partido Socialista Popular, sino para su propio disfrute, gloria y beneficio, lo que, en su momento, lo llevaría a un choque con los viejos comunistas, a los que barrió o sometió sin piedad. El enfrentamiento con Estados Unidos, pues, fue una consecuencia de la decisión de Castro de comunizar a Cuba. Sólo quedaba por dilucidar las características particulares de su dictadura marxista caribeña.

Ese perfil ideológico lo daría Ernesto “Che” Guevara y englobaba varios propósitos. Uno de ellos era utilizar la economía planificada y la propiedad estatal de los medios de producción para avanzar rápidamente hacia la industrialización y el desarrollo económico. “En una década — pronosticó el Che en Punta del Este en julio de 1961— Cuba alcanzará a los Estados Unidos”. Para lograr esa hazaña, acompañada de una igualitaria distribución de la riqueza, el gobierno se esforzaría en modificar espiritual e ideológicamente a los cubanos hasta crear al “hombre nuevo”, como recetaba la utopía marxista. El hombre nuevo era una criatura idealista, decididamente heterosexual —miles de homosexuales serían internados en campos de traba-

## LA SOVIETIZACIÓN DE CUBA

jo forzado junto a otras “lacras sociales”— y desprovista de codicia, que viviría felizmente dedicada a cumplir las tareas revolucionarias. Ese hombre nuevo reinaría en un sistema comunista ortodoxo, muy lejos de los experimentos desviacionistas que por aquellos años se ensayaban en Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia y, en una medida más tímida, hasta en la propia URSS.

Entre las tareas revolucionarias que el hombre nuevo debía llevar a cabo estaba la de “proteger” el sistema mediante la activa participación en la represión colectiva, institucionalizada por medio de los Comités de Defensa de la Revolución, y la hipertrofiada presencia de la policía política adscrita al Ministerio del Interior. También estaba la de “exportar la revolución” de diversas maneras, pero, especialmente, dotando de adiestramiento y armas a camaradas de otros países, o con infiltraciones de guerrilleros cubanos en numerosas naciones, entre ellas: Venezuela, Perú, Colombia, Argentina, Nicaragua, Panamá, República Dominicana, Congo, Mozambique, Guinea y un extenso etcétera.

En todo caso, la mezcla entre la desaparición de la clase empresarial capitalista y el intenso aventurerismo, sumados al radicalismo ideológico, a los caprichos de Castro, que se declaraba experto en ganadería y agricultura, y a la crasa ignorancia de los administradores estatales, fue demoliendo progresivamente el aparato productivo del país en medio de una fatal combinación de inflación y carestía que llegó al paroxismo en 1970. En ese año Castro puso como meta nacional producir diez millones de toneladas de azúcar, y a ese arbitrario fin consagró todos los recursos económicos del país, comprometiendo en ello, no se sabe muy bien por qué, “el honor de la revolución”. Naturalmente, la zafra monstruosa se hundió, y hundió

con ella a otros postergados sectores productivos, como habían pronosticado todos los expertos, y ese fracaso marcó el fin del modelo económico castro-guevarista. A partir de ese momento el Comandante admitió la total soviétización del sistema económico cubano, calcando de la URSS los métodos administrativos y la estructura burocrática. Ahí comenzó una nueva etapa en la Cuba de Castro.

El fracaso de la zafra tuvo un efecto catártico. A puertas cerradas, Castro admitió que la revolución era un desastre. La economía estaba en los suelos. El Che Guevara, de regreso de una fracasada aventura guerrillera en África, había resultado ejecutado en Bolivia en 1967 tras una descabellada expedición, y casi todos los esfuerzos subversivos realizados en el tercer mundo habían sido inútiles, aunque La Habana seguía siendo el centro de una intrincada red de terroristas internacionales de todas las procedencias y pelajes, que encontraban en Cuba adiestramiento, recursos económicos, armas y coordinación para sus delirantes maquinaciones clandestinas. Tupamaros uruguayos, palestinos miembros de Hamas, etarras vascos, irlandeses del IRA, italianos de las Brigadas Rojas, terroristas venezolanos como el sanguinario Carlos Ilich Ramírez, el famoso Chacal, colombianos del Ejército de Liberación Nacional y de las FARC, en aquellos años recibieron entrenamiento en Cuba, o utilizaron la Isla como refugio tras cometer muchas de sus fechorías.

La revolución cubana, sí, había convertido a Cuba en la capital de la revolución planetaria anticapitalista, pero no podía sustentar a su propio pueblo. Esa febril actividad subversiva iba pareja al descenso veloz de la capacidad de consumo de los cubanos, que cada vez eran más pobres y veían cómo se desintegraba la base material que sustentaba a la sociedad. Era, pues, absurdo seguir intentando un

## LA SOVIETIZACIÓN DE CUBA

camino revolucionario paralelo al del campo socialista liderado por la URSS. La manera de “salvar” a la revolución consistía en subordinarse a Moscú, abandonar cualquier pretensión de originalidad, reproducir en la Isla el modo de administración de la URSS, descentralizar hasta cierto punto el control burocrático, integrar a Cuba en el CAME —una especie de mercado común socialista— y coordinar con “los rusos” las actividades del “internacionalismo revolucionario”, como se le llamaba a la injerencia subversiva en otros países.

Ese cambio de rumbo, ocurrido a partir de 1970, produjo algunos resultados positivos. Se frenó la caída en picado de la economía y comenzó una progresiva estabilización en la medida en que aumentaban los subsidios del Este. El país se inundó de asesores soviéticos que enseñaban el modo ruso de gobernar y administrar, y los tecnócratas formados en el campo socialista cobraron una notable influencia en las distintas estructuras burocráticas del país. Dentro de esa corriente, en 1976 se promulgó una Constitución redactada en el espíritu y la letra de la que en 1936 Stalin había impuesto en su inmenso país. Entonces se decía que la revolución se había “institucionalizado” y había pasado del “idealismo” al “pragmatismo”.

Sin embargo, esa soviетización de la revolución no frenó los ímpetus de conquista revolucionaria de Castro y la cúpula dirigente, pero sí llevó a una mayor coordinación entre La Habana y Moscú. En 1973 una brigada cubana de tanques participó en el frente sirio contra Israel. En 1975, Castro, que nunca había dejado de tener asesores en África, aprovechó con gran oportunismo el vacío de poder que dejaron los portugueses al retirarse de Angola y envió varios millares de soldados a pelear junto al Movimiento Popular de Liberación Angolano (MPLA), entonces en

## LOS CUBANOS

lucha contra otras dos facciones insurreccionales. Los soviéticos proporcionaron las armas, el parque, los recursos económicos y unas cuantas decenas de asesores. Cuba aportó las tropas, los oficiales y el transporte. La abrumadora presencia cubana decidió la suerte de la guerra y los elementos pro soviéticos de Agustín Neto alcanzaron el poder, aunque nunca lograron erradicar a los otros grupos guerrilleros. Cuba sacrificaría unos tres mil cubanos en la guerra de Angola: casi el doble de las víctimas provocados por la revolución contra Batista, y una cifra, en proporción a la población del país, mucho mayor que la de los muertos norteamericanos durante el conflicto de Vietnam.

Esa aventura angolana —que duraría 15 años— fue el preludio de la otra invasión cubana a África: en 1977 millares de soldados cubanos participaron junto a los marxistas etíopes en la guerra de Ogadén contra unos enemigos somalíes que habían sido aliados de La Habana hasta que un golpe militar de orientación comunista depuso al emperador Hailie Selassie y Etiopía tomó el camino del socialismo totalitario. Otra vez se impusieron las armas cubanas, entonces dirigidas por el general Arnaldo Ochoa, un oficial formado en la URSS, muy admirado por sus compañeros, que al principio de la década de los sesenta se había infiltrado en Venezuela para hacerle la guerra a la naciente democracia guiada por Rómulo Betancourt.

No obstante sus victorias africanas, que en Cuba le ganaron a Castro el sobrenombre de “Fidel de la selva” en una clara referencia a Tarzán, el éxito que más estimulará la euforia de Castro será el triunfo de las guerrillas sandinistas en Nicaragua en 1979, organizadas, adiestradas y armadas por el gobierno cubano, que, además, envió al frente de batalla a varias decenas de sus mejores cuadros militares. En ese año de 1979, a los 20 exactos del

## LA SOVIETIZACIÓN DE CUBA

triunfo revolucionario, Castro, que entonces presidía el “Movimiento de los no-alineados”, vivía un momento de incontrolable optimismo y le declaraba a un historiador venezolano que “en diez años todo el Caribe sería un *mare nostrum* cubano”. Pensaba, incluso, que vería el desplome de la democracia norteamericana.

Sin embargo, ese cuadro de euforia comenzó a deshacerse casi en el mismo momento en que llegaba a su punto culminante. Primero, en abril de 1980, en sólo tres días, casi once mil cubanos se asilaron en la Embajada de Perú en La Habana aprovechando que el gobierno había quitado la guardia, ante lo cual Castro, muy asustado, propició la salida masiva de elementos desafectos por el puerto de Mariel, mezclando entre los desesperados emigrantes un número importante de asesinos y delincuentes violentos sacados de las cárceles, en un esfuerzo tan evidente como inútil por tratar de demostrar que sólo se le oponía la “escoria”. Cerca de 130 000 personas embarcarían rumbo al sur de la Florida en esa oportunidad. Castro y el mundo pudieron comprobar el grado real de rechazo que provocaba la revolución.

El segundo síntoma de que comenzaba a opacarse la estrella del Comandante ocurrió en Estados Unidos. La elección de Ronald Reagan en noviembre de 1980 fue el presagio de una actitud menos tolerante por parte de Washington hacia el aventurerismo revolucionario cubano, como se vio poco después con la invasión norteamericana a Granada en 1983, hecho que incluyó la detención de varios cientos de militares cubanos que fueron apresados sin que apenas ofrecieran resistencia, pese a la orden dada por el propio Castro de que pelearan hasta la muerte.

El tercer elemento que preocupaba al Máximo Líder eran los pobres y contradictorios resultados de la sovieti-

zación cubana. Había pasado una década de la imitación cuidadosa del modelo ruso por el gobierno de Castro y resultaban muy visibles los síntomas de estancamiento de la economía. Por supuesto, los cubanos estaban algo mejor que diez años antes, y los servicios funcionaban con mayor eficiencia, pero a Castro le preocupaba el surgimiento de una clase burocrática que olvidaba la moral revolucionaria igualitarista y optaba por beneficiarse de las ventajas derivadas de los privilegios derivados de pertenecer a la *nomenklatura*. Es entonces cuando Castro lanzará una campaña llamada de “rectificación de errores” que era, en realidad, un alejamiento del modelo soviético de administrar la economía y el regreso a posiciones más conservadoras y centralistas que, sin decirlo, recuperaban la visión guevarista de las relaciones entre la sociedad y el Estado.

### **La antiperestroika (1985-1991)**

Mientras Castro se movía hacia el pasado del socialismo, en la URSS ocurría lo contrario. En 1983 moría Leonid Breznev, gran protector de Castro, y era sucedido por Yuri Andropov, ex jefe del KGB, quien también fallecía a los pocos meses, para ser sustituido por Konstantin Chernenko, mas sólo por un periodo aún más corto, pues éste tampoco tardó en sucumbir como consecuencia de una fulminante enfermedad. Así que el Politburó, en 1985, escarmentado con los malos resultados de poner al frente del Estado a líderes ancianos, eligió con la recomendación del KGB a un hombre relativamente joven, Mijail Gorbachov, de “sólo” 54 años, para garantizar cierta estabilidad en la cúpula dirigente.

Gorbachov, un hombre enérgico y con iniciativa, llegó al poder decidido a corregir el pésimo rumbo de la

## LA SOVIETIZACIÓN DE CUBA

economía soviética y a salvar al comunismo de sus errores tradicionales, de manera que comenzó una profunda reestructuración del Estado, a la que llamó *perestroika*, y alentó la crítica constructiva, reduciendo sustancialmente los niveles de represión. A esto último le llamó *glasnost* o transparencia, y su tolerante actitud se originaba en la suposición de que los males de la administración soviética sólo podían corregirse mediante el libre examen de los problemas que la afligían. Gorbachov no era un enemigo del marxismo, ni estaba, como alguna vez ha sugerido Castro, bajo la influencia de la CIA. Se trataba, sencillamente, de un marxista reformista que de buena fe creía que con algunos cambios importantes en la organización económica y política, la URSS podía convertirse en la primera potencia del planeta.

La *perestroika* y el *glasnost* inmediatamente tuvieron buena acogida en Cuba. Una parte de la estructura de poder se ilusionó con la posibilidad de una reforma que cambiara el pobre desempeño del sistema comunista en la Isla, y hasta hubo algunos funcionarios importantes, como Carlos Aldana, que pensaron que un poco de espacio a la libre emisión de la crítica, aunque se limitara a los círculos comunistas, beneficiaría al sistema. Simultáneamente, los estudiantes cubanos en la URSS y en el bloque del Este regresaban al país con una visión mucho más crítica del comunismo, deseosos de ver cambios profundos. La ciudadanía comenzó a pensar que el desastroso sistema comunista, responsable de una pertinaz pobreza, al fin entraría en una fase de transformación real que traería cierto grado de prosperidad y libertad.

Castro olió peligro y le declaró la guerra a la *perestroika* y al *glasnost*. Los estudiantes que regresaban de la experiencia reformista en el Este eran sospechosos de “conta-

## LOS CUBANOS

gio”, como si se tratara de una peligrosa infección, y se les colocaba en “cuarentena”, en trabajos alejados del poder donde no pudieran contaminar a los demás su peligrosa enfermedad ideológica. Sabedores de la suerte que correrían en Cuba, cientos de estudiantes comunistas radicados en el Este se quedaron en Europa y fueron llamados “gusanos rojos”. Muchos se trasladaron a Suecia, otros permanecieron en la Alemania unificada tras la caída del Muro de Berlín, o poco a poco fueron viajando a Estados Unidos.

Por primera vez las publicaciones soviéticas eran censuradas en Cuba y la policía política comenzó a espiar y a acosar a los reformistas. Finalmente, en el verano de 1989 el general Arinaldo Ochoa y el coronel Antonio de la Guardia, junto a otros dos oficiales, fueron fusilados. Se les acusó de haber puesto en peligro la seguridad y el prestigio de la revolución al dedicarse al tráfico de drogas y a otras actividades ilícitas —todas autorizadas u ordenadas por Fidel y Raúl Castro—, pero tras esas violentas muertes existía otro mensaje subyacente que era el más importante: también se les fusilaba por ser simpatizantes de la reforma soviética. Castro quería dejar en claro que en la Isla no habría más cambio que el que él autorizara.

A fines de 1989, caía el Muro de Berlín y comenzaba a desmoronarse el campo socialista. Las relaciones entre la Cuba fundamentalista y la URSS reformista de Gorbachov continuaban deteriorándose, pero el punto final llegó en 1991, tras un fallido intento de golpe militar en Moscú —cuyos preparativos Castro conocía por medio del general Nikolai Leonov, subdirector del KGB y viejo amigo e intérprete suyo—, intento que provocó la disolución de la estructura política federal del país y la salida del poder de Gorbachov, quien fuera sustituido por Boris Yeltsin.

Yeltsin no demoró en disolver el Partido Comunista soviético, ni en cancelar el enorme subsidio hasta entonces otorgado a Cuba. La historiadora rusa Irina Zorina calculó el monto en más de 100 000 millones de dólares. El economista cubano Carmelo Mesa-Lago estima que fue de unos 65 000. En todo caso, se trataba de una increíble cantidad de dinero desperdiciado, especialmente cuando uno recuerda que el famoso Plan Marshall con que se reconstruyó parte de Europa occidental tras la Segunda Guerra apenas llegó a la cifra de once mil millones de dólares.

### **El período especial hasta hoy**

Forzado por la desaparición del Bloque del Este, y ante el súbito descenso de los niveles de consumo del pueblo cubano, calculado en 1993 en un 50%, Castro se vio obligado a hacer unas cuantas concesiones a las que llamó “período especial”, como subrayando con esta denominación el carácter provisional y revocable de las medidas. En esencia, los cambios fueron seis: se legitimó la circulación de los dólares en la Isla, principalmente provenientes de las remesas de los exiliados, se fomentó el turismo, se crearon *joint-ventures* entre empresas estatales y empresas extranjeras, se autorizaron ciertas actividades muy restringidas por cuenta propia, se reabrieron una suerte de mercados campesinos más o menos libres donde se podía adquirir comida a altos precios, pero en pesos cubanos, y se le dio cierto margen de maniobra a la Iglesia Católica, cambio de actitud que culminó con la visita del Papa a Cuba en 1997.

Aunque tímidamente, esas medidas permitieron que, poco a poco, el pueblo cubano encajara el terrible descalabro del fin del comunismo europeo, pero en el camino

## LOS CUBANOS

quedaron varios conmovedores episodios, tales como la neuritis óptica y periférica sufrida por decenas de miles de cubanos, víctimas de la desnutrición, el éxodo masivo en balsa de unos treinta mil cubanos y los desórdenes callejeros de 1994, y un aumento exponencial de la disidencia interna, presente desde mediados de los años ochenta, cuando Ricardo Bofill y Gustavo Arcos lanzaron desde la cárcel el movimiento en defensa de los derechos humanos, resistencia que alcanzó su momento de mayor notoriedad con iniciativas de personas como Oswaldo Payá, Oscar Elías Biscet, Vladimiro Roca, Elizardo Sánchez, Raúl Rivero, Martha Beatriz Roque Cabello, Adolfo Fernández Sainz, Héctor Maseda y otras decenas de valerosos demócratas de la oposición, muchos de ellos luego condenados a largas penas de prisión en el verano de 2003, cuando los cubanos sufrieron una de las peores oleadas represivas de las últimas décadas, lo que motivó la heroica aparición de las Damas de Blanco.

En su momento, cuando comenzó el “periodo especial”, no faltaron los comunistas reformistas que esperaban que el propio Castro encabezara los cambios y los sacara a ellos y al país del atolladero, pero no les tomó mucho tiempo confirmar que el terco Comandante no tenía la menor intención de ceder un ápice de poder, o de permitir transformaciones que pusieran en peligro las líneas maestras estalinistas de su régimen, al extremo de repetir varias veces que “primero la Isla se hundiría en el mar antes de abandonar el marxismo-leninismo”.

A fines de la década de los noventa, en efecto, comenzó la paulatina involución de las medidas “aperturistas” dictadas unos años antes. Primero, se gravó severamente a los trabajadores por cuenta propia para desalentarlos y obligarlos a volver a trabajar para el Estado, lo que motivó

## LA SOVIETIZACIÓN DE CUBA

un descenso muy notable de “cuentapropistas”, el cierre de los pequeños restaurantes familiares conocidos como “paladares”, y el abandono de las actividades de hostelería privadas que consistía en el alquiler a extranjeros de una o dos habitaciones en hogares privados. También se desechó la idea de atraer a inversionistas extranjeros pequeños o mediados, limitando las *joint-ventures* a asociar al Estado cubano a las pocas multinacionales que se arriesgaban a invertir en la Isla, casi todas dedicadas a la extracción de níquel y petróleo o a los grandes hoteles. Finalmente, en el 2004 se prohibió la circulación de dólares, aunque no su tenencia, obligando a quienes reciban cualquier moneda extranjera a que cambien esas divisas por un papel moneda cuyo valor equivale al dólar, popularmente llamado “chavitos” por los cubanos.

En realidad, nadie debía esperar otro comportamiento de la dictadura cubana. Los congresos IV (1991) y V (1997) del Partido Comunista sólo sirvieron para ratificar la línea dura de corte estalinista, y enfáticamente se eliminó cualquier tentación de defender alguna suerte de evolución hacia el mercado o la resurrección de la propiedad privada. Tercamente, para desaliento de muchas personas que todavía en ese momento se sentían vinculadas a la revolución, pero eran partidarias de un cambio, se insistió en la superioridad moral y material de un sistema que había fracasado en todas partes, pero muy especialmente en Cuba.

¿Hay forma de describir con trazo rápido la situación de Cuba en el 2006? La hay: una sociedad mayoritariamente fatigada y desesperanzada, deseosa de escapar del país, una clase dirigente desmoralizada que piensa que Castro, lejos de sacarla de la ratonera, morirá dejándole como herencia un sistema imposible de reformar, y una

## LOS CUBANOS

ínfima y heroica minoría dispuesta a protestar y a luchar pacíficamente por el rescate de la nación, que tiene tras la reja a varios centenares de presos de conciencia terriblemente maltratados. Los tres grupos, sin embargo, coinciden en un aspecto de forma casi unánime: con la muerte de Castro, que ronda los ochenta años, terminará la república comunista. Entonces la nación, a trancas y barrancas, en medio de mil dificultades, volverá a la senda de la democracia.

# 12

## LA TRANSICIÓN POSIBLE

¿Cuál va a ser el desenlace de esta situación y qué va a suceder en Cuba dentro de unos años? Hace algún tiempo, el presidente de Florida International University, me pidió que respondiera estas dos preguntas dentro de una serie de conferencias que él y su universidad auspiciaban. Si hasta ahora hemos hablado de lo que sucedió en Cuba y por qué sucedió, ante una situación tan incierta como la cubana lo que probablemente inquiete a los cubanos es lo que puede acontecer de ahora en adelante.

Naturalmente, predecir el futuro suele ser arriesgado, pero lo probable es que en Cuba, como siempre ha sucedido a lo largo de su historia, y como hemos comprobado en numerosas episodios clave, los factores externos en gran medida determinarán los sucesos internos. ¿Qué quiere decir eso? Eso quiere decir algo bastante razonable: en Cuba, que es el último estado comunista de Occidente, debe ocurrir lo mismo o algo muy similar a lo que sucedió en las demás tiranías calcadas del modelo soviético. En al-

gún momento, un sector reformista del aparato de poder entenderá que su mejor opción es facilitar la transición hacia la democracia y la economía de mercado, y comenzará a delinear el modo de hacerlo que mejor convenga a sus intereses. En el trayecto, esa ala reformista descubrirá que para efectuar el cambio necesitará de la existencia de una oposición dispuesta a entrar en el nuevo juego político, y se abrirán unos cauces de participación a los demócratas y disidentes, dentro y fuera del país, primero con timidez, pero rápidamente se irán ampliando, hasta que el proceso de cambios y reformas desemboque en unas elecciones plurales en las que algunas formaciones políticas defenderán un modelo claramente occidental, democrático y moderno de organizar el Estado. En ese punto, a juzgar por lo sucedido en circunstancias parecidas a otros pueblos, lo predecible es que los comunistas nostálgicos del castrismo apenas alcancen el 7 u 8 por ciento del censo electoral.

Obviamente, la pregunta de rigor es cuándo comenzará esa etapa de cambios, y la respuesta es bastante obvia: tras la muerte de Fidel Castro. Fidel Castro es una especie de dique que mantiene a los cubanos aislados del curso natural de la historia y de su entorno. Es un fenómeno raro, pero no único. En la primera mitad del siglo XIX otro excéntrico dictador, Gaspar Rodríguez de Francia, separó a los paraguayos durante varias décadas del mundo latinoamericano, creando una sombría tiranía en donde hasta las bibliotecas privadas fueron quemadas o confiscadas para que el pueblo no tuviera otra información que la comunicada por el tirano. Castro pertenece a esa triste estirpe, pero con su desaparición la sociedad cubana se sacudirá este medio siglo de mordazas y atropellos y empezará una nueva etapa. Imaginémonos, pues, cómo podría suceder ese cambio que la sociedad cubana desea.

## El ámbito de la política

Tras la muerte de Castro, y tras jurar lealtad eterna a la memoria del Comandante muerto, quienes en una primera fase heredaron el poder tendrán que enfrentarse en serio a la realidad de una revolución que súbitamente ha perdido su único atractivo internacional y ha dejado de atraer líderes, inversionistas y hasta el interés de la prensa.

Como sabemos por el testimonio de desertores de primer rango, como el general Rafael del Pino o el ex embajador ante Naciones Unidas Alcibiades Hidalgo, que en las altas filas de la jerarquía apenas hay dirigentes que realmente crean que el destino permanente de Cuba debe ser el del fracasado modelo comunista, debemos presumir que la primera pregunta que tendrá que responder el grupo político al que le toque la responsabilidad de organizar la convivencia entre los cubanos en el post totalitarismo será muy simple: “descartado el destino comunista tras tantas décadas de fracasos y sufrimientos, ¿a dónde queremos que Cuba esté situada en el curso de la próxima generación?”. Y la respuesta de los agentes políticos encargados de responderla deberá ser casi unánime si poseen un mínimo sentido común: “queremos que la sociedad cubana sea pacífica, próspera, libre en lo político y en lo económico, forme parte del Primer Mundo en el terreno técnico y científico, que exhiba las pautas de consumo y los niveles de vida de las naciones desarrolladas, y que disfrute de las ventajas que se derivan de poseer un Estado de Derecho en el que todos los ciudadanos están sujetos al imperio de leyes justas aplicadas con equidad”.

Una vez definido el objetivo, no será difícil entender que el primer requisito para alcanzarlo debe ser renunciar a la violencia política y colocarse todos, comenzando por

## LOS CUBANOS

la clase dirigente, bajo la autoridad de reglas razonables previamente consensuadas. En principio, habrá que enmendar las leyes vigentes en la etapa final de la dictadura, hasta que sea posible llegar a un proceso constituyente que elabore un texto constitucional sencillo y breve en el que se establezcan los derechos del ciudadano y los límites del Estado, se perfilen las instituciones básicas, y se delinee los rasgos formales del gobierno y las normas para la selección de los funcionarios electos. El resto de la armazón jurídica deberá dejarse a la legislación corriente. Pero junto a la importancia de la ley escrita que se formule, deberá existir cierto espíritu constructivo durante la transición: los principales agentes del cambio, básicamente los demócratas de la oposición y los reformistas provenientes del castrismo, tendrán que optar por dedicarse a construir el porvenir sin perderse en el examen minucioso de los errores pasados o en denunciar los muchos agravios sufridos. Parece difícil que una cosa así suceda voluntariamente y sin violencia, pero si miramos a Hungría o a Polonia, a checos y eslovacos, a alemanes y eslovenos, en seguida comprobamos que fue más o menos de esa manera como sucedieron los cambios. Tal vez la frase que mejor resumiría ese espíritu de tolerancia y reconciliación que debería estar presente durante la transición cubana podría ser una consigna que adquirió cierta notoriedad durante el postfranquismo en España: “ya no podemos hacer nada por salvar el pasado; lo único que está a nuestro alcance es salvar el futuro para legarles a nuestros hijos un país mejor y muy diferente al que nos tocó a nosotros”.

Esta generosa actitud puede cristalizar en una ley de amnistía general que se incluya junto a una propuesta de reforma del Estado sometida a *referéndum* popular. Tanto

## LA TRANSICIÓN POSIBLE

la reforma del Estado, encaminada a crear un modelo democrático en lo político y de libre empresa en lo económico, como la ley de amnistía general para cualquier delito de intencionalidad política cometido entre el diez de marzo de 1952 hasta el último día de la dictadura castrista, seguramente recibiría una inmensa mayoría de sufragios afirmativos, dado el cansancio de la sociedad cubana con la violencia, de manera que la transición, sin ira y sin rencores, comience respaldada por una indudable carga de legalidad y de autoridad moral. Junto a esa actitud de reconciliación, obviamente, también habrá que solucionar las legítimas reclamaciones de los propietarios cubanos y no cubanos o de sus herederos que fueron injustamente privados de sus bienes en los inicios de la revolución, objetivo que puede alcanzarse mediante un sistema de compensaciones, aunque en algunos casos seguramente será posible y conveniente la devolución de las propiedades, cuando no se cause daños a terceros inocentes.

### **La transición económica**

Una vez creada la atmósfera política adecuada, quienes dirijan la transición a la democracia y a la economía de mercado, deben tomar una primera decisión trascendental: forjar los lazos económicos más estrechos posibles con Estados Unidos. Si a noventa millas está el mayor mercado de la tierra, y la fuente más importante de capital e innovaciones técnicas y científicas, lo conveniente es integrarse firmemente en ese circuito económico e intelectual, sin que ello signifique ignorar los lazos con Europa y otras zonas desarrolladas del mundo. La realidad es que no hay que optar, sino sumar. Los chilenos, por ejemplo, han suscrito un Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos,

## LOS CUBANOS

otro con Europa y un tercero con Japón sin abandonar sus vinculaciones al Mercosur.

La otra decisión vital es no intentar dirigir y planificar la transición económica, sino abrir las compuertas y crear las reglas adecuadas para que los cubanos vayan descubriendo libremente las oportunidades que brinde el cambiante mercado y proponiendo cursos de acción. Al fin y a la postre, una de las lecciones más evidentes de la experiencia comunista es que un grupo de burócratas expertos jamás puede sustituir al empuje y la creatividad de millones de seres pensantes deseosos de mejorar sus formas de vida. El capitalismo es un sistema basado en la libertad para producir y consumir y en la transparencia del mercado, y no en la planificación.

En una primera etapa, la ayuda masiva del Fondo Monetario, del Banco Mundial y del Banco Interamericano de Desarrollo se volcará sobre la Isla copiosamente. Por otra parte, Estados Unidos, seguramente decidido a estabilizar la situación en la Isla y a desalentar con ello las migraciones incontroladas, pondrá el hombro enérgicamente a la reconstrucción física del país. A esos fines será muy importante el apoyo que pueden prestar la comunidad cubanoamericana y el *caucus* de congresistas hispanos dentro del parlamento norteamericano, y la presión que ambas fuerzas pueden ejercer sobre el poder ejecutivo estadounidense. Esta ayuda masiva norteamericana permitirá la reconstrucción veloz de las infraestructuras y la restauración de las ciudades y pueblos, tarea esta última en la que la ayuda y la experiencia españolas, sin duda, serán muy importantes. El propósito también será demostrarles a los cubanos y al mundo la solidaridad de las grandes democracias con la última nación de Occidente que ha abandonado el modelo comunista.

## LA TRANSICIÓN POSIBLE

En esos primeros tiempos deberá tomarse una decisión crucial: dolarizar la economía y eliminar cualquier tipo de control monetario. El Ministro de Economía que entonces tengan los cubanos seguramente no ignorará la sencilla lección de Ludwig Erhard a mediados de la década de los cincuenta, responsable del llamado “milagro alemán” tras la devastación de la Segunda Guerra: poseer una moneda fuerte y permitir que el mercado funcione libremente. La dolarización, en efecto, limitará tremendamente la capacidad de endeudamiento del gobierno, pero el precio que los cubanos pagarán por prescindir del peso y por utilizar la moneda norteamericana será mucho menor que los beneficios que se obtendrán. Entre ellos: confianza de los inversionistas, mantenimiento del valor de las propiedades, del ahorro y de la capacidad adquisitiva de las jubilaciones. Por otra parte, la dolarización facilitará las negociaciones con los acreedores y obligará a los cubanos a mantener un alto nivel de competitividad. Todo ello contribuirá a un aumento constante de los salarios reales de los trabajadores, objetivo primordial del gobierno, que desde el principio debe declararar que su propósito no es que el país venda mano de obra barata, sino productividad, calidad y producción con gran valor agregado para que efectivamente mejore paulatinamente el estándar de vida de una población que cuenta con un gran capital humano que incluye unos ochocientos mil graduados universitarios.

La dolarización, además, favorecerá otro paso trascendental que debe darse: unir Cuba al Tratado de Libre Comercio junto a Canadá, Estados Unidos y México. La dolarización no es un requisito para esa vinculación, pero será vista con grandes simpatías por los gigantescos socios comerciales y empresariales surgidos a la Isla. El gobierno cubano, simultáneamente, deberá desarrollar una intensa

## LOS CUBANOS

labor de acercamiento económico a España, Escandinavia, Corea del Sur, Taiwan, Israel, Chile y algunas de las nuevas democracias centroeuropeas con las que la lucha política contra el comunismo en su etapa final fue creando grandes afinidades: la República Checa, Polonia y Hungría. En todas esas transacciones y acuerdos debe buscarse capital, comercio y transferencias tecnológicas.

Una vez decidido el primer gobierno de la transición a explorar al máximo las posibilidades creadas por la globalización y la dolarización, deberá dictar medidas que legitimen totalmente la doble nacionalidad para cualquier cubano o descendiente de cubano que lo solicitare. Esta simple ley facilitará la creación de redes de cubanos con vínculos empresariales y comerciales en numerosos países, aunque, lógicamente, el noventa por ciento provenirán de Estados Unidos. Algo perfectamente razonable en los tiempos que corren, dado que la tendencia en todo el mundo es a admitir la doble nacionalidad, como se demuestra en los casos de México o de Israel, nación esta última donde una buena parte del notable desarrollo que se observa se debe, precisamente, a los vínculos que mantienen las comunidades judías del mundo entero con su patria histórica, y a la hospitalidad jurídica que existe en la nación hebrea para cualquier persona de este origen étnico.

### **Cambio económico y social**

Conocedores los gobernantes de la primera etapa de la transición de que los problemas económicos se dan la mano con las percepciones psicológicas de las personas, muy al principio, en el momento de los grandes cambios, deben transferir la mayor parte de los activos en manos

## LA TRANSICIÓN POSIBLE

del Estado al conjunto de la sociedad, incluidas, en primer lugar, las viviendas que habitan, que deben ser entregadas en propiedad de manera clara y total. Se calcula que el valor promedio de las viviendas en América Latina es de cuarenta mil dólares, y podemos pensar que en Cuba no es diferente. Para las familias cubanas, pues, será muy tranquilizante y alentador saber que comienzan una nueva etapa histórica con un capital de ese monto, pero no como ahora, que de nada les sirve ser propietarios de unas viviendas que no pueden vender, hipotecar o transmitir libremente, sino como verdaderos dueños de sus hogares, con todas las garantías y prerrogativas que eso implica.

Además, junto con los hogares en que viven las familias deben privatizarse miles de empresas medianas y pequeñas con los propios trabajadores cubanos, transformando esas empresas en sociedades anónimas y a los trabajadores en sus propietarios, vendiéndoles las acciones de las empresas en condiciones crediticias muy ventajosas, para que puedan estar seguros de que los cambios hacia la libertad política y la economía capitalista los van a beneficiar.

Naturalmente, muchas empresas quebrarán y otras saldrán adelante, pero el mero proceso de reintroducir en el país el concepto de propiedad privada tendrá el efecto pedagógico de adiestrar a la población en la defensa de sus propios intereses, enseñando de paso una lección clave: la economía de mercado es un sistema de tanteo y error en el que los fracasos generalmente sirven para mostrar el camino correcto. Casi sin darse cuenta, los cubanos llegarán a la misma conclusión que un siglo antes formuló el economista austriaco Joseph Schumpeter: dentro de las reglas del capitalismo existe la destrucción creadora. Quienes fracasan y salen del mercado posibilitan una me-

jor utilización del capital para quienes se quedan y generan riqueza.

Al sentirse dueños de los medios de producción, con una sorprendente rapidez resurgirán en muchos cubanos el espíritu de empresa y el sentido de la responsabilidad personal. Muy pronto quedará atrás el desprecio por quienes se esforzaban y alcanzaban el éxito, sentimiento que será sustituido por la admiración por los triunfadores y la realista admisión de que la búsqueda de la igualdad de resultados y de un modo uniforme de vida para el conjunto de la sociedad era una de las principales causas del empobrecimiento terrible experimentado por los cubanos.

Pero ese gobierno de la primera etapa debe hacer algo todavía más importante para modificar las relaciones de poder en el país: debe dotar de autoridad a la sociedad civil para que administre los servicios públicos. Debe transferir la gerencia de la mayor parte de los servicios públicos a la autoridad municipal local, y, simultáneamente, debe crear una ley por la que coloque el control de las escuelas y hospitales en juntas de ciudadanos directamente interesados en el tema. La administración de las escuelas, por ejemplo, debe entregarse a juntas de padres y maestros, mientras los hospitales deben ser dirigidos por juntas formadas por médicos, personal sanitario, administrativo y por síndicos electos que representen a los usuarios del servicio en cuestión. El propósito de estas medidas es muy simple y va más allá de la búsqueda de la eficacia: por una parte, se trata de admitir la vieja experiencia que indica que los servicios funcionan mejor cuando los supervisan y administran quienes deben utilizarlos, y por la otra, se intenta apoderar a la sociedad civil y transformar a los funcionarios en humildes servidores públicos, depojándolos de la nefasta actitud

## LA TRANSICIÓN POSIBLE

de burócrata mandamás que adoptaron durante la larga dictadura comunista.

Para poder tener una sociedad moderna y próspera habrá que pasar de una sociedad en la que el Estado vigila a todo el mundo, a tener una sociedad en la que todo el mundo vigila al Estado. La gran tarea del post comunismo, para que los cubanos recuperen la fe en la cosa pública, consiste en lograr que la gestión del estado sea eficiente, manejable, transparente, y que perciban a los funcionarios como personas responsables que rinden cuenta humildemente de los actos de gobierno. Cuando se logre ese milagro, cuando los ciudadanos recuperen totalmente el control del Estado, y cuando la sociedad civil se convierta en la gran protagonista y agente de los cambios, habrá una reconciliación total entre los cubanos y la patria que los vio nacer. Ese momento, imprecisable en el tiempo, dará inicio a una nación madura, responsable y próspera, encaminada a formar parte de la vanguardia del planeta.

### **Colofón**

Naturalmente, es cierto que esta visión deja fuera muchos problemas con los que los cubanos deberemos enfrentarnos cuando se inicie la transición. No ignoro que el desmantelamiento de un estado totalitario es una labor inmensa, especialmente cuando ese implacable aparato se sostiene en dos peligrosas columnas de las que no he hablado: el Ministerio del Interior y las Fuerzas Armadas. Tampoco desconozco los peligros de la delincuencia organizada, de la posible aparición de mafias y la tragedia de la prostitución. Cuba tendrá que enfrentarse a esos y a otros mil problemas parecidos. Pero tengo fe en que los cubanos habremos sido capaces de aprender de nuestros

errores hasta el punto de modificar las actitudes, comportamientos y creencias que nos condujeron al desastre. Las personas aprenden. Los naciones, también.

# 13

## UNA CUBA FUTURA

¿Es una Cuba capitalista económicamente viable o nos espera, como malévolamente amenaza Castro, un futuro haitiano? Predecir el futuro es una de las formas que existen de contribuir a crearlo. Este último capítulo es, pues, un ejercicio de futurología que, como todos, es sólo una especulación basada en tendencias que se observan y en precedentes que nos permiten hacer vaticinios respaldados por experiencias previas. Naturalmente, las cosas pueden suceder de otro modo y desviarse hacia un desenlace infeliz. Sin embargo, he elegido un curso de acción manifiestamente favorable entre los muchos posibles.

Situémonos en el año 2020. Catorce o quince años es un periodo relativamente largo, por lo menos en un aspecto: para esa fecha se habrá articulado otra generación de cubanos, si aceptamos como válida la convención de que las generaciones se conforman y consolidan en aproximadamente quince años, ritmo que no parece muy descaminado si advertimos que coincide aproximadamente con el ciclo reproductivo de nuestra especie. Por otra parte, en 15 años seguramente la dictadura castrista será un fenómeno

histórico superado, aunque todavía seguirá gravitando sobre nuestra vida cívica durante mucho tiempo y de diversas maneras, como esos gangrenosos miembros fantasmas que continúan doliendo, incluso tras ser amputados.

### **Instintos y aprendizaje**

Hay síntomas en la inquieta conducta de los cubanos, dentro y fuera de la Isla, que nos permite predecir que, una vez eliminada la dictadura, retomarán su vieja vocación por la modernidad y el cambio, condición básica para poder progresar y prosperar. Basta aportar un dato de pasada: algunos economistas atribuyen hasta el 45% del crecimiento económico norteamericano a la creación de nuevos artefactos o de nuevos servicios que se ponen en circulación y estimulan la economía. Como los cubanos navegábamos en la estela de nuestros poderosos vecinos, es muy probable que una parte sustancial de nuestro propio crecimiento se debiera a ese misma causa, a la vertiginosa creatividad de Estados Unidos, de donde podemos deducir que, restrenada la libertad, cuando se restauren plenamente los lazos económicos y sociales, y cuando se revitalicen los vasos comunicantes entre Cuba y los Estados Unidos, ahora centuplicados por la existencia de los cubanoamericanos, ese fenómeno volverá a repetirse.

Pero hay otros elementos de carácter psicológico que vale la pena abordar con franqueza aunque nos duela: si bien es cierto que la larga experiencia comunista no ha podido destruir la pasión cubana por la modernidad y el cambio, no es menos cierto que ha modificado las actitudes y las expectativas de la sociedad. La experiencia comunista, contrario a lo que afirma la propaganda oficial, ha hecho a los cubanos mucho más individualistas e inso-

lidarios. La dictadura los ha obligado a mentir, a simular y a desconfiar hasta el punto en que ha desaparecido toda noción del bien común. El sostenimiento de la verdad ha dejado de ser un valor apreciado, y lo que se ensalza es la capacidad para engañar a las autoridades y la habilidad con que se ocultan las creencias. Ése es un dato trágico, porque si algo sabemos de las sociedades exitosas es que en ellas prevalecen la confianza en el otro, el *trust*, y la actitud digna de quienes defienden sus puntos de vista sin miedo, convencidos de que la superación de los problemas sólo es posible cuando nos es dable examinarlos a la luz del sol sin temor a las represalias.

El otro factor psicológico que hay que tomar en cuenta es el de las perversas relaciones entre el Estado y la sociedad que se generan en una nación comunista y se prolongan en el postcomunismo. Tras casi medio siglo de comunismo, la sociedad cubana, de la misma manera que se ha acostumbrado a mentir y a ocultar su verdadero pensamiento como una táctica de supervivencia —la “doble moral” que tantos mencionan—, también ha perdido buena parte de su iniciativa, entre otras razones, porque tener iniciativa en una sociedad comunista es la forma más directa de acabar enfrentado a la represión oficial. Escuchando epítetos como “merolicos”, “macetas” y “bisneros”, y viendo la repugnancia con que el poder trata a los “cuentapropistas”, siempre a la espera de que desaparezcan, los cubanos han aprendido la falsa lección que las actividades privadas son viles y codiciosas y ganar dinero y destacarse algo censurable.

Durante décadas, se les ha dicho que el Estado es la entidad que debe asignarles un puesto de trabajo, un salario y una forma de vida. Seguramente todo eso condujo o contribuyó a que los cubanos exhiban unos paupérrimos

## LOS CUBANOS

niveles de vida, pero la maligna lección inculcada los lleva a comportarse irresponsablemente en el sentido exacto de la palabra. Ya no son responsables de sus vidas y de su bienestar o de sus quebrantos, sino ven al Estado ejerciendo ese papel paternalista. Es verdad que se trata de un padre cruel y mal proveedor, pero sus deficiencias no cambian las pautas de poder establecidas en Cuba: los cubanos –como en su momento los alemanes del Este o los húngaros o los rusos– esperan que sea el Estado quien solucione los problemas y tomará algún tiempo modificar estas expectativas. Se lo escuché decir de manera sintética a un músico cubano radicado en Madrid: “Yo vivía –me dijo– en una triste jaula en la que me alimentaban mal y no me permitían volar; ahora me han soltado en la selva y estoy asustado porque me siento desprotegido”.

Bien: hasta aquí el preámbulo. Para poder hablar del futuro era necesario hacer un pequeño inventario de las características de quienes van a ser los protagonistas de esa etapa. Los cubanos, me atrevo a asegurar, llegarán al postcomunismo ansiosos de incorporarse a los patrones de vida del primer mundo –actitud muy positiva–, pero simultáneamente arrastrarán comportamientos y actitudes contrarios al mejor desenvolvimiento de las sociedades libres organizadas en torno a la economía de mercado. Ese dato es mejor tenerlo en cuenta porque así será más fácil proponer las decisiones correctas cuando llegue el momento.

### **Cuba 2020**

Demos un salto en el tiempo. Llegamos a Cuba en el año 2020. ¿Qué veremos? Lo primero que nos golpeará la retina son ciudades limpias, pintadas, muy iluminadas, dotadas

de unas intensas redes comerciales que anuncian sus productos y servicios. No hay rastros del país cochambroso y sórdido que se asoma en la película "Suite Habana" dada a conocer en el 2003. La capital de Cuba recuperó su hermosa vitalidad y ha vuelto a ser una de las ciudades más bonitas del planeta. No hay vestigios de aquella Habana semiderruida, sucia y despintada que dejó el castrismo. Lo mismo ha sucedido en el resto de los centros urbanos del país. El suministro de agua y electricidad es suficiente y constante. La telefonía, prácticamente toda inalámbrica, cubre la totalidad del territorio nacional. La televisión ofrece 500 diferentes canales de diversas partes del mundo. Circulan libremente numerosos periódicos y revistas cubanos y extranjeros.

Al comenzar el año fiscal, el Presidente de la República leyó un discurso lleno de cifras y comparaciones. En los últimos quince años el país había crecido al ritmo promedio del 10%, pero hubo años –el tercero y el cuarto– en que se alcanzó el 13%. De acuerdo con el anuario de Naciones Unidas, el único país latinoamericano que aventajaba a Cuba en nivel de desarrollo económico y humano era Chile, y la Isla se acercaba al 50% del PIB per cápita de Mississippi, que era, precisamente, el que exhibía Puerto Rico. En una generación, los cubanos han dado un salto extraordinario en dirección del progreso y la eliminación de la pobreza. Se habla del "milagro cubano" y se le compara a los saltos dados por Japón en los años cincuenta del siglo XX y a China a partir de 1985.

El transporte público y privado ha adquirido una extraordinaria densidad. Ello ha obligado a multiplicar las carreteras y autopistas. Un tren ultrarrápido recorre la Isla desde Pinar del Río hasta Oriente. En sólo tres horas se llega desde La Habana a Santiago. Pero hay otras opciones

disponibles: junto al tren, existen unas líneas de modernos autobuses, veloces y eficientes, dotados de todas las comodidades; aviones comerciales con “puentes aéreos” entre las ciudades más visitadas y Miami y New York. Sin embargo, la última y más divertida forma de transporte interurbano, preferida por muchos turistas, son unos rapidísimos barcos de cabotaje que prácticamente levitan sobre un colchón de aire. Por el norte, salen desde La Habana en dirección de Baracoa, y, por el sur, desde Batabanó con rumbo a Santiago de Cuba. Hacen, naturalmente, numerosas paradas en el trayecto.

### **Turismo**

El turismo, en efecto, se ha convertido en uno de los motores de la economía. El último censo arrojó la cifra de quince millones de turistas y de igual cantidad de cubanos. Hay un visitante anual por habitante, proporción que coloca a Cuba entre los paraísos turísticos del planeta. Una parte muy importante de esos visitantes está constituida por personas de origen cubano que visitan la Isla frecuentemente, pero el grueso lo componen estadounidenses y canadienses. En los puertos más importantes diaria e incesantemente atracan los grandes cruceros cargados de turistas. Algunos zarpan en Cayo Hueso. Otros en Miami o Fort Lauderdale. Hay líneas escandinavas y norteamericanas que compiten por ese mercado. Son un método de transporte, pero también hoteles flotantes. En Cuba les dan servicio y mantenimiento a los buques. Los utilizan decenas de miles de turistas que durante unas horas se vuelcan en las calles para comprar y alimentarse. Algunos salen al atardecer desde Miami, llegan a Cuba en la mañana y reembarcan hacia Miami por la noche.

## UNA CUBA FUTURA

Cuba se ha convertido en la Mallorca del Caribe y recibe a multitudes de personas que prefieren pasar su invierno en el grato clima cubano. Esta circunstancia ha determinado que el gasto por turista y día de estancia sea de los mayores del planeta, pero hay diversas ofertas para todos los precios, dado que la mayoría de las cadenas hoteleras luchan por distintas cuotas de mercado. La Isla, además, cuenta con trece grandes marinas en las dos costas y es el punto preferido de llegada de muchos de los 300 000 yates de lujo que navegan por el Caribe y el sur de Estados Unidos. La isla se ha convertido en un gran mercado de embarcaciones de recreo, nuevas y de segunda mano, circunstancia que pronto dio paso a la creación de astilleros que fabrican botes y veleros, recuperando una tradición que se creía extinguida desde principios del siglo XX. La competencia a vela entre Batabanó e Isla de Pinos se ha transformado en un evento importante a escala mundial.

En vista de este fenómeno, la empresa Disney decidió crear un gran parque de diversiones. Adquirió un terreno en Mariel, muy cerca de La Habana, y se propuso diferenciarlo del muy famoso que posee en Florida al darle una orientación pedagógica. Incorporó un zoológico tropical y optó por hacer de la historia uno de los focos de atracción: recreó el mundo de los piratas y los galeones. Curiosamente, uno de los pabellones más visitados es el de la imaginación literaria. Los grandes libros de todos los tiempos son ambientados y parcialmente escenificados: *La Iliada*, *El Quijote*, *Los Miserables*, *Oliver Twist*, entre otros veinte sabiamente escogidos. Cientos de miles de niños de todas las escuelas del país, sumados a los turistas de todas las edades, convirtieron esa visita en una ceremonia casi obligada en la que se combinan la diversión y la formación educativa.

## Música y entretenimiento

Una parcela muy especial de la cultura cubana ha alcanzado un notable desarrollo debido al auge del turismo y al nivel de excelencia de los artistas cubanos: la música y la danza. Proliferan los festivales: jazz latino, salsa, incluso música clásica. El ballet clásico y la danza moderna mantienen su prestigio. Como en Las Vegas, los grandes hoteles cubanos ofrecen cantantes de fama mundial y grandes conjuntos musicales. También hay casinos, como en los demás destinos turísticos caribeños. Esto genera una notable industria de grabación y exportación de música. Asimismo, algunos productores de cine europeos y norteamericanos encuentran que en Cuba hay suficiente talento artístico para convertirse en un lugar en el que la calidad y los costos hacen posible la filmación para cine, para televisión y para publicidad. La gran cantidad de personas bilingües –inglés y español, pero también ruso, checo y alemán– favorece la decisión de elegir a Cuba como Meca artística.

La industria cubana de las artes gráficas se integra perfectamente al mercado norteamericano y complementa al sector turístico. En los primeros tiempos del cambio, *El Nuevo Herald* se imprimía en Miami y se trasladaba a Cuba todas las noches por medio del avión. Ahora se imprime en Cuba y se exporta todas las madrugadas al sur de la Florida. Lo mismo sucede con una multitud de libros, revistas e impresos publicitarios. Esa industria de artes gráficas, muy competitiva, le da vida a la prensa y a las editoriales locales. Las investigaciones revelan que Cuba es el país de habla hispana con mayor índice de lecturas.

## Medicina y biotecnología

Pero el turismo, con ser una de las principales fuentes de ingreso y un formidable empleador, no es la actividad que genera la mayor cantidad de riqueza. Es la biotecnología, combinada con la medicina, donde los cubanos han alcanzado mayores niveles de efectividad. La herencia de setenta mil médicos y decenas de miles de investigadores y técnicos medios con que contaba el país cuando llegó la etapa democrática fue un fértil terreno para absorber las inversiones de las grandes empresas farmacéuticas del mundo. Cuba, con fácil acceso al mercado norteamericano y un capital humano adecuado, era el lugar perfecto para investigar, producir y exportar a costos razonables.

Por otra parte, tras llegar a acuerdos con la FDA, y con numerosas compañías de seguro, Cuba se convirtió en un gigantesco HMO en el que centenares de miles de enfermos norteamericanos poseedores de *Medicare* y *Medicaid* recibían cuidados médicos de alta calidad a precios muy competitivos. Esos servicios médicos, simultáneamente, potenciaban la capacidad de investigación de la industria farmacéutica y generaban una multitud de empleos muy bien remunerados.

Junto a esos servicios de salud, que revitalizaron la industria de las clínicas mutualistas privadas y las compañías cubanas de seguro, también se desarrollaron centenares de residencias y centros geriátricos para jubilados que recibían y gastaban en Cuba las pensiones percibidas por sus años de trabajo en Estados Unidos. Para esa fecha del 2020 se calculaba la cifra de jubilados radicados en Cuba en algo más del tres por ciento del censo: 600,000 personas que recibían como promedio 1200 dólares mensuales, lo

que aportaba al PIB del país un ingreso adicional de 720 millones de dólares.

### **La industria de la construcción**

Este *boom* turístico y de servicios médicos provocó una expansión fulminante de la industria de la construcción que pasó, en una primera etapa, de la reconstrucción de las ciudades y la infraestructura existente a la creación de proyectos nuevos encaminados a satisfacer la inmensa demanda de viviendas e instalaciones hoteleras o de salud. Decenas de miles de personas de origen cubano radicadas en el exterior decidieron adquirir una segunda vivienda en Cuba o beneficiar a sus familiares fabricándoles una casa o apartamento. Simultáneamente, como sucede con la costa española con relación a los europeos de regiones frías, miles de cubanoamericanos, norteamericanos y canadienses también optaron por comprar propiedades o “segundas residencias” en las cuales pasar plácenteramente las vacaciones de verano o las peores semanas del invierno.

### **Distribución**

Un tráfico marítimo y aéreo tan intenso como el que tiene Cuba en el 2020, unido al buen transporte por carretera y las modernas comunicaciones de que dispone el país, han determinado que muchas líneas aéreas y navales hayan convertido la Isla en el centro para la distribución y redistribución de las mercancías y los pasajeros que viajan entre Europa, Estados Unidos y Sudamérica. La Habana es el gran *HUB* para los viajeros norteamericanos, canadienses o europeos que marchan a Sudamérica. Los buques de carga arriban a ciertos puertos de la costa norte de Cuba con

grandes *containers* que luego se reexpiden a su destino final en otro tipo menor de envase. Simultáneamente, como Singapur en el Pacífico, Cuba se ha convertido en una gran plataforma de servicios para barcos y aviones que encuentran en los ingenieros cubanos un personal muy capacitado para llevar a cabo esas delicadas tareas de mantenimiento. Fueron precisamente empresas singapurenses las que desarrollaron esta formidable fuente de servicios.

### **Agroindustria**

La decrepita industria azucarera heredada tras el fin del comunismo, poco a poco fue orientándose hacia la producción de derivados de la caña: papel, alimento para el ganado, tableros de bagazo, alcoholes, ron y etanol. Las exportaciones de etanol a Estados Unidos se duplican anualmente como consecuencia de las necesidades norteamericanas de combustible. Pero a la propia azúcar se le agregó valor desarrollando industrias de caramelos, chocolates, refrescos, mermeladas de frutas y otros alimentos destinados al consumo nacional y a la exportación. No obstante, muy pronto las exportaciones de flores, frutas tropicales y vegetales frescos superaron con creces el valor de las exportaciones de azúcar. La asociación entre empresarios cubanos y empresarios procedentes de Israel y Holanda elevaron la cantidad y calidad de la producción y mejoraron las técnicas de transporte, envase y mercadeo de estos productos agrícolas.

Pero donde el negocio cerraba virtuosamente el círculo de los beneficios era en las cadenas de venta al público desarrolladas en Estados Unidos y en Europa. Mediante el sistema de franquicias, centenares de inversionistas cubanos y cubanoamericanos habían creado cadenas de tien-

das de frutas tropicales, flores y vegetales que absorbían la producción cubana de manera creciente generando ganancias a todo lo largo del sistema productivo. Algunas de estas cadenas de franquicias llegaron a cotizar en bolsa con muy buena acogida. El desarrollo de estas franquicias en el mundo entero fue generosamente impulsado por un legendario empresario cubano que en los años noventa del siglo XX, casi sin recursos, había construido la mayor cadena de pizzerías de Europa. Su gran legado al desarrollo de Cuba fue saber convocar al capital para multiplicar la creación de riquezas en beneficio de productores, consumidores e inversionistas.

### **Comercio, importaciones y exportaciones**

Lo que los comerciantes cubanos y no cubanos entendieron rápidamente es que la Isla debía servirse de los lazos especiales surgidos con Estados Unidos tras el cambio político, integrando siempre en cualquier cálculo las infinitas posibilidades del mercado norteamericano, y muy especialmente de la Florida, donde el número de hispanos en el año 2020 rondaba los seis millones de personas. Solamente el mercado de los llamados “alimentos étnicos” que consumía esa masa humana excedía los tres mil millones de dólares anuales, ventas que en gran medida se efectuaban por productores radicados en Cuba. Pero el índice de comercio exterior no sólo se confeccionaba con exportaciones. Cuba, como parte de sus incentivos de paraíso turístico, había optado por un arancel bajísimo a las importaciones, de manera que en el mercado nacional se vendían mercancías de medio mundo a precios muy competitivos.

Esa actividad comercial creciente, aunada a la masiva presencia de turistas y a la total apertura del país, fue atra-

yendo progresivamente a los representantes de la banca y los seguros internacionales, de manera que en el 2020 Cuba, como Panamá, Luxemburgo o Amsterdam ya era un centro bancario de primer orden capaz de atraer ahorros y prestar refinados servicios financieros no sólo a los cubanos, sino a cualquier inversionista internacional.

¿Es esta descripción una fantasía? Por supuesto que no. Cualquier observador cuidadoso enseguida descubre que los caminos señalados prácticamente son los mismos que el gobierno cubano eligió a principios de los noventa para salir de la crisis cuando formuló su estrategia frente al llamado “periodo especial”: turismo masivo, dolarización, transformación de la industria azucarera, biotecnología, turismo médico, exportaciones no tradicionales, y apertura a las inversiones procedentes del exterior.

Evidentemente, esas eran las vías lógicas para impulsar la economía del país. Cualquier persona mínimamente informada podía darse cuenta, y en Cuba sobran los funcionarios capaces de identificar acertadamente los centros de desarrollo potencial con que cuenta el país. ¿Por qué no funcionó el plan más allá de estabilizar la miseria? No funcionó porque la reforma se hizo dentro de la camisa de fuerza del modelo comunista. En lugar de liberar las energías creadoras de riqueza, el gobierno continuó ahogándolas. En vez de conceder libertades económicas y políticas reales, que deben ir de la mano para dar sus mejores frutos, Castro hizo lo que hace siempre: coartar, cerrar, impedir, perseguir a quienes exhibían iniciativas novedosas y dejar siempre en claro que cualquier concesión en dirección del mercado o de la tolerancia política, podía ser revocada en el futuro. Cómo sorprenderse, pues, de los catastróficos resultados: pobreza, desesperación y la emigración como único objetivo de una buena parte de

## LOS CUBANOS

la juventud, incluidos los hijos de la *nomenklatura*. Por supuesto que Cuba tiene todo el potencial para desarrollarse y llegar a formar parte del primer mundo. Todo lo que tiene que hacer es abrirse a los dones a la libertad.



